

# CUADERNOS DE HISTORIA

## *Antología de la Historia Colonial de los Estados Unidos*

*Tomo 1*



*a Confectioner*



Universidad de Costa Rica  
Facultad de Ciencias Sociales  
Escuela de Historia y Geografía

*a Smith*



*a Taylor*



24

# CUADERNOS DE HISTORIA

## *Antología de la Historia Colonial de los Estados Unidos*

### *Tomo 1*



Universidad de Costa Rica  
Facultad de Ciencias Sociales  
Escuela de Historia y Geografía



a Taylor



GUARDEROS DE HISTORIA

Antología de la Historia  
Colonial de los Estados Unidos

Volume 1



Universidad de Costa Rica  
Facultad de Ciencias Sociales  
Escuela de Historia y Geografía



ANTOLOGIA DE LA HISTORIA COLONIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS, I

GUERRA SALVAJE, por Francis Jennings.....	1
COMPOSICION DE LA FAMILIA DE PLYMOUTH, por John Demos.....	22
SERVIDUMBRE BLANCA, por Richard Hofstadter.....	35
EL NEGRO EN EL SIGLO XVIII, por Thad W. Tate, Jr.....	53

ANEXO DE LA HISTORIA GENERAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

GUERRA DE SECESSION ..... 1

COMPOSICION DE LA FAMILIA DE LOS ESTADOS UNIDOS ..... 2

DESARROLLO DE LA ECONOMIA DE LOS ESTADOS UNIDOS ..... 3

EL MOVIMIENTO DE LA OPORTUNIDAD ..... 4

GUERRA SALVAJE

Francis Jennings

El mito contrasta la guerra civilizada con la guerra salvaje aceptando la primera como una actividad racional, honorable y con frecuencia progresista, en tanto que asigna a la segunda las cualidades de irracionalidad, ferocidad y regresión no redimida. El salvajismo encierra en sí violencia perpetua y sin freno. Algunos autores han puesto en duda si realmente los conflictos salvajes llenan los requisitos para el rango de la denominación guerra porque la guerra es definida como violencia organizada entre comunidades políticamente distintas. Con cualquier nombre, los conflictos salvajes son concebidos como irracionales porque presuntamente carecen de sentido u objetivo más allá de la satisfacción de apetitos sádicos que la civilización inhibe y los salvajes son feroces por medio de la fuerza de estos apetitos.

Estos conceptos son consecuencias del mito principal de la civilización envuelta en una lucha contra el salvajismo. La guerra civilizada es la clase de guerra que nosotros peleamos contra ellos (en este caso, los indios), mientras que guerra salvaje es el tipo de guerra atroz que ellos pelean contra nosotros. El contraste ha sido sustentado por medio de una definición prejuiciada, por un lado y de una descripción tendenciosa por el otro. La guerra slaveje ha sido repudiada como una simple "venganza" o "feud" (lucha encarnizada entre dos tribus o clanes) y los autores la han hecho parecer incomparablemente más terrible que la guerra civilizada extendiéndose sobre los detalles sangrientos del combate personal, la masacre y la tortura del lado indio mientras que centran la atención diversamente sobre los propósitos y estrategia de las guerras en el lado europeo.

Otra circunstancia, además, ha contribuido a crear el mito. Los gobiernos indios tenían jurisdicción sobre territorios relativamente pequeños y hubo muchísimos de ellos. No existió una fuerza suprema para controlar los conflictos; las tribus resolvían ellos mismos sus diferencias con negociación o lucha. Con tantas combinaciones posibles de intereses de grupo las probabilidades estadísticas impusieron frecuentes conflictos inter-tribales. Los gobiernos europeos, en comparación, se extendieron sobre territorios más grandes y así el número posible de guerras internacionales, está típicamente, fue mucho menor. Además, la sociedad europea pudo haber postergado cierta lucha "organizada", no aboliendo la violencia sino interiorizando gran parte de ella. Casi toda la violencia de la sociedad india se expresó intertribalmente en la forma de guerra, pero la violencia interna en los estados europeos necesitó un vasto aparato para su control, cuyos medios fueron también violentos: los londinenses siempre podían encontrar entretenimiento sádico en Fyburn o en la Torre y los carceleros enterraban más prisioneros de los que ponían en libertad. Hubo también otros medios de lucha violenta entre naciones-estados aparte de la guerra declarada; sir Francis Drake saqueó ciudades españolas en tiempo de paz y los piratas estuvieron presentes siempre en todos los mares. Nosotros tendemos a glorificar a estos "lobos de mar" en lugar de colocarlos en el mismo bajo nivel de los indios que atacaban por sorpresa, pero las víctimas en ambos casos pasaron por muchas de las mismas experiencias. Si nos concentramos únicamente en el orden interno, la aldea india fue un lugar pacífico comparado con un pueblo europeo. Si en lugar de ello enfocamos las relaciones entre gobiernos, las naciones-estados estuvieron bajo dominios más severos que las tribus.<sup>1</sup> Me parece que una comparación adecuada debe incluir las relaciones internas y externas y debe examinar el nivel total de violencia en cada sociedad, sus formas y motivos y los métodos usados para controlarla y dirigirla. Desde esta perspectiva, la primitiva sociedad india parece haber sido mucho menos violenta que la sociedad europea del siglo XVII. Las guerras devastadoras tan destacadas entre los indios en tiempos históricos fueron un factor de adaptación a la civilización europea.

Las tribus indias, internamente, fueron más pacíficas que las naciones europeas en parte por las sanciones orientadas por el clan que fueron comunes en las aldeas indias en contraste con la mayor impersonalidad de las relaciones sociales europeas, y en parte porque la costumbre india definió y castigó menos crímenes que la ley europea. Si hay valor en el argumento de que las agresiones psicológicas son la causa de la violencia social (y esta, como la mayoría de las explicaciones psicológicas, permite grandes vuelos a la imaginación), entonces los sentimientos agresivos de los indios fueron desahogados principalmente sobre personas fuera de la protección de la obligación familiar -es decir fuera del clan y la tribu. Las mismas sanciones consuetudinarias fueron notablemente tolerantes de varios tipos de conducta que los europeos calificaron como delito, especialmente con respecto a los desviados sexuales y a la conducta religiosa. No existía el delito de fornicación o "vicio desnaturalizado" entre los indios; tampoco existió ninguna herejía tal como la definía la ley europea.<sup>2</sup>

Todas las relaciones sexuales, excepto casos raros de violación, eran asuntos personales fuera de la jurisdicción del cacique y del consejo y la creencia religiosa era totalmente personal. Aunque se esperaba la participación en los rituales, el castigo por el retiro se limitaba a la difamación pública; en casos extremos el transgresor podía ser hechizado o envenenado por el hechicero de la tribu, pero tales actos eran clandestinos. Los indios no supieron nada de la clase completa de delitos llamados por los abogados europeos "crímenes sin víctimas". Cuando uno piensa en los azotes, los encarcelamientos, la horca, las torturas y quemaduras impuestos por los estados europeos para la multitud de delitos que ni siquiera existían en la sociedad india, se da cuenta penosamente de que una proporción incalculablemente grande de la violencia europea contra las personas fue impuesta por los mismos órganos cuya aparente función era reducir la violencia. A su debido tiempo "la sociedad civil" buscará tranquilizar sus comunidades imitando la tolerancia salvaje de la diversidad humana, pero aun hoy esto solo ha empezado.

De los crímenes comunes en ambas sociedades el asesinato requiere especial atención. Fue concebido de manera diferente por los indios y europeos y en consecuencia fue castigado por métodos distintos. En Europa el asesinato fue un delito contra el estado; entre los indios fue un delito contra la familia de la víctima. La ley europea exigió la vida del asesino como compensación al estado; la costumbre india enajenó su vida a la familia de su víctima. En Europa el estado arrestaba al asesino; entre los indios era obligación de la familia hacerlo. Los observadores europeos denominaron "venganza" a la costumbre india e hicieron mucha bulla por el salvajismo revelado por ella. Sin embargo, comparado con el inflexible estado, la tribu proporcionó una institución diseñada cuidadosa y precisamente para detener el derramamiento de sangre. La obligación de sangre por sangre podía ser conmutada por un pago en bienes valiosos por los propios parientes del asesino a los de su víctima.<sup>3</sup> Esta costumbre (que había sido conocida siglos antes en la Inglaterra Anglo-sajona como wergild) fue un estabilizador difundido en las sociedades indias, impidiendo el desarrollo de una venganza obligatoria dentro de aniquiladoras feuds. A pesar de que el término feud ha sido usado libremente por los que condenaron a la sociedad salvaje, Marian W. Smith fue incapaz de encontrar el fenómeno propiamente indicado por él. "El verdadero feud", comenta, "en su amenaza de violencia continua entre grupos particulares es sorprendentemente raro en el Nuevo Mundo".<sup>4</sup>

Los europeos comprendieron la costumbre del wergild y la usaron en sus relaciones con los indios, pero solo unilateralmente. Los europeos pagaban con dinero para prevenir la venganza india por el asesinato de un indio, pero a los indios no se les permitía comprar la absolución por el homicidio de un europeo. En el segundo caso los europeos reclamaban la persona del indio acusado para un juicio en una corte europea.<sup>5</sup>

En el caso de no detención del sospechoso acusado, la retribución masiva podía ser impuesta sobre la aldea o tribu.<sup>6</sup> Debido a esto, el salvajismo de la venganza era simplemente una función semántica de su identificación con un indio; la venganza europea era justicia civilizada.

Cuando los indios iban a otras partes estaban seguros en su propio territorio y en aquellos de las tribus con quienes estaban en paz. El trato hospitalario tan notable en todas las tribus, garantizaba al viajero no solo seguridad sino también refugio, alimento y a veces entretenimiento sexual, todo gratis. Los europeos que viajaron a través del territorio indios recibían el mismo trato.<sup>7</sup> Pero los viajeros en la Europa del siglo diecisiete arriesgaban su vida y su propiedad en cada camino y en muchas posadas, además de que pagaban por todo lo que obtenían.

La violencia y los horrores de la guerra civil eran raros entre los indios, probablemente porque ellos toleraron la secesión, en tanto que Inglaterra sufrió la Revolución puritana y Francia las agonías de los Católicos-hugonotes, para no decir nada de las numerosas revueltas dinásticas. En la sociedad india no hubo guerras de clase o disturbios. Ni los indios primitivos tuvieron la experiencia de orgías de embriaguez con sus concomitantes tumultos hasta que el ron y el coñac entraron en montones en las aldeas desde Europa. Sin embargo, de allí en adelante, el furor de la borrachera se convirtió en una amenaza recurrente en todas partes.

Cuando todo esto ha sido dicho, todavía nos queda el problema del conflicto entre tribus. La concepción tradicional de la guerra salvaje la describe como tan inflexible y tremenda que hace imposible una comparación adecuada con el proceso disciplinado y con propósito de la guerra civilizada. Una autoridad como A. L. Kroeber ha atribuido a los indios de la costa este de Norte América un tipo de "guerra que era loca, interminable, de desgaste continuo, desde nuestro punto de vista". Fue espantosa "tan integrada dentro de la estructura de la cultura del este, tan predominantemente enfatizada, que escapar de ella era casi imposible. La permanencia en el sistema se convirtió en instinto de conservación. El grupo que trató de cambiar sus valores de guerra en paz fue indudablemente casi condenado a una extinción temprana".<sup>8</sup> Esta severa acusación llevaría más peso si su retórica estuviera apoyada por un ejemplo o referencia. El único ejemplo que viene a la mente en respaldo de Kroeber es el de la misión Lenape de la iglesia de Moravia a mediados del siglo XVIII. Los indios de esa misión tomaron seriamente su cristiandad, se convirtieron en pacifistas absolutos y fueron masacrados sin ofrecer resistencia. Pero esta experiencia no ilustra realmente el punto de Kroeber, a causa de que sus asesinos no fueron otros indios sino bandoleros euroamericanos fronterizos, también cristianos hasta cierto punto, que estuvieron de preferencia menos dispuestos a atacar a la clase de indios paganos listos a defenderse.<sup>9</sup>

La sugerencia de Kroeber sobre las muchas víctimas de la lucha aborigen es refutada por los informes del siglo XVII de europeos con actitudes tan diversas como aquellas de Roger Williams y del Capitán John Underhill. Desde su puesto de observación entre los aguerridos indios Narragansett y Pequot, Williams vió que su lucha era "mucho menos sangrienta y aniquiladora que las crueles guerras de Europa".<sup>10</sup> Underhill se mostró despectivo con lo que Williams aprobó. Se expresó burlescamente de los guerreros indios que terminaban una batalla después de causar solo unas pocas muertes e informó complacido de la protesta de los Narragansetts contra su estilo de guerra inglés que "nate demasiados hombres".<sup>11</sup>

Dogmas imaginados en torno a las habilidades letales de los guerreros han llevado a historiadores serios a contradicciones imposibles. Por ejemplo, Harold E. Driver ha expresado por un lado, que "la avidez, codicia, engaño y descuido total de la vida india de parte de la mayoría de los conquistadores europeos superó cualquiera cosa

de la clase que las culturas indias hubieran sido capaces de producir por su cuenta en sus miles de años de virtual independencia del Viejo Mundo". Pero Driver también escribió, en conformidad con la mitología del salvajismo, que "ningún hombre joven pensó en casarse o ser aceptado como un ciudadano adulto hasta que no hubiera matado a un enemigo y traído su cuero caballudo para probarlo".<sup>12</sup> Las implicaciones matemáticas de la última afirmación son admirables. Para demostrar lo que significaría en la práctica, imaginemos una situación en la cual dos aldeas perpetuamente están atacándose por sorpresa una a la otra, como estarían obligadas a hacerlo para capacitar a sus varones para el estado adulto y el matrimonio. Asumiendo que la edad de dieciocho es el comienzo de la edad adulta, encontramos que todos los hombres de dieciocho años de una aldea realizaban el derecho a casarse por el asesinato de un número igual de varones en la otra aldea. La población total de ambas aldeas estaría así reducida anualmente por el número total de hombres de dieciocho años (al menos esto es así si los de dieciocho años de las dos aldeas evitan matarse entre sí). Esta es la implicación mínima de un trofeo por guerrero. Si algunos guerreros indios mostraron más del mínimo de entusiasmo y habilidad, el proceso completo en consecuencia sería acelerado. Tal proceso llevaría inexorablemente año con año no solo a un bajo nivel de población sino que a la extinción total. La cuestión es imposible, por supuesto y así es el dogma en el cual es proclamada. Sin duda hubo hombres jóvenes en la sociedad india que se casaron antes de asesinar alguna vez a alguien y las matemáticas indican que muchos de los indios viejos también murieron sin haber matado. Lo que realmente hizo ciudadano de su comunidad a los jóvenes indios fue un ritual de iniciación, y el proceso ha sido observado y narrado miles de veces. William Penn relató que a los jóvenes Delawares se les permitía casarse "después de haber dado algunas pruebas de su hombría con una buena retribución de pieles" y que casi todos ellos estaban casados antes de alcanzarlos diecinueve años de edad.<sup>13</sup> Por consiguiente entre los Delawares un hombre podía casarse cuando pudiera demostrar su capacidad para mantener una familia. ¿Cuántos padres euro-americanos han inculcado esta idea a su descendencia? El que el indio joven pudiera obtener prestigio y status asesinando y escalpando es innegable, y que muchos jóvenes desearan vehementemente esa fama es tan comprensible como el reclutamiento de mercenarios europeos por salario y botín. Pero las generalizaciones universales deben estar basadas en una cierta cantidad mínima de evidencia y sentido común.

Supóngase que se argumente que las implicaciones demográficas apenas presentadas son falaces porque los guerreros pudieron diluir la pérdida de población tomando cueros cabelludos de mujeres y niños. Deductivamente tal objeción podría tener valor si no fuera por la evidencia inductiva disponible. Los europeos del período de contacto inicial concordaron en que, con pocas excepciones que ocurrieron en la confusión de la batalla, los indios solo mataban hombres.<sup>14</sup> El imperativo cultural pudo haber sido una característica de la supervivencia más que sentimentalismo puro, porque una razón para exceptuar a los no combatientes fue para asimilarlos dentro de la tribu victoriosa y así agrandarla y fortalecerla.<sup>15</sup> Fueron observadas algunas tribus que iniciaron una guerra con el propósito específico de aumentar su población femenina.<sup>16</sup> Cualquiera que fuera el motivo, las costumbres de clemencia para las mujeres y los niños fue universal.

El trato de los hombres capturados fue más variado. Las descripciones sureñas tempranas señalaron que todos los prisioneros varones fueron condenados a muerte excepto los jefes<sup>17</sup>. Alrededor del siglo XVII la tortura de los hombres fue practicada bastante extensamente, aunque existe cierta duda acerca de cuán difundida había estado esta característica en un período más temprano. Sin embargo una costumbre mejor decretó el perdón de una gran proporción de varones cautivos. Nuevamente, la costumbre pudo haberse originado en las terribles presiones del descenso de la población, en este caso identificado en familias particulares. Entre los vencedores, las mujeres que habían perdido un esposo o pariente tuvieron el derecho individual indispu

table de "adoptar" a un prisionero en su lugar y el hombre escogido de esa manera fue asimilado inmediatamente dentro de la tribu así como dentro de la familia. (En nuestra terminología el fue naturalizado además de adoptado.<sup>18</sup>) Tal vez el ejemplo más famoso de la costumbre es el rescate Pocahonta de John Smith, a pesar de que Smith rechazó la asimilación en la primera oportunidad para escapar. No todo europeo cautivo siguió el ejemplo de Smith. Fue un constante escándalo quejumbroso que europeos que fueron adoptados por indios, con frecuencia prefirieron quedarse con sus "familias" indias cuando se les ofreció una oportunidad para regresar con sus parientes genéticos.<sup>19</sup>

La costumbre de la adopción aumentó en importancia con la intensificación de la guerra durante el período de contacto continuo. De todos los indios, los Iroqueses, de quienes generalmente se está de acuerdo que han sido los más militaristas y haber sufrido las bajas más debilitadoras, parecen haber practicado la adopción más que ninguna otra tribu. En una época los adoptados constituyeron dos tercios de los Iroqueses Oneidas.<sup>20</sup> Los Senecas adoptaron aldeas completas de los Hurones después de la disolución de la "nación" Huron en tiempo del ataque iroqués,<sup>21</sup> y varias tribus iroquesas lucharon por la posesión de los Susquehannocks después de la última dispersión en la época del ataque desde Maryland y Virginia.<sup>22</sup>

Todavía otra costumbre india sirvió para reducir el efecto mortífero de la guerra. Los indios se abstuvieron de la guerra total que incluyó destrucción sistemática de los alimentos y la propiedad -hasta que su uso por los europeos provocó la represalia en los indios.<sup>23</sup> A este respecto, como en muchísimos otros, los ingleses continuaron la tradición de hacía mucho tiempo, de sus devastaciones en Irlanda.<sup>24</sup> La quema de las aldeas y cultivos para reducir a la sujeción a los irlandeses miembros de las tribus en tiempo de Elizabeth I llevó bastante naturalmente al uso de las mismas tácticas contra los miembros de las tribus de Virginia.<sup>25</sup> Una "relación" de 1629 cuenta como los colonos de Virginia obligaron a un jefe indio hostil a buscar la paz, "siendo forzado a buscarla por nuestras continuas incursiones sobre él y ellos, abatiendo cada año y echando a perder su maíz".<sup>26</sup> La misma práctica fue usada en todas partes en Norte América cuando las tácticas de la guerrilla india impidieron a los europeos una victoria provechosa por una batalla decisiva. Según la lógica india, tal destrucción condenaba a los no combatientes así como a los guerreros a morir de hambre durante un invierno sin provisiones.

Estos comentarios no son para sugerir que los indios de la época anterior al contacto europeo fueron dóciles pacifistas a quienes indujeron los europeos en los métodos de guerra perversos. Por el contrario, toda la evidencia indica un estado verdaderamente endémico de esporádica violencia inter-tribal. Si esta base no hubiera estado presente, los europeos no hubieron podido lograr tan fácilmente la hegemonía oponiendo una tribu contra otra. Pero la difusión de la violencia no dice nada de su intensidad. Lo que está especialmente en discusión aquí es la importancia de la información en comparación con el fenómeno de la guerra en la sociedad europea. Como bien lo ilustra la historia de la Europa feudal, la guerra endémica no necesariamente involucra el descenso de la población, aunque puede ser asociada con él. El hecho es desagradable, pero el crecimiento de las sociedades humanas es demostrablemente compatible con la belicosidad, hasta un nivel crítico de mortalidad. Nosotros no tenemos dificultad en percibir esta norma trabajando en, digamos, la antigua Grecia; sin embargo rechazamos que la norma se aplique también a las amerindias cuando se les atribuye una clase de guerra slavaje que presuntamente fue incomparablemente más continua, más difundida, más integrada a los valores culturales y más insensata en la perspectiva de largo alcance que la dedicada vocación de la atrasada pero civilizada Esparta -o de Atenas, para este caso. El objetivo fundamental aquí es mostrar la falsedad de estas antítesis. Los indios pudieron ser y con frecuencia fueron tan

estúpidos y crueles como los europeos, lo que quiere decir que pertenecían a la misma especie humana. Nunca estuvieron más dedicados que los europeos a matarse mutuamente al punto que sus naturalezas y culturas singularmente violentas condenaron a sus sociedades al estancamiento perpetuo.

El descubrir la naturaleza de la guerra india aborígen requiere un acercamiento escéptico y analítico no solo a las fuentes europeas sino también a las indias. Como los relatos antiguos en otras culturas, las "tradiciones" indias fueron de varias clases: algunas mantuvieron el recuerdo de eventos históricos y otras fueron inventadas para entretener o incitar a la virtud. Wendell S. Hadlock ha demostrado cómo se difundieron rápidamente las leyendas, siendo adaptadas a los ambientes locales de las diferentes tribus, tanto que "un acontecimiento particular en la historia ha sido contado de maneras tan variadas hasta parecer como varios incidentes".<sup>28</sup> Algunas veces uno puede dudar si "el acontecimiento particular" ocurrió alguna vez en alguna parte.

Una clase de esas leyendas, que trata sobre la "guerra del saltamontes", ha sido interpretada por los cronistas en sus múltiples manifestaciones como una realidad exacta de la terrible matanza que los indios descargarían por causas tan triviales como una disputa de niños en torno a la posesión de un saltamontes. Ese saltamontes brincó sobre una porción de territorio. El derramó por galones la misma sangre mítica desde los Micmács de Terranova hasta los Shawnees, Lenapes y Tuscaroras del oeste de Pennsylvania. El cuento parece haber sido de la misma clase de las fábulas de Esopo. Cualesquiera que pudieran haber sido sus orígenes remotos, se difundió a tan gran distancia por su utilidad didáctica más bien que por su realidad histórica. Hadlock la asoció con una lista de narraciones similares que "no son tanto una explicación de un incidente de guerra como explicaciones filosóficas de escisión tribal".<sup>29</sup>

Para Frank G. Speck fue ficción y la interpretación de Speck contiene ironía dulce y amarga a la vez en cuanto a cómo el mito indio fue absorbido y transformado en el mito europeo del salvajismo. "En la leyenda de la 'guerra del saltamontes' tenemos un ejemplo de un tipo de enseñanza moral algonquina con la cual el etnólogo ha estado familiarizado por mucho tiempo. ¿Necesita el moralista señalar que su motivo esclarecido es retratar las consecuencias de que los adultos se hagan cargo de las disputas de los niños, el mal de la lealtad en disputas naturaleza tribal, la abominación de perderse por impulsos emocionales?. El mito es una excelente ensayo por la lección que lleva, elogiando la moderación y las virtudes de la deliberación antes de tomar una acción que pueda llevar a un resultado desastroso".<sup>30</sup>

Una fábula censurando la irracionalidad de la guerra fue convertida en evidencia de la existencia real de una difundida belicosidad irracional por la capacidad transformadora del mito del salvajismo. El indio ni siquiera pudo predicar contra la guerra sin darse cuenta de su amor obsesivo por ella. Por la misma lógica, los cuáqueros serían los más militaristas de los euroamericanos.

Las fuentes históricas sugieren enfáticamente que la guerra aborígen entre los indios cazadores del norte frío se diferenció notablemente de las guerras emprendidas por las tribus agrícolas a más hacia el sur. Durante la mayor parte del año los cazadores vivían dispersos en bandas familiares, constantemente ocupados en ganarse la vida. La oportunidad para organizar guerras tribales concertadas existió por corto tiempo durante los meses de verano cuando las bandas se congregaban en centros tribales y tenían cierto ocio. Entonces pudieron ser organizadas las guerras, pero fueron asuntos esporádicos, individualistas.<sup>31</sup> Un observador jesuita reprobó los motivos y escala de operaciones de los indios con una frase sucinta -"su guerra es únicamente una cacería humana"- y narró como un bando de guerra de treinta hombres disminuyó a quince, que regresaron al hogar satisfechos después de haber tomado los cueros cabe

lludos de tres miembros inofensivos de una tribu amiga.<sup>32</sup> En Europa tal acechanza hubiera sido llamada más bien bandolerismo y no guerra.

Los indios agricultores actuaron en mayor escala y bajo la dirección de propósitos y políticas tribales. Su cultura más compleja suministró una variedad de motivos. Algunas veces lucharon para obtener territorio, aunque aparentemente no en la manera europea de construcción de un imperio; cuando los indios pelearon por un territorio como tal, desearon desalojar a sus ocupantes más bien que subyugarlos. Las tierras hechas así disponibles pudieron ser ocupadas por los triunfadores, dejadas vacías para usarlas como terrenos de caza o mantenerlas como amortiguador protector contra enemigos distantes.<sup>33</sup>

Parece que algunas veces los indios agricultores lucharon para alcanzar predominio, esto es, hacer que la tribu derrotada reconociera la superioridad del vencedor. El símbolo de tal reconocimiento fue el pago de tributo. El papel tributario necesita un momento de atención especial porque es muy confuso. Primero, el tributo debe ser distinguido del botín. Cuando los Niantics atacaron por sorpresa a los Montauks de Long Island por wampum (cuentas de conchas usadas por los indios como moneda) en 1638, ellos fueron tras el botín.<sup>34</sup> Cuando las cinco naciones iroquesas -entre ellas los Mohawks- exigieron wampum de los Lenape del valle Delaware en el siglo dieciocho, ellos deseaban reconocimiento ceremonial de una relación confederada en la cual los Iroqueses eran superiores.<sup>35</sup> Varios contrastes señalan la diferencia. El botín fue tomado por un grupo depredador; el tributo fue presentado por una misión diplomática. El valor del botín aumentó precisamente de acuerdo con la cantidad, el valor del tributo fue fundamentalmente simbólico secundariamente cuantitativo. La toma del botín fue una transacción unilateral; la presentación de un tributo fue correspondido por una presentación de wampum para ratificar el pacto tributario.

Esta última diferencia fue especialmente importante, porque el tributo simbolizó más bien un alianza subordinada que una subyugación y de ese modo acarrea una obligación de parte de la tribu superior así como de la tributaria. En esencia, la alianza daba el derecho al tributario a la libertad de no ser molestado por su defensor y a la protección por él contra el ataque de un tercer grupo. Del tributario fue esperado a cambio, el otorgar deferencia ceremonial en todas ocasiones, permitir el libre paso de los miembros de la tribu dominante por su territorio y permitir o alentar el reclutamiento de sus hombres jóvenes para unirse a los grupos de guerra de la dominante. Este tipo de mutua obligación puede ser identificado en el período histórico, pero no parece que todas las relaciones tributarias fueron iguales, parece que ha habido grados y categorías de obligación,<sup>36</sup> y la palabra tributo fue aplicada también a pagos de wampum u otros bienes valiosos en el carácter de peaje. Por ejemplo, los funcionarios ingleses accedieron a pagar un tributo a las tribus Illinois en 1764 por el privilegio de un paso sin obstáculos a través del territorio de las tribus y los indios supieron perfectamente bien que los ingleses no estaban rendidos o dominados por el pago.<sup>37</sup>

Puede decirse con certeza que una tribu tributaria no necesariamente entregaba el derecho de sus tierras cuando presentaba tributo. Después de la derrota de los Mahicans del Hudson superior por los Mohawks en 1628, los Mahicans ofrecieron tributo con una manera de comprar la paz, pero ellos también vendieron tierra a los holandeses sin objeción de los Mohawk y después de dos años del pago de tributo "se emborracharon y perdieron el morral (de wampum)". El cacique Mohawk Josph Brant, que narró la historia, comentó que los Mohawks no "quedaron muy acongojados" cuando terminó el pago.<sup>38</sup> Cuatro décadas después, cuando el Consejo Ejecutivo de New York consideró la compra de tierra de la tribu "Wickerscreek" (Wecquaesgeek), el Consejo tuvo que

tomar en cuenta si los Wickerscreek podían entregar un título válido "ahora que ellos han sido derrotados" por los Mohawks. Los indios contestaron que los Mohawks no "tendrían ninguna pretensión sobre su tierra, aunque estando en guerra ellos destruirían sus personas y les quitarían sus pieles de castor y sus bienes"<sup>39</sup>

Las "ventas" de las tribus dominantss, como los Pequots y los Iroqueses, de sus derechos en territorios tributarios tuvieron el carácter de renunciaciones, sin perjuicio de los derechos retenidos de los tributarios de ocupación y usufructo. Los Pequots renunciaron a su derecho en el valle Connecticut y permitieron a los ingleses establecerse allí, pero después de que los ingleses desalojaron a un jefe tributario, los Pequots atacaron en represalia. Cuando los Iroqueses fueron sobornados por los habitantes de Pennsylvania en el siglo dieciocho para "renunciar" a un derecho que ellos nunca habían establecido en el valle Delaware, el engaño rompió su confederación.<sup>40</sup>

La situación habitual fue resumida por el General Thomas Gage en el curso de su correspondencia sistemática sobre asuntos indios con Sir William Johnson. Una carta con fiducial de Gage también aclara los motivos ingleses que con frecuencia llevaron al enturbiamiento de los documentos formales. "Se sostiene como un principio general que habiendo conquistado las seis naciones a tales y tales naciones, sus territorios les pertenecen a ellos, y siendo las seis naciones súbditas del rey, como por tratado ellas han reconocido serlo, esas tierras pertenecen al rey. Yo creo que es por nuestro interés sentar tales principios especialmente cuando estamos riñendo con los franceses acerca del territorio y ellos actúan con nosotros en el mismo estilo de sus indios súbditos y el derecho de esos indios". Gage continuó para definir las costumbres indias como las entendió en privado. "Yo nunca me enteré de que los indios hicieran guerra por razón de territorio como los europeos, pero esa venganza y una búsqueda ansiosa de reputación guerrera fueron los motivos que impulsaron a hacerse la guerra. Si estamos para buscar la verdad y examinarla a fondo, yo no imagino que encontraremos que alguna nación conquistada alguna vez cedió formalmente su territorio a sus conquistadores o que los últimos lo exigieran alguna vez. Yo nunca podría saber más de lo que las naciones han cedido y se reconocieron como sometidas a otros y alguna vez vistieron distintivos de sujeción".<sup>41</sup>

La observación de Gege se refiere al motivo más frecuentemente mencionado para la guerra india -conducta que casi invariablemente es llamada vengaza. Como la mayor parte del lenguaje de propaganda, el término tiene una referencia en la realidad y también como la mayoría de la propaganda, deforma esa realidad en el simple nombramiento de ella. Nuestra palabra inglesa implica un acto de represalia destinado a causar sufrimiento a un enemigo y realizado en parte por la satisfacción emocional que el vengador obtendrá de la contemplación de ese sufrimiento. (¿Quién no ha odiado al malvado Iago?). La venganza connota ferocidad -personal, libre de benevolencia, compasión o cualquiera de los más nobles impulsos de humanidad- en una palabra, salvajismo. El fenómeno real de la sociedad india al cual le ha sido dado este nombre no se amolda a esas connotaciones. Como se manifestó dentro de una tribu, nosotros ya hemos mencionado la venganza como una represalia obligatoria para el asesinato, junto con la costumbre de conmutación por la cual la obligación pudo ser exonerada en vez de sangre por sangre.<sup>42</sup> La represalia entre diferentes tribus por agravios reales o imaginados (un caso real y omnipresente) estuvo también ligada a los motivos y limitaciones impuestas por la costumbre y el propósito social, incluyendo conmutación por pago entre tribus así como entre familias. Como lo ha indicado Marian W. Smith, tales represalias tuvieron "un matiz legalista. Sirvieron como mecanismos para rectificar la balanza de sanciones en la sociedad y la represalia es vista como justificada, en la perspectiva del hecho que ella reestablece la validez de las costumbres la cual había sido violada".<sup>43</sup>

Smith escribió en el lenguaje formal de un letrado del siglo veinte. Un indio Lenape del siglo diecisiete expresó la idea de la "represalia justificada. -la cual en Europa podría haber sido calificada rápidamente como "guerra justa"- en un lenguaje más simple cuando le dijo a una persona de Pennsylvania, "Nosotros estamos dispuestos a vivir en paz: si nosotros en algún momento tenemos el propósito de hacer la guerra a ustedes, les permitiremos saberlo y las razones por las que hacemos la guerra a ustedes; y si ustedes nos brindan satisfacción por el agravio hecho, por el cual la guerra es propuesta, entonces no les haremos la guerra a ustedes. Y si ustedes en algún momento se proponen hacernos la guerra ustedes tendrán que permitirnos saberlo y las razones por las cuales nos hacen la guerra y luego si nosotros no otorgamos satisfacción por el daño hecho a ustedes, entonces podrán hacernos la guerra, de lo contrario ustedes no deberán hacerla". Mirando hacia atrás desde el siglo veinte esto suena pintorescamente moralista. ¿En nuestra época de guerra "preventiva" total, qué puede pensar uno de la afirmación del indio: "de lo contrario ustedes no deberán hacerla"?<sup>44</sup>

Marian W. Smith identifica un conjunto de rasgos de una "guerra de duelo" correlacionada a la distribución nortea de la agricultura del maíz. Ella por deducción lo hace una evolución del rasgo de la venganza, pero su definición es breve y no es esclarecedora: "es un elaborado conjunto socio-religioso relacionando la 'emoción' individual con la reintegración social a través de la actividad de grupo y el homicidio sancionado".<sup>45</sup> Esto parece describir más qué ocurre psicológicamente a una tribu después de que ha ido a la guerra que explicar las razones de su elección de luchar con un enemigo particular en cierto tiempo y lugar; además puede ser aplicado a las naciones de la Segunda Guerra Mundial así como a los indios aborígenes.<sup>46</sup> Siguiendo sus suposiciones lógicas, tales explicaciones psicológicas de la guerra, primitiva o moderna, finalmente lo dirigen a uno a una creencia neo-calvinista en la depravación/belicosidad innata del hombre, una posición desautorizada por la ciencia y nociva en realidad y por último a una profecía de realización de los propios deseos que hace ineficaz la investigación de las fuentes empíricas de la guerra y garantiza así su perpetuación. Nosotros haríamos mejor quedándonos con la penetración original de Smith dentro de la guerra india, como un medio de reestablecer la validez de las costumbres violadas; formula preguntas que pueden ser respondidas históricamente.

En resumen, las causas de la guerra aborígen parecen haber sido pocas y las víctimas escasas. El contacto con los europeos agregó nuevos motivos y armas y multiplicó las víctimas. Las guerras de comercio y predominio del período del contacto continuo fueron efectivamente más allá del solo control de las instituciones aborígenes, culturales y políticas, porque fueron guerras de dos culturas, los motivos e impulsos de las cuales se originaron en la colonia y en el imperio así como en la tribu. Estas guerras fueron realmente agotadoras para los indios -horriblemente agotadoras- pero fueron el resultado de la interrupción de la civilización de la sociedad aborígen más que una simple consecuencia de la cultura india anterior al contacto europeo.

La mayor parte de las discusiones de la guerra india se han interesado menos en los motivos de los indios que en su manera de pelear. Toda historia de "la frontera" abunda en relatos de figuras siniestras escondidas en los bosques, emboscando a las gentes, causando desgracia y desolación y en donde los horrores culminan quitando el cuero cabelludo, con tortura y canibalismo. En varios casos los relatos son verificables y aquí no haremos ningún intento para atenuar sus horrores. Pero cuando la atrocidad es particularizada como una cualidad exclusiva de los miembros de una tribu (indios u otros), el mito está siendo invocado frente a la evidencia -efectivamente frente a la experiencia desconsoladora de nuestro propio siglo veinte y de nuestra propia civilización "la más alta" de todos los tiempos. Los indios del período de contacto continuo, y presuntamente también sus antepasados aborígenes, sin duda mostraron mucha ferocidad cuando se incitaban; lo que será argumentado en este punto es

que los documentos de guerra europea en el mismo período también revelan, con amplitud, la misma cualidad. No había indios en Irlanda cuando los ejércitos de Cromwell la convirtieron en un desierto ni había indios con Wallenstein y Filly durante la Guerra de los Treinta años en Europa central. Si el salvajismo era ferocidad, los europeos fueron al menos tan salvajes como los indios.

Muchos de los aspectos de la llamada guerra salvaje fueron aprendidos por los indios del ejemplo europeo. Por ejemplo, referente a la tortura, un análisis sistemático de los documentos del período del contacto temprano, publicado por Nathaniel Knowles en 1940, no encontró referencias de tortura en los indios de la región de la costa sureste "hasta 200 años después del contacto blanco". Knowles agrega: "Parece aún más significativo que no hay manifestaciones indicando algún temor a tal trato en los tempranos exploradores y colonizadores. Los europeos en la mayoría de los casos solo estuvieron demasiado deseosos de llamar la atención sobre la barbarie de los indios para justificar así su necesidad de salvación o exterminación".<sup>47</sup> Knowles encontró, entre los indios del noreste, que la tortura deliberada, como distinta de la simple brutalidad (es decir, crueldad no premeditada y no organizada), no había sido practicada en épocas primitivas excepto por los Iroqueses, quienes la asociaron con la práctica de la antropofagia ritual. Estas costumbres parecen haber sido derivadas de un antiguo conjunto de costumbres relacionadas con el sacrificio humano y quizás remontándose a prácticas similares en México. La tortura iroquesa secundariamente sirvió como un ardid terrorista para mantener atemorizadas a las tribus de los alrededores, pero su utilidad para este propósito declinó cuando algunos vecinos adoptaron la misma característica en represalia, a manera de que los indios sureños se habían vengado con tra torturas europeas tales como la quema en la hoguera.<sup>48</sup> Después de la descripción de la tortura de un prisionero iroqués por los aliados de Samuel de Champlain, Marc Lescarbot comentó, "Yo nunca he leído u oído contar que alguna otra tribu salvaje se porte así con sus enemigos. Pero alguien contestará que esto al menos compensó a los iroqueses que por hechos similares habían dado origen a su tragedia".<sup>49</sup> Lescarbot afirmó absolutamente que "nuestros indios de la costa del mar" no practicaron la tortura y su traductor moderno agregó una nota de confirmación.<sup>50</sup> A pesar de que algunos indios practicaron la antropofagia ritual, que los europeos habían sublimado en actos simbólicos de "comunión" varios siglos más temprano, otros indios detestaron la antropofagia tanto como los mismos europeos. Los algonquinos usaron un epíteto despectivo que significaba "caníbales" para referirse a sus vecinos iroqueses: tomó las formas de Mengwe, Mingo, Maqua y finalmente en inglés, Mohawk.<sup>51</sup>

Los europeos y los indios se diferenciaron en la publicidad dada a la tortura. Los europeos quemaban herejes y ejecutaban criminales con procedimientos ingeniosamente dolorosos, pero gran parte de la tortura europea era impuesta secretamente para el propósito utilitario de extraer confesiones de los sospechosos. Pública o privada, la tortura europea era realizada por especialistas designados por la autoridad gubernamental, mientras que la tortura entre los indios era un espectáculo con participación popular así como para observación. Parece razonable inferir que prácticas comparablemente dolorosas en las dos sociedades, estuvieron claramente diferenciadas en las mentes europeas por lo que fue concebido como su relativa legalidad. La tortura por encargo de una autoridad civil fue simplemente ejecución de la ley y con frecuencia aprobada como un medio de preservar el orden, pero la tortura de un poblacho autónomo fue salvajismo. La *Encyclopaedia Britannica* ha señalado que el término tortura históricamente ha sido usado "especialmente" para aquellos métodos de causar dolor "empleados en un aspecto legal por las naciones civilizadas de la antigüedad y de Europa moderna."<sup>52</sup> En tal contexto la observación del fraile del siglo XVII Louis Hennepin se vuelve irónica: "Nosotros estamos sorprendidos de la crueldad de los tiranos y los sostenemos en horror: pero eso de los iroqueses no es menos horrible".<sup>53</sup>

Una buena dosis de sadismo se manifestó en ambas culturas. Los indios le dieron salida directamente sobre la persona de su víctima, acuchillando y azotando democráticamente su cuerpo con sus propias manos. Aun las mujeres viejas satisfacían cierta lujuria repulsiva empujando tizonas en sus genitales o masticando las articulaciones de sus dedos. Esta cultura sancionó lo que ellos hacían de la misma manera que las culturas locales y regionales en los Estados Unidos del siglo XIX y XX, sancionaban en cierto modo prácticas similares por los blancos en los grupos de linchamiento contra la población negra. En el más autoritario siglo XVII, al populacho europeo en general no le fue permitido participar en las torturas ordenadas contra personas condenadas, excepto como espectadores. Cuando consideramos que las masas llevaron su almuerzo consigo para ser saboreado durante entretenimientos tales como el destripamiento e inmolación lenta, podemos preguntarnos acerca de la importancia de la diferencia cultural. No hay manera de saber cuántos europeos fueron obstaculizados por los guardas armados del estado para empapar sus propias manos en la sangre. Igualmente no tenemos forma de saber cuántas de las personas en una aldea india fueron activos participantes en el tétrico deporte de la tortura, o cuántas solo se limitaban a mirar. Las diversas cualidades de carácter que reconocemos cuando diferenciamos a un europeo o euroamericano de otro, son ignoradas o negadas entre los indios. Los salvajes son homogéneamente crueles.

En los Estados Unidos coloniales los europeos algunas veces entregaron prisioneros a indios aliados para que los torturaran y hacer irrevocable la hostilidad entre dos tribus. Su propia complicidad no fue sentida lo suficiente como para inducir a los europeos a callar; después de haber condenado así a la víctima a veces ellos melindosamente lamentaban los apetitos sádicos de los indios torturadores, que fueron llevados a la práctica por los propios deseos europeos.<sup>54</sup> Un funcionario francés, luego de entregar "prudentemente" a un viejo Onondaga para la tortura en 1696, consideró que la provocación burlona de la víctima "será encontrado quizás manando más bien de una ferocidad que de un verdadero valor".<sup>55</sup>

De una cosa, no cabe duda: Europa había inventado una variedad de instrumentos con el propósito específico de crear dolor, no simplemente muerte, en los cuerpos humanos, cuando le convino a su mayor progreso en la tecnología. Su función era hacer agudísimo el dolor--una palabra que ella misma conmemora una de las invenciones pioneras en ese campo y recuerda su conexión con el culto europeo. Los indios nunca alcanzaron la etapa avanzada de civilización representada por el potro de tormenta u otros instrumentos de semejante propósito. Ellos simplemente adaptaron sus instrumentos de utilidad cotidiana a los propósitos del dolor. Podría ser valioso reflexionar un momento sobre los rasgos culturales representados en la tecnología especializada de tortura de Europa. Algo más que un impulso emocional repentina habrá de ser tomado en cuenta.

Tengo la impresión de que alrededor de la mitad del siglo XVII el punto de vista hacia la tortura empezó a cambiar en direcciones opuestas entre los dos pueblos. De una lectura general, me parece que las actitudes europeas hacia la mutilación del cuerpo humana empezaron a volverse negativas. El antiguo deleite con el acuchillamiento de los cadáveres de los enemigos en la plaza pública y la exposición de sus cabezas en estacas pasó de moda--gradualmente y con excepciones sobresalientes tales como las exposiciones hechas del cacique Philip y de la cacique Weetamoo en la "Guerra del Rey Philip."<sup>56</sup> Lentamente, el uso de la tortura para extraer información de prisioneros políticos cayó en desaprobación

y finalmente en prohibición oficial. Al mismo tiempo, la tortura fue aumentando entre los indios cuando las guerras de comercio se multiplicaron y los conflictos europeos arrasaron consigo las alianzas indias. Es fácil entender porqué los europeos, que estaban tratando de superar sus peores características, debieron haber encontrado ayuda y un sentido de rectitud superior rechazando la tortura y la crueldad como cosas ajenas a sus mejores impulsos y por consiguiente a la civilización en sí. Nadie soñó en ese tiempo que el incremento de la tortura por los indios pudiera haber venido como resultado de la exposición a la influencia edificante de Europa, pero la idea parece más verosímil en la actualidad después de las revelaciones de las prácticas de la policía secreta alemana y rusa, de la policía francesa en Argel, de la justicia de Mississippi (estado sureño de los Estados Unidos) y "las andanzas" de los buenos jóvenes norteamericanos en Vietnam.

Cada día trae revelaciones de torturas secretas cometidas como un instrumento deliberado de la política gubernamental. El periódico de hoy en día empieza con artículo con este párrafo: "Amnistía Internacional, la organización dedicada a ayudar a los prisioneros políticos, ha denunciado que la tortura, como una arma sistemática de control, está siendo usada por casi la mitad de los gobiernos del mundo y está difundiéndose rápidamente." La respuesta del mundo civilizado a esta información está representada por la Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura. La UNESCO retiró de Amnistía Internacional la oferta de sus instalaciones porque el informe sobre la tortura implicaba a más de 60 de los 125 países miembros de la UNESCO.<sup>57</sup> Es claro que la civilización no es un todo homogéneo, lo que podría ser en otras circunstancias. Tampoco lo fue en el siglo XVII.

A parte de la tortura, algunos europeos oprimieron a los indios, cuando pudieron, mediante un reinado de terror que se manifestaba a través de una crueldad indiscriminada. En la Virginia temprana la cortina se abrió brevemente sobre la realidad detrás de los informes tendenciosos y jactanciosos, cuando los ingleses asesinaron a doce indios Chickahominy sin causa, en forma traicionera. Los parientes de las víctimas se vengaron contra diez colonos y luego huyeron a los bosques. El resto de los aldeanos abusado por ambos lados "muy temerosos de que los ingleses fueran vengados en ellos" - un miedo que indudablemente había sido enseñado por los virginianos fanfarrones. El gran cacique Opechancanough "salvó" a la aldea de una matanza sin razón y de paso reveló el motivo detrás de las amenazas europeos, cediendo la aldea a los colonos.<sup>58</sup> En una escala mayor, después de que los muy provocados indios de Virginia se rebelaron en 1622, los escritores ingleses se irritaron por la masacre india aun cuando los soldados ingleses multiplicaron sus masacres de venganza más allá de la cuenta. El doctor virginiano John Pott se convirtió en "el envenenador de los salvajes allí" en cierta clase de episodio tan chocante que el conde de Warwick insistió que era "muy inadecuado" que Pott "deba ser empleada por el Estado en cualquier ocupación." Pero Pott llegó a ser gobernador.<sup>59</sup>

Virginia no fue excepcional. La Nueva Inglaterra puritana inició su propio reinado del terror con las masacres de la conquista de los Pequots. David Pieterszoon de Vries nos ha dejado una descripción inolvidable de cómo actuaron los mercenarios holandeses, bajo órdenes del gobernador de New Netherland William Kieft, para atemorizar a los indios para el pago de tributo:

Alrededor de la medianoche, oí una gran gritería, y corrí a la muralla del fuerte y miré sobre Pavonia. No ví nada excepto disparos y ojos alaridos de los indios asesinados en su sueño ... Cuando fue de día los soldados regresaron al fuerte, habiendo masacrado o asesinado a ochenta indios y considerando que habían hecho una proeza de valor romano, asesinando a tantísimos en su repaso; donde las criaturas fueron arrancadas de los pechos de sus madres, y despedazadas en presencia de sus padres y los pedazos tirados al fuego y al agua y otros lactantes siendo atados a pequeñas tablas y luego cortados, apuñalados y agujerados y miserablemente masacrados en una forma para conmover a un corazón de piedra. Algunos fueron tirados al río y cuando los padres y madres trataron de salvarlos, los soldados no les permitieron regresar a tierra, sino que haciendo ahogarse a ambos, padres e hijos - niños de cinco a seis años de edad y también algunas personas viejas y decrepitas. Muchos escaparon de esta escena y se escondieron en la jungle cercana y cuando fue de mañana salieron a pedir un pedazo de pan y que se les permitiera calentarse; pero fueron asesinados a sangre fría y echados al agua. Algunos vinieron a nuestras tierras en el territorio con sus manos y algunos con sus piernas cortadas y algunos sosteniendo sus vísceras en sus manos y otros tenían tales horribles cortaduras y cuchilladas, peores que ellas nunca pudieron ocurrir.

Y la consecuencia: "Tan pronto como los indios entendieron que los Swannekens (holandeses) los habían tratado así, mataron a todos los hombres que pudieron sorprender en las tierras de cultivo; pero nosotros nunca oímos que ellos alguna vez hayan permitido que las mujeres o los niños sean asesinados."<sup>60</sup>

Los indios con frecuencia han sido acusados de insensible ansia de sangre en sus luchas, aun al punto del asesinato a traición de personas que los habían ayudado. La diversidad de la amistad alegada por las víctimas de tales asesinatos siempre debe ser investigada en particular detalle. El supuesto amigo frecuentemente resulta ser no más que alguien que vivió cerca de los indios para explotarlos más eficientemente que lo que podría desde la distancia - su "amistad" es probada por nada más que su tolerancia a sus personas - o uno que detuvo a otros explotadores para conservar su monopolio. El tema, por razones de espacio y proporción, no puede ser discutido completamente aquí, pero pueden ser citados ejemplos de discriminación real de los indios en favor de personas que ellos reconocieron como amigas. El mismo David de Vries, uno de tales personas, después de la masacre de Kieft pudo caminar solo, sin amenaza, sano y salvo, en medio de los mismos indios cuyos parientes habían sido tratados tan cruelmente.<sup>61</sup> El ejemplo más asombroso se encuentra en la Pennsylvania del siglo XVIII, donde toda la Religious Society of Friends (Cuáqueros), cuyos miembros estaban establecidos a lo largo y ancho de la colonia, estuvo excluida de las incursiones de la Guerra de los Siete Años. En 1758 la Reunión Anual celebrada en Burlington para New Jersey y Pennsylvania anotó su "agradecimiento por el favor peculiar extendido y continuado a nuestros cuáqueros y hermanos profesos, ninguno de ellos, que como nosotros hemos oído ha sido muerto aun o llevado en cautivero. La Asamblea Anual, en consideración a la benevolencia mostró una forma inusual de pensamiento racista: exhortó a todos los cuáqueros a demostrar su gratitud prácticamente, liberando a sus esclavos."<sup>62</sup>

La guerra india, como la guerra europea, cambió con el tiempo y las circunstancias. Las incursiones de guerrilla de pequeños grupos de guerra se hicieron más comunes después de que la introducción de armas de fuego hizo suicida el ataque masivo. Las armas de fuego también redujeron el valor de las empalizadas alrededor de las aldeas, al igual que ellos habían destruido la invulnerabilidad de los castillos europeos amurallados. Los Iroqueses, las más militaristas de los indios, se adaptaron a la lucha con armas de fuego desechando su recargada armadura de madera y cuero para obtener mayor movilidad. El guerrero desnuda del estereotipo salvaje se hizo bastante real, pero al menos entre los Iroqueses, él fue el producto de la aculturación más que de un prototipo aborigen.<sup>63</sup>

La influencia del contacto europeo sobre la guerra india es evidente. Por ejemplo, en Nuevo Inglaterra hasta la conquista de los Pequots, las tribus marcharon a la guerra en masa, pero los Pequots se dieron cuenta de que tales tácticas serían ineficaces contra la potencia de fuego inglesa. Por consiguiente se acercaron a los Narragansetts para proponerles una compañía de hostigamiento en común contra los ingleses en lugar de la confrontación directa. En adelante matarían ganado, asaltarían a los viajeros y emboscarían finqueros aislados. Los Narragansetts rechazaron esta propuesta en favor de una alianza inglesa y más tarde pelearon una batalla contra los Mohegans con la táctica tradicional de un gran ejército; pero cuando finalmente fueron obligados a una violencia abierta contra los ingleses en la "Guerra del Rey Philip", adoptaron la táctica de guerrilla propuesta por los Pequots, para el gran infortunio de Nueva Inglaterra. El cambio cultural, sin embargo, no fue unilateral. En tanto que los Pequots y Narragansetts cambiaron sus tácticas tradicionales para arreglarse con los colonos ingleses, también los ingleses estaban modificando sus antiguos conocimientos militares para hacer frente a las necesidades creadas por la guerra de guerrilla india. En palabras de James Axtell, "de estos oponentes los ingleses gradualmente aprendieron a pelear al 'estilo indio', una habilidad que una vez más significa la diferencia entre su destrucción y supervivencia en el Nuevo Mundo."<sup>64</sup>

Las costumbres y las prácticas cambiaron de década a década, aún en lo que respecta a la peculiaridad de escalar, la cual, en tanto que aparentemente fue de origen indio, no existió entre varias indias en el temprano siglo XVII. Parece haber sido adoptada en Nueva Inglaterra, por ejemplo, como una forma conveniente de recaudar recompensas provinciales por cabezas sin tener que llevar los efectos desagradables vinculados a los cueros cabelludos.<sup>65</sup>

Los indios y los ingleses tomaron cabezas como trofeos y las pusieron en exhibición y la práctica de pagar dádivas por cabezas estuvo bien establecida entre los ingleses. Había sido sobresaliente en las guerras en Irlanda en los siglos XIII y XIV.<sup>66</sup> En el siglo XVI Sir Humphrey Gilbert había atemorizado a los irlandeses ordenando que "las cabezas de todos aquellos (de cualquier clase que sean) que fueron muertos en el día, deben ser cortadas de sus cuerpos y llevadas en la noche al lugar donde el acampaba y allí deben ser colocadas en el suelo a cada lado del camino que lleva a su propia tienda de tal manera que nadie pueda entrar a su tienda por ninguna causa pero comúnmente deba pasar a través del sendero de cabezas, las cuales usó ad terrorem ... (Produjo) gran terror a la gente cuando vieron las cabezas de sus padres, hermanos, hijos, parientes y amigos muertos ..."<sup>67</sup>

Así como los europeos enseñaron a los indios varias características de la guerra "salvaje", también su intrusión en la sociedad india creó nuevas situaciones a las cuales los indios respondieron con un cambio cultural de su propia iniciativa. La guerra de desgaste del período del contacto continuo ciertamente justificó la acusación de A. L. Kroeber de que habiéndose integrado tanto en la cultura, el escapar de ella se hizo imposible, pero no fue la cultura aborigen la que tomó un tributo tal. Fue más bien una cultura en la cual los motivos y propósitos de guerra europea multiplicaron las ocasiones y las víctimas de la guerra. Cuatro clases diferentes de guerra tuvieron lugar en el período del contacto continuo: europeos contra europeos, indios contra indios, aliados entremezclados contra otros aliados y rara vez europeos contra indios. En todas ellas está manifiesta la influencia de las instituciones europeas, políticas o económicas. Muchos de los combates de indios contra indios fueron realmente guerras europeas, en las cuales los indios inconscientemente desempeñaron el papel de sustitutos sacrificables. Los frenos y restricciones de la costumbre aborigen no tuvieron fuerza sobre los europeos y tribus determinados estuvieron en varios estados de dependencia o "mutuo dependencia" en relación a ciertas colonias. Las continuas iniciativas y presiones europeas para la guerra crearon un sistema en el cual la belicosidad tribal fue ciertamente de conservación propia para grupos particulares en circunstancias particulares, aun cuando produjo desgracia general sobre el conjunto de la sociedad india.

No hubo diferencias innatas entre los indios y los europeos en su capacidad para la guerra o en su modo de conducirla. Sus diferencias fueron cuestiones de tecnología y políticas.<sup>68</sup> Solo unas pocas generaciones antes de la invasión de América, los europeos habían dirigido la guerra de acuerdo con reglas feudales muy diferentes de aquellas de la nación-estado, pero sorprendentemente similares en muchos aspectos a las prácticas de la guerra india. Es reconocido que la sociedad india no estuvo estratificada en clases como la sociedad feudal y el guerrero indio se diferenció del caballero feudal, siendo un hombre de uso múltiple, que volvía su mano a las ocupaciones agrícolas entre las batallas. Evidentemente, los indios tampoco construyeron o sitiaron castillos ni pelearon con armas de metal y armadura. Pero no permitamos que la realidad desaparezca detrás de la plancha de la armadura del caballero; dentro de ella había un guerrero desnudo. Desde su infancia él había recibido un entrenamiento especial en el uso de armas y pasó mucho de su tiempo en deportes arduos que fortalecerían y prepararían su cuerpo para la guerra. Igualmente hicieron los indios. Ambos fueron cazadores y en la caza ambos mantuvieron su habilidad en el uso de las armas. Como el indio, el caballero medieval cazó para obtener alimento así como por deporte y entrenamiento y como en los territorios de caza indios, a las personas no autorizadas se les prohibió cazar en el dominio del caballero.<sup>69</sup>

Un ritual especial de purificación admitía al terrateniente europeo dentro del status de guerrero; de igual modo también para el indio, aunque en su caso el ritual fue además una prueba severa. El caballero y el guerrero se movilizaban para la guerra en formas similares: el caballero respondió, si así lo deseó, al llamado de un señor a quien él se había encomendado como vasallo; el guerrero respondió si así lo deseó, a la invitación de un cacique admirado. Ningún guerrero fue reclutado contra su voluntad. En ningún caso hubo una burocracia para reclutar y organizar una fuerza combativa; tal como existió, la lealtad fue la de un hombre a un hombre y la de una familia a otra familia. Autosuficientes por naturaleza, tales soldados no conocieron nada de la disciplina prusiana. Los caballeros y los guerreros fueron hombres libres

luchando en guerras y batallas de su propia escogencia, de manera diferente a los ejércitos permanentes mercenarios de la nación-estado, que aceptaron órdenes por sus salarios.

Uno de los paralelismos más sorprendentes entre las costumbres de los caballeros feudales y aquellos de los guerreros indios fue un código de conducta que en Europa es llamado hidalguía. La excepción de las mujeres y los niños en la guerra india encaja ajustadamente dentro de las doctrinas de la hidalguía reconocidas por los caballeros feudales (y hasta practicadas por ellos cuando las mujeres y los niños fueron de su propia religión). La práctica fue abandonada por las más racionales o eficientes máquinas para matar organizadas por las naciones-estados; la hidalguía perteneció a los caballeros y los caballeros a la Edad Media. La hidalguía, en resumen, fue bárbara.

Tal vez exista aquí una oportunidad de usar el paralelo entre Estados Unidos y Europa para aprender más acerca de Europa. Una explicación habitual del surgimiento de la hidalguía ha sido que el dulce lamento de los trovadores suavizó los corazones y los modales de los hombrones a caballo. Esto no es persuasivo. Los indios tuvieron una clase de explicación diferente para su propia variedad de hidalguía: ellos necesitaban reconstruir su poblaciones en disminución. Europa feudal fue periodo de incertidumbre poblacional y las damiselas exceptuadas por los galantes caballeros fueron la fuente principal de reproducción - un hecho puesto a prueba algunas veces por los caballeros. En este aspecto los indios parecieron haber sido más caballerosos, debido a que cumplieron en todas partes el abstenerse del abuso sexual de las prisioneras, ellos devolvieron las mujeres y niñas, intactas, a las aldeas de los captores para asignarlas en familias como esposas e hijas.<sup>70</sup> Sin embargo, el caballero aunque sirvió al interés público conservando la vida de sus prisioneros, también se sirvió a sí mismo exigiendo rescate.

El caballero y el guerrero, ambos, dieron primero fidelidad a sus parientes. Esta reserva de lealtad del monopolio exigido por la nación-estado fue el pecado imperdonable que estimuló a los nacionalistas a denunciar la barbarie especial de la Europa feudal y el salvajismo especial de los indios norteamericanos. Que toda guerra es cruel, horrible y socialmente insana es fácil de demostrar, pero el nacionalista se extiende sobre el destino, la gloria, las cruzadas y otros artificios para alegar que su propio clase de guerra es diferente y mejor que los horrores cometidos por los salvajes. Esto es evidentemente falso. Las cualidades de crueldad y atrocidad son masivamente visibles en las prácticas de las potencias europeas y norteamericana por todo el mundo, muy recientemente en los ataques de unos a otros de los estados civilizados más adelantados.

#### NOTAS

1. (J. H.) Kennedy, Jesuit and Savage in New France, (Yale Historical Publications, Miscellany (L. New Haven, Conn., 1950)), 114-15, 130.
2. La fornicación y el adulterio comprendieron la mayor parte del peso de la corte en Nueva Inglaterra. Edmund Morgan, "The Puritans and Sex", New England Quarterly, XV(1942), 596.
3. (Daniel) Gookin, "Historical Collections (of the Indians in New England ..." (1674), en Massachusetts Historical Society, Collections, 1st Sermon, I (Boston, 1792)), 149; Elisabeth Tooker, An Ethnography of the Huron Indians, 1615-1649, Smithsonian Institution of American Ethnology, Bulletin 190

- (Washington D.C., 1964) 28; "Penn to Free Society of Traders, 1683", (Albert Cook) Meyers, ed., Narratives of Early Pennsylvania, (West New Jersey, and Delaware, 1630-1707, Original Narratives of Early American History (New York, 1912)), 236; (George S.) Snyderman, Behind the Tree of Peace: (A Sociological Analysis of Iroquois Warfare, Pennsylvania Archaeologist, XVIII, nos. 3-4 (1948)), 31; David H. Corkran, The Creek Frontier, 1540-1783, Civilization of the American Indian Series (Norman, Okla., 1967), 26.
4. Marian W. Smith, "American Indian Warfare," New York Academy of Sciences, Transactions, 2d Ser., XIII (junio 1951), 352.
  5. (Bruce G.) Trigger, "Champlain Judged by His Indian Policy: (A Different View of Early Canadian History,)" Anthropologica, N.S.? XIII (1971), 96-97; A Relation of Maryland (1635), en Clayton Colman Hall, ed., Narratives of Early Maryland, 1633-1684, Original Narratives of Early American History (New York, 1910), 88-90; actas, enero 27, 1672 y Lovelace a Salisbury, enero 27, 1672, en Victor Hugo Paltsits, ed., Minutes of the Executive Council of the Province of New York: Administration of Francis Lovelace, 1668-1673 (Albany, N.Y., 1910), I, 156-57, II, 756-57.
  6. John Smith, Generall Historie of Virginia, en (Edward) Arber y (A.G.) Bradley, eds., Travels and Works (of Captain John Smith, President of Virginia, and Admiral of New England, 1580-1631, II (Edinburgh, 1910)), 538-39.
  7. (Robert) Beverley, (The History and Present State Virginia (1705), ed. Louis B. Wright (Chapel Hill, N.C., 1947)), 186-89; Corkran, Creek Frontier, 23-25; (Lewis Henry) Morgan, (League of the Ho-De-No-Sau-Nee, Iroquois (Rochester, N.Y., 1851)), 327-29; (Roger) Williams, (A Key into the Language of America: Or, An Help to the Language of the Natives in that part of America, called New England ... (1643), ed. James Hammond Trumbull, en Narragansett Club, Publications, I (Providence, R. I., 1866), cap. 11; (John) Heckewelder, (An Account of the History, Manners, and Customs of the Indian Nations, Who Once Inhabited Pennsylvania and the Neighboring States (1818), ed. William C. Reichel, Historical Society of Pennsylvania, Memoirs, XII (Philadelphia, 1871)), 148-49
  8. (A. L.) Kroeber, (Cultural and Natural Areas of Native North America, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, XXXVIII (Berkeley and Los Angeles, 1939)), 148.
  9. Edmund De Schweinitz, The Life and Times of David Feizberger (Philadelphia, 1870), cap. 35.
  10. Williams, Key, ed. Trumbull, Narragansett Club, Pubs., I, 204.
  11. John Underhill, Newes from America; or, A New and Experimentall Discoverie of New England ... (London, 1638), 26, 42-43.
  12. Harold E. Driver, Indians of North America (Chicago, 1961), 370, 384.
  13. "Penn to Free Society of Traders, 1683", Myers, ed., Narratives of Early Pennsylvania, 231.
  14. (Gabriel) Sagard, "The Long Journey to the Country of the Hurons (1632)", ed. George M. Wrong, trans. H. H. Langton, Champlain Society Publications, XXV (Toronto, 1939), 140ñ (Adriaen) Van der Donck, A Description of the New Netherlands (2d. ed., 1656), trans. Jeremiah Johnson, en New York Historical Society, Collections, 2d. Ser, I (New York, 1841), 211; John Smith, Map of Virginia, en (Philip) Barbour, ed., (The Jamestown Voyages under the First Charter, 1606-1609, Hakluyt Society Publications, 2d. Ser., CXXXVI-CXXXVII, II (Cambridge, 1609)), 372; Heckewelder, Account of the Indian Nations, ed. Reichel, en Hist. Soc. Pa., Memoirs, XII, 337-39ñ David Pietersz. de Uries, Short Historical and Journal Notes of Several Voyages Made in the Four Parts of the World, Namely Europe, Africa, Asia and America (1655), trans. Henry C. Murphy, en N.-Y. Hist. Soc., Colls., 2d Ser., III (New York, 1857), 116.

15. Snyderman, Behind the Tree of Peace, en Pa. Archaeol., XVIII (1948), 13-15.
16. John Smith, Map of Virginia, en Barbour, ed., Jamestown Voyages, II, 360.
17. Ibid., II, 361, (Marc) Lescarbot, (The History of New France (1618), trans. W. L. Grant, introducción por H. P. Biogar, Champlain Society Publications, I, (Toronto, 1907-1914)), 88.
18. Morgan, League of the Iroquois, 341-344; Snyderman, Behind the Tree of Peace, en Pa. Archaeol., XVII (1948), 18; Heckewelder, Account of the Indian Nations, ed. Reichel, en Hist. Soc. Pa., Memoirs, XII, 217-18; (Cadwallader) Colden, (The History of the Five Indian Nations on the Province of New York in America (Ithaca, N.Y., 1958 (orig. publ. 1727-1747)), Pt. I, cap. I, 8; (Woodbury) Lowery, (The Spanish Settlements within the Present Limits of the United States, 1513-1561, I (New York, 1959; orig. pub. New York, 1901-1905)), 37.
19. (Philip L.) Barbour, (Pocahontas and Her World (Boston, 1970)), 23-25. Agradezco a James Axtell por proporcionarme un ejemplar adelantado de su artículo "The Whites Indians of Colonial America," WMO, 3a ser., XXXII (1975), 55-88. A mi entender, es el primer tratamiento objetivo de los prisioneros europeos que rechazaron la repatriación.
20. Carta de Jacques Bruyas, enero 21, 1668, (en Reuben Gold) Thwaites, ed., (The Jesuit Relations and Allied Documents: Travels and Explorations of the Jesuit Missionaries in New France, 1610-1791, LI (Cleveland, Ohio, 1896-1901)), 123.
21. Carta de Jacques Fremin, s.f. ("Relation of 1669-1670"), ibid., LIV, 81-83.
22. (Francis) Jennings, ("Glory, Death and Transfiguration: The Susquehannock Indians in the Seventeenth Century," American Philosophical Society, Proceedings, CXII (1968)), 40.
23. Actos, agosto 26, 1645, (David) Pulsifer, ed., Acts of (the Commissioners of the United Colonies of New England, en Nathaniel B. Schurtleff y David Pulsifer, eds., Records of the Colony of New Plymouth in New England, I (Boston, 1859)), 44.
24. Para la práctica de Richard II a fines del siglo catorce, ver (J.F.) Lydon, (The Lordship of Ireland in the Middle Ages (Toronto, 1972)), 234.
25. Encyclopaedia Britannica, 11a.ed., s.v. "Ireland (History of Anglo-Norman Invasion)."
26. Capt. William Perse, "Relation", agosto 1629, C.O. 1'5, pt. 1, fol. 69 (Public Record Office).
27. Por ejemplo, el pillaje francés contra los Mohawks en 1666. (E.B.) O'Callaghan, ed., (The Documentary History of the State of New York, I (Albany, N.Y., 1849-1851)), 70.
28. Wendell S. Hadlock, "War among the Northeastern Woodland Indians," Am. Anthro., N.S., XLIX (1947), 217-18.
29. Wendell S. Hadlock, "The Concept of Tribal Separation as Rationalized in Indian Folklore," Pa. Archaeol., XVI (1946), 84-88.
30. Frank G. Speck, "The Grasshopper War in Pennsylvania: An Indian Myth That Became History," Pa. Archaeol., XII (1942), 34. Ver también C. E. Schaeffer, "The Grasshopper or Children's War -- A circumboreal Legend?" ibid., XVI (1946), 91-94.
31. Hadlock, "War among Northeastern Indians", Am. Anthro., N.S., XLIX (1947), 211-14.
32. Andre Richard, "Relation of 1661-1662", Thwaites, ed., Jesuit Relations, XLVII, 221-39.
33. Occupation: Pequot displacement of Niantics. (Frederick Webb) Hodge, ed., Handbook of (American Indians North of Mexico, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 30, 2 vols. (Washington, D.C., 1907-

- 1910)), s.v. "Pequot". Hunting grounds: Five Nations displacement of tribes around Lake Erie. Five Nation deed, julio 19, 1701, N.Y. Col. Docs., IV, 908. Buffer lands: Hadlock, "War among Northeastern Indians," Am. Anthro., N.S., XLIX, (1947), 217.
34. (Benjamin F.) Thompson, (The History of Long Island, 2a.ed., I (New York, 1843)), 89-90.
35. Actas, mayo 19, 1712 (en Samuel Hazard, ed., Minutes of the Provincial Council of Pennsylvania ..., II (Harrisburg, Pa., 1838-1853)), 546; borrador en las actas del tratado, setiembre 15, 1718, Logan Papers, XI, 7 y el discurso de Sassoonan, agosto 7, 1741, Records of the Provincial Council and Other Papers, Manuscritos en cajas, fol. 1740-1749, ambos en Hist. Soc. Pa., Philadelphia.
36. Snyderman, Behind the Tree of Peace en Pa. Archaeol., XVIII (1948), 33; Anthony F. C. Wallace, King of the Delewares: Teedyuscung, 1700-1763 (Philadelphia, 1949), 195-96 y su "Political Organization," Southwest Jour. of Anthro., XIII (1957), 308-09; Beverly, History of Virginia, ed., Wright, 174; (Regina) Flannery, (An Analysis of Coastal Algonquian Culture, Catholic University of America Anthropological Series, VII (Washington, D.C., 1939)), 117-18; (Francis) Jennings, ("The Constitutional Evolution of the Convent Chain." American Philosophical Society, Proceedings, CXV (1971)), 90-94.
37. Gen. Thomas Gage a Johnson, mayo 28, 1764, (James Sullivan, et al., eds., The Papers of Sir William Johnson, IV (Albany, N.Y.; 1921-1965)), 433-4; Johnson a Gage, junio 9, 1764, ibid., XI, 223.
38. Douglas W. Boyce, ed., "A Glimpse of Iroquois Culture History through the Eyes of Joseph Brant and John Norton," Am. Phil Soc., Procs., CXVII (1973), 290; Bruce G. Trigger, "The Mohawk-Mahican War (1624-28): The Establishment of a Pattern," Canadian Historical Review, LII (1971), 281.
39. Actas, octubre 30, 1671, Paltsits, ed., Minutes of Council of N.Y., I, 105.
40. (Francis) Jennings, ("The Delaware Interregnum," Pennsylvania Magazine of History and Biography, LXXXIX (1965)), 174-98; (Anthony F.C.) Wallace, (The Death and Rebirth of the Seneco (New York, 1970)), 154.
41. Gage a Johnson, Octubre 7, 1772, Sir William Johnson Papers, XII, 994-95.
42. Ver la descripción del misionero Francesco Bressani (1652) que expresó, "es la gente lo que da satisfacción por los crimines del individuo, si él culpable es conocido o no. En resumen, sólo el crimen es castigado y no el criminal; y esto, que en todas partes parecería una injusticia, es entre ellos el medio más eficaz para prevenir la expansión de desórdenes similares." Thwaites, ed., Jesuit Relations, XXXVIII, 273-87, citado en p. 277.
43. M. W. Smith, "American Indian Warfare," N.Y. Acad. Sciences, Trans., 2d Ser., XIII (1951), 352. Ver también la discusión de la venganza en Snyderman, Behind the Tree of Peace, en Pa. Archaeol., XVIII (1948) y A.F.C. Wallace, Death and Rebirth of the Seneca, 44-48; Heckewelder, Account of the Indian Nations, ed. Beichel, en Hist. Soc. Pa. Memoirs, XII, 175-76; Tooker, Ethnography of the Hurons Indians, 28; (John) Lawson, (A New Voyage to Carolina (1709), March of America Facsimile Series, N. 35 (Ann Arbor, Mich., 1966)), 199; Driver, Indians of North America, 354.
44. Thomas Budd, Good Order Established in Pennsylvania and New Jersey in America (1685), March of America Facsimile Series, N. 32 (Ann Arbor Mich., 1966). 33.
45. M. W. Smith, "American Indian Warfare", N.Y. Acad. Sciences, Trans., 2d Ser., XIII (1951), 359.
46. Ver W. W. Newcomb, Jr., "Toward an Understanding of War" en Gertrude E. Dole y Robert L. Carneiro, eds., Essays in the Science of Culture in Honor of Leslie A. White (New York, 1960), 322-24 y Newcomb, "A reexamination of the Causes of Plains Warfare," Am. Anthro., LII (1950), 328-29.

47. Nathaniel Knowles, "The Torture of Captives by the Indians of Eastern North America," Am. Phil. Soc., Procs., LXXXII (1940), 202. Este es un estudio sistemático fundamental para cualquier análisis de la tortura en Norte América. Knowles expresó que Ponce de León en 1613 había conocido a un indio de Florida que entendió el idioma español, "haciendo así patente que la crueldad atraz de los españoles por cerca de veinte años en las Indias Occidentales había sido conocida por los habitantes de tierra firme antes del descubrimiento del continente por los blancos." (p. 156). Knowles cita la especulación de Lowery de que la resistencia de los floridanos a los españoles significó que "ellos habían aprendido algo del trato que iban a esperar en manos de tales conquistadores." Lowery, Spanish Settlements, I, 144-45. En 1642 el jesuita canadiense mártir, el Padre Isaac Jogues escribió, "nunca hasta ahora el cadalso (tortura) indio había contemplado franceses u otros cautivos cristianos." (E. B. O'Callaghan y Berthold Fernow, eds., Documents Relative to the Colonial History of the State of New York, XIII (Albany, N.Y., 1856-1887), 581 (agregado el subrayado).
48. Knowles, "Torture", Am. Phil. Soc., Procs., LXXXII (1940), 190-91, 213, 215. Heckewelder, Account of the Indian Nations, ed. Reichel, en Hist. Soc. Pa., Memoirs, XII, 343.
49. Lescarbot, History of New France, trans. Grant, III, 13-15.
50. Ibid., III, 20-21.
51. (Allen W.) Trelease, (Indian Affairs in Colonial New York: The Seventeenth Century (Ithaca, N.Y., 1960)), 41. Pero ver un significado disidente para "Mohawk" dado por el cacique Mohawk Joseph Brant, quien sostuvo que vino de la palabra Mahican, munkwas, significando "pez seco". Brant pudo haber sido un poco susceptible sobre la materia. Boyce, ed., "Glimpse of Iroquois Culture History," Am. Phil. Soc., Procs., CXVII (1973), 291.
52. Encyclopaedia Britannica, 11a ed., s.v., "tortura".
53. Louis Hennepin, A Description of Louisiana (1683), trans. John Gilmary Shea, March of America Facsimile Series, No. 30 (Ann Arbor, Mich., 1966), 311-12.
54. Heckewelder, Account of the Indian Nations, ed. Reichel, en Hist. Soc. Pa., Memoirs, XII, 343-44; (Dictionary of Canadian Biography), I (1966), s.v. "Buade de Frontenac et de Palluau, Louis de." Sir William Johnson siguió la misma práctica pero la disfrazó con eufemismos. Por ejemplo, le contó a Cadwallader Colden, marzo 16, 1764, "Yo estuve obligado a dar a gente cinco prisioneros por su buena conducta." El mismo día Johnson le escribió al General Gage que los indios habían "guardado" los cinco prisioneros. Sir William Johnson Papers, IV, 365, 368-69 (agregado el subrayado).
55. O'Callaghan, ed., Doc. Hist of N.-Y., I, 334.
56. (Samuel G.) Drake, Biography and History of the Indians (of North America from its First Discovery ..., 11a ed. (Boston, 1856)), 189-90, 227.
57. New York Times, Dec. 16, 1953: "64 Nations Charged in Report as Users of Torture."
58. John Smith, Generall Historie of Virginia, en Arber y Bradley, eds., Travels and Works of Smith, II, 528, 538-39.
59. Ver (Wesley Frank) Craven, "Indian Policy in Early Virginia", (William and Mary Quarterly), 3d Ser., I (1944), 73; Warwick a Sec. Conway, agosto 9, 1624, C.O. 1/3, 94; C.O. 1/5, Pt. 2 fol. 206, Public Record Office.
60. De Vries, Voyages, in N.-Y. Hist. Soc., Colls., 2d. Ser. III, 115-16.
61. Ibid., 116-20.
62. Actas, 1758, Minutes of the Yearly Meeting Held at Burlington for New Jersey and Pennsylvania; Manuscripts. Bk. A3, 121, Department of Records, Philadelphia Yearly Meeting, Society of Friends, 302 Arch St., Philadelphia.

63. Keith F. Otterbein, "Why the Iroquois Won: An Analysis of Iroquois Military Tactics", Ethnohistory, XI (1964), 57-59; Snyderman, Behind the Tree of Peace, en Pa. Archaeol., XVIII (1948), 75-77.
64. (William) Bradford, Of Plymouth Plantation, (1620-1647, ed. Samuel Eliot Morison (New York, 1952)), 294-95, 330-31; James Axtell, "The Scholastic Philosophy of the Wilderness," WMO, 3d. Ser., XXIX (1972), 340.
65. Hodge, ed., Handbook of N. Am. Indians, s.v., "escalpar".
66. Lydon, Lordship of Ireland, 195.
67. (Nicholas P.) Canny, "The Ideology of English Colonization: From Ireland to America," William and Mary Quarterly, 3d. Ser., XXX (1973), 582.
68. La única discusión extensa parece ser una sin virtudes notorias: Henry Holbert Turney-High, Primitive War: Its Practice and Concepts (Columbia, S.C., 1949). Este es del tipo de dogma redundante y de semántico evasiva del Coronel Blimp, no confiable, superficial. El autor reiteradamente expresa su desprecio por las ciencias sociales y declara que cualquier oficial no comisionado sabe más que todos los científicos sociales. El se apresura a agregar que fue un oficial comisionado.
69. A.F.C. Wallace erróneamente ha extrapolado la costumbre americana de la libertad de caza en tierras sin avisos, a periodos europeos y el error es repetido por Vaughan; pero la cacería en Europa estuvo limitada estrictamente a la nobleza y a "restringidos" límites de derechos en los terrenos comunales para las clases más bajas. Wallace, "Political Organization," Southwest Jour. of Anthro., XIII (1957), 312, N. 7; (Alden T.) Vaughan, New England Frontier: Puritans and Indians, 1620-1675 (Boston, 1965), 108; E.C.K. Gonner, Common Land and Inclosure (London, 1912), 14-16.
70. Hodge, ed., Handbook of N. Am. Indians, s.v., "cautivos"; Heckewelder, Account of the Indian Nations, ed. Reichel, en Hist. Soc. Pa., Memoirs, XII, 339-40.

## COMPOSICION DE LA FAMILIA DE PLYMOUTH \*

John Demos

Estudios recientes sobre la vida familiar colonial han buscado disipar algunos conceptos erróneos serios acerca del tamaño y número de miembros de la familia típica. Se ha acostumbrado pensar que la regla fue cierto tipo de "familia extensa" --es decir un gran conjunto de personas extendido sobre varias generaciones y una diversidad de conexiones de parentesco, todas reunidas bajo un techo. En esta visión el cambio hacia nuestro propio patrón "nuclear", con padres e hijos viviendo aparte de todos los demás parientes, fue asociado con el advenimiento de la Revolución Industrial. Sin embargo, actualmente es evidente que las familias pequeñas y esencialmente nucleares fueron la norma desde el principio mismo de la historia norteamericana, y probablemente desde un período aún más temprano en la historia de Europa Occidental. La evidencia para Plymouth está muy en conformidad con estas conclusiones.

Nuestro estudio de la arquitectura de la Vieja Colonia indubablemente indica ciertas límites en el tamaño de las familias individuales: realmente es difícil concebir grandes números de personas arreglándose para vivir juntas en casas relativamente modestas. Semejante situación podría ser concebible en un clima cálido, donde la mayor parte de la vida puede ser llevada al aire libre--pero ciertamente no en Nueva Inglaterra.

Las diferentes escrituras de dotes y herencias expresan mucho más directamente el mismo punto. Ellos muestran fuera de cualquier posibilidad de duda razonable que una pareja casada y sus propios hijos siempre formaron el centro de la familia--y con frecuencia comprendieron su total extensión. Seguramente hubo algunas variaciones significativas en este patrón, pero probablemente no más que las que pueden ser encontradas en nuestros días. La información particular más decisiva, confirmada por las escrituras, es una clara y amplia evidencia de que los hermanos casados nunca pertenecerían a la misma casa. Los contratos hechos entre las familias de una novia y un novio en perspectiva ordinariamente proveyeron para la construcción (o compra) de una casa separada para la nueva pareja. Los arreglos para la boda de Joseph Buckland y Deborah Allen del pueblo de Rehoboth aparentemente fueron típicos: El padre de Buckland prometió "construir al dicho Joseph una casa cómoda para su vida confortables con sesenta acres de tierra colindantes."<sup>2</sup> Muchos de los testamentos revelan un patrón similar. El hombre invariablemente dejó su casa a uno de sus hijos--nunca a más de uno. Al mismo tiempo él procuró prepararse para el día cuando sus otros hijos se casarían y necesitarían establecer sus propias residencias separadas. Así, por ejemplo, John Washburn de Bridgewater dejó un legado especial para un hijo más joven "para su casa"<sup>3</sup> --los otros hijos ya estaban viviendo en casas de su propiedad. William Carpenter de Rehoboth, en tanto que hizo a su primer hijo (Samuel) su principal heredero no olvidó a su segundo (Abiah). Samuel y la viuda de Carpenter fueron especialmente ordenado para "ayudar... Abiah a construir un casa porque Samuel tiene una casa ya construida."<sup>4</sup> En todos los testamentos existentes solo hay uno que propone alguna clase de residencia en común entre diferentes parejas casadas y claramente reconoce la naturaleza inusual y temporal de tales arreglos. Thomas Bliss de Plymouth, quien murió en 1647, dejó su "casa y lote del hogar" a su hijo Jonathan, con la condición de que ayudara a cierta yerno en la construcción de una residencia separada y que mientras tanto "le permitiera pacífica y sosegadamente vivir en la casa hasta que ellos pudieron ser capaces de establecer una casa para él."<sup>5</sup>

\* De John Demos, A Little Commonwealth: Family Life in Plymouth Colony (New York: Oxford University Press, 1970), pp. 62-81.

Hay otro ejemplo de evidencia para presentar en este punto: un raro y extremadamente valioso censo para la ciudad de Bristol recopilada en febrero de 1689.<sup>6</sup> La disposición del censo es en sí mismo significativa. En un lado hay una lista de nombres de todas las cabezas de familia de la ciudad. Tres columnas contiguas de números (no de nombres) están tituladas "esposa", "hijos" y "sirvientes". En total 421 personas están incluidas en el censo y están distribuidas a través de 70 familias.

Estas cifras sugieren un promedio aproximado de seis personas por familia en la población de Bristol en 1689. Un examen más cercano muestra que las familias de cuatro, cinco y seis personas fueron las más comunes, comprendiendo el 47% de toda la muestra; el 17% fueron más pequeñas que estas (de uno a tres personas cada una) y el 36% fueron más grandes. Estos resultados pueden parecer sorprendentemente bajas a la luz de las ideas tradicionales acerca del tamaño de la familia colonial, pero Bristol no fue una comunidad inusual. Como he tratado de demostrar en otro parte en mayor detalle<sup>8</sup>, las familias de este pueblo pudieron haber sido un poco más grandes que la norma para algunas otras partes de la colonia. Pero aun así la discrepancia fue extremadamente reducida y para nuestros propósitos los materiales de Bristol pueden ser considerados como típicos.

Las categorías simples de "esposo", "esposa", "hijos" y "sirvientes" son probablemente tan exactos y útiles como cualquiera de los términos modernos que pudiéramos idear para describir la familia colonial. En efecto solo la última requiere alguna explicación para ser comprensible en la actualidad; las otras tres pueden ser directamente transferidas. Estas continuidades del lenguaje obviamente dicen mucho de la similitud esencial de la estructura de las familias de entonces y de ahora. Pero aun así, valdrá la pena detenerse y considerar cada una de las categorías separadamente. En tanto que los significados básicos pueden haber permanecido iguales, debemos reconocer ciertos cambios a través del tiempo en las circunstancias ambientales que rodearon la vida familiar.

La mortalidad es tal vez la más influyente de estas circunstancias y desafortunadamente todavía hay pocas investigaciones fidedignas de sus dimensiones exactas en el período colonial. Hay abundancia de imágenes floridas flotando - imágenes de matrimonios regularmente acortado por la muerte y familias enteras de hijos aniquilados por la enfermedad - pero todo esto está completamente infundado. En realidad los documentos de la colonia Plymouth sugieren un nivel de vida y de salud que podría compararse favorablemente con lo de cualquier sociedad preindustrial del presente. Mi propio trabajo con estos materiales no es concluyente pero al menos ofrece algunas hipótesis de trabajo. Tres de ellos pueden ser enunciados brevemente: 1) un hombre al alcanzar la edad adulta (definida para el período como la edad de 21 años) podía esperar vivir alrededor setenta años. Para una mujer el promedio fue de unos siete años menos. 2) El número más bajo para las mujeres por supuesto refleja los riesgos inherentes al dar a luz a los hijos. No obstante este factor puede fácilmente ser exagerado. Parece que un poco menos del 20% de las muertes entre los mujeres adultos fueron debidos a causas relacionadas con el parto. O para ponerlo de otra manera algo así como uno en treinta nacimientos terminó con la muerte de la madre. 3) La tasa de mortalidad entre los infantes y los niños pequeños fue mucho más baja que lo que hemos supuesto tradicionalmente. Este es un tema difícil de estudiar sistemáticamente porque algunas muertes entre los muy jóvenes no fueron registrados de la manera usual. Sin embargo la evidencia que existe sugiere un máxima de un 25% de mortalidad para el lapso completo entre el nacimiento y la madurez (21 años de edad) y el número real bien pudo haber sido substancialmente menor.<sup>9</sup> Por supuesto en nuestro propio tiempo la tasa comparable sería cerca del 1% de manera que

ciertamente son reales las diferencias aquí. Sin embargo el punto sigue siendo que la muerte no fue la "circunstancia usual", aun en estos remotos y esencialmente primitivos establecimientos coloniales. Sin duda fue una posibilidad siempre presente y pocas personas pudieron haber pasado mucho en la vida sin la pérdida de alguien en su círculo inmediata de amigos y de parientes. Pero en términos de la estabilidad general de la vida familiar no fue un factor de primera importancia.

La muerte produjo su impacto más grande cuando afectó a adultos casados en razón de que la pérdida de uno de los cónyuges obviamente causó considerable trastorno dentro de una familia individual. Pero usualmente el problema fue de duración limitada porque muchos viudos y viudas se volvieron a casar dentro de un espacio de tiempo relativamente corto. Con frecuencia el intervalo fue menos de seis meses. No debemos imaginar en este punto una falta de amor por el cónyuge fallecido. Fue más bien un asunto de costumbre y verdaderamente de una clara necesidad funcional. El hombre que vivió fuera de la relación marital fue colocado un poco inconvenientemente en términos de la comunidad más grande; es más él necesitó la ayuda de una esposa en el esfuerzo por mantener una casa eficiente. Las mismas presiones obraron con fuerza aun más grande en el caso de una mujer viuda.

De esta manera fue que la mayor parte de las familias dentro de una comunidad dada en un punto dado en el tiempo ejemplificaron el modelo básico del esposo, esposa e hijos. La situación en Bristol en 1689 puede ser detectado exactamente del censo de la ciudad. Entre las 70 familias residentes allí solo dos estuvieron encabezadas por un adulto solo (una viuda y un viudo). Las 68 restantes resultaron completamente "intactas" al menos en este nivel (adulto).

También podría ser útil calcular la proporción de las personas que efectivamente vivieron fuera de esta secuencia de matrimonio, luto y segundas nupcias. Esta fue en efecto considerable pero nada que se aproximara siquiera a la mayoría de la comunidad como un todo. Mi investigación de unas 700 personas que vivieron al menos cincuenta años ha mostrada la siguiente: entre los hombres cerca del 60% estuvieron casados solo una vez; para las mujeres el número comparable fue de 75%. Por otra parte la mayoría de los restantes fueron personas con dos matrimonios; solo el 6% de los hombres y el 1% de las mujeres estuvieron casados más de dos veces.<sup>10</sup> Así el viejo estereotipo del formidable colono yendo através de una larga serie de esposas, una después de otro, debe ser dejado de lado sin más.

Eso bastó (temporalmente) en cuanto a los esposos y esposas; volvemos ahora a la categoría de los hijos. ¿Cuál fue, en los hogares de Old Colony el número de hijos? Una vez más el censo de Bristol ofrece el más influyente ejemplo particular de evidencia. Primero que todo revela que una mayoría del total de la población de la ciudad incluía a los hijos. El número exacto fue el 54%. También muestra que el número promedio de hijos por familia fue un poco más de tres pero grupos de uno, dos, tres, cuatro y cinco fueron comunes todos en un grado más o menos igual. Más arriba de cinco hijos los ejemplos son mucho más raros. Un sexto de las familias caen dentro de este conjunto (de más de cinco hijos) y el grupo individual más grande fue de diez.<sup>11</sup> Estos resultados pueden parecer un poco bajos a primera vista pero es que deben ser considerados en el contexto. Es importante recordar que las familias crecieron bastante despacio y que el número de los hijos en cualquier familia particular fue una función directa de la edad de los padres. Hubo ciertas regularidades muy estables en el intervalo de los nacimientos en las familias de los colonos. El primer hijo usualmente llegaba dentro de los quince meses después de la ceremonia del matrimonio, con frecuencia en el espacio de doce meses y

ocasionalmente qué pena! en el de nueve (de esto, más adelante)<sup>12</sup>. De allí en adelante el intervalo normal fue de dos años aunque hay cierta tendencia a intervalos ligeramente más largos cuando la esposa-madre envejecía.

Observen que las parejas jóvenes casados recientemente estuvieron destinadas a contribuir al segmento más bajo en cualquier muestra tomada en algún pueblo como el de Bristol. Fue solo cuando los padres se acercaron a la edad madura que sus familias empezaron a mostrar un número realmente grande de hijos. Pero después de la edad madura el proceso se invirtió el mismo otra vez ya que algunos de los hijos mayores dejarán el hogar para establecerse en los suyos propios. Por esto no hay nada contradictorio al hallar simultáneamente: (1) un promedio de tres hijos por familia para una comunidad entera en cualquier punto dado en el tiempo; y (2) un promedio much más alto de hijos nacidos a una pareja individual durante todo el lapso de vida matrimonial. En realidad un examen de algunos de las 100 parejas de Old Colony de quienes hay buena información de muestra que ocho a nueve niños por cada una fue una buena norma.<sup>13</sup> De aquí viene la creencia tradicional acerca de la vida familiar colonial que sobrevive a la prueba de la evidencia - la idea, en resumen, de que las familias criaron números de hijos excesivamente grandes, al menos en contraste con las normas de nuestros días.

Hay que mencionar un punto final con respecto al número de hijos de estas familias del siglo diecisiete. Dado que los nacimientos usualmente estuvieron espaciados en intervalos de dos años o más y que todo el período de maternidad de una pareja dada podía abarcar unos veinte años, los hijos de cada familia incluían una comunidad de personas de diferentes edades y etapas de desarrollo radicalmente diferentes. Por ejemplo la familia de un hombre de cuarenta y cinco años bien pudo incluir un hijo maduro prometido próxima a empezar su propio finca y un infante aun de pecho, sin mencionar todos los hijos en medio. Por supuesto esta es mucho en contraste con la situación que comunmente prevalece en la actualidad cuando los padres no solo tienen menos hijos en todo sino que también tratan de tenerlos dentro de cierto espacio de tiempo limitado (La edad en la cual la mujer norteamericana promedia tiene ahora su último hijo es 26 años). El patrón moderno contribuye a destacar las distancias entre generaciones y a hacer la niñez una condición tangible o al menos visible. Pero en la colonia Plymouth, y en realidad en cualquier sociedad donde predomina la misma clase de familia, estas diferencias fueron borrados considerablemente. El camino a la madurez se manifestó no como un peñasco pero ser ascendido en series de saltos precipitados e inciertos, sino como un ascenso gradual de etapas que estaban literalmente personificados en los muchos hermanos diversamente situados a lo largo del camino.

La categoría de "sirvientes" presenta un obstáculo mayor para una comprensión clara del número de miembros de las familias coloniales. El término mismo fue usado en una forma muy general e imprecisa y cubrió muchas situaciones los cuales debemos tratar de diferenciar al menos brevemente. Primero y el más fácilmente reconocido a la luz de nuestros significados de ahora, fue el de hombre o mujer empleados. Esta fue una persona madura contratada para trabajar en alguna familia por un período de tiempo estipulado (en cualquier parte de varios meses a varios años). Tales convenios aparecen en los registros coloniales bajo la siguiente forma: "Thomas Bunting ... se coloca así mismo como un sirviente para vivir con John Cooke, hijo, durante el término de ocho años."<sup>14</sup> Fue la servidumbre por contrato muy familiar a los historiadores del siglo diecisiete.

En algunos casos hombres y mujeres fueron obligados a convertirse en sirvientes como un acto de disciplina iniciado por la comunidad sin restricciones. Fueron

tratados frecuentemente en esta manera los criminales insignificantes y los ociosos. Por ejemplo, en 1644 la Corte General encontró a James Till culpable de cometer un robo y le ordenó servir en la casa de Timothy Hatherly por dos años, sus salarios fueron usados para compensar su multa.<sup>15</sup> Algunos años más tarde cierta "Señora Thomas, La Gala", fue asignada para trabajar y vivir con la familia de Robert Barker - él también tenía control sobre el manejo de sus bienes y "para ver que ella no viviera extravagantemente como en otro tiempo."<sup>16</sup> Obviamente en estos casos especiales no fueron considerados, los deseos de los individuos afectados pero en la mayor parte de los otros aspectos el convenio se asemeja al modelo corriente de servidumbre.

Ocasionalmente los hombres podían "colocarse" ellos mismos en otras familias para aprender un oficio o habilidad particular. Así en 1667 "Richard Handy ... cardador, ha pactado, acordado y se colocó el mismo como un aprendiz para y con James Skiffe, hijo ... hilandero para vivir con el citado James desde el 25 de octubre próximo hasta que él juzgue en sí mismo que ha alcanzado la habilidad y destreza de un tonelero."<sup>17</sup> No obstante usualmente los términos fueron menos formales y específicos que este. Debe decirse que el total de adultos sirvientes de todas clases mencionados de alguna manera en los Registros Coloniales, no fue grande. Aparentemente la mayor parte de las personas en la servidumbre fueron niños y a este grupo debemos ahora dedicarle una reflexión particular.

La práctica de "colocar" niños afectó una variedad de circunstancias diferentes, solo algunos de las cuales pueden ser reconstruidos ahora. En ciertos casos el aprendizaje de un oficio fue central y los términos del contrato definieron un aprendizaje formal.<sup>18</sup> Sabemos, además, que un patrono ignoraba tales términos solo bajo su riesgo. En 1654 Jonathan Briggs "en otro tiempo sirviente de William Hailstone, de Taunton, demandó al citado señor por no cumplir sus acuerdos con él ya que no le enseñó el oficio de sastre."<sup>19</sup> La Corte General falló a favor del demandante y obligó a Hailstone a pagar 15 libras por daños. A lo inversa, en un caso presentado en otra Corte un sirviente formalmente exoneró a su patrono de la obligación de "enseñarme ... el oficio de hilandero, ya que habiendo sido solo por mi negligencia que el arriba mencionada compromisa no ha sido cumplido aún."<sup>20</sup>

De hecho los documentos sobre la relación específica de aprendizaje son poco frecuentes; en realidad la palabra "aprendiz" fue usada tan vaga e intercambiamente como el término igualmente vago de "sirviente." Con mayor frecuencia los aspectos educacionales de un contrato fueron expresados en un lenguaje más general. Cuando John Phillips colocó a su hijo William en la casa de John Bradford "a la manera de un aprendiz", Bradford convino simplemente, en "enseñar e instruir al mencionado aprendiz para escribir y leer y darle la educación para convertirse en maestro para un sirviente."<sup>21</sup> Entre tanto Benjamin Savory pasó por dos "aprendizajes" diferentes. En el primero se pretendió que aprendiera "cualquier oficio que (su patrono) ... pueda hacer";<sup>22</sup> en el segundo fue instruido "en el aprendizaje para expresarse, leer, y escribir" y también en "agricultura."<sup>23</sup>

Sin embargo no debemos tomar a la ligera las cláusulas que en estos contratos definieron la obligación de enseñar al menos dos de tres R's\* a causa de que el alfabetismo no estuvo defundida en esta cultura y la habilidad para leer y escribir debió haber sido altamente valorada. Además fue poca la educación formal en cualquier parte de Old Colony hasta el último cuarto de siglo<sup>24</sup> y la práctica de colocar a los niños pudo haber constituido un equivalente funcional al menos para algunos de sus personas jóvenes. Entonces tal vez, los sirvientes y aprendices

\* Los tres R's son leer, hacer cálculos y escribir.

frecuentemente fueron los hijos de padres analfabetos colocados a familias que mantuvieron un nivel de educación más alta. Pero desafortunadamente estas son relaciones muy difíciles de probar.

Con todo, es más fácil analizar la posición de las diferentes familias incluidas, en términos de riqueza material. Y claramente, en ciertos casos los sirvientes dejaron familias relativamente pobres e iban a unas más ricas. El contrato de Zachariah Eddy, por ejemplo aclara todo esto. Eddy tenía solo siete años en ese momento pero sus padres declararon que estuvieron obligados a colocarlo en razón de que ellos tenían "muchos hijos y por razón de las muchas necesidades que descansaban sobre ellos, no eran capaces educarlos como ellos deseaban." El muchacho fue entregado a la casa del señor John Browne de Rehoboth, "uno de los asistentes de este gobierno." Browne por su parte prometió "educarlo en su oficio de agricultura o en cualquiera ocupación que él viera para el bien de su hijo."<sup>25</sup> Aun así también hubo casos en los cuales las diferencias económicas pudieron no haber sido un factor importante. George Soule, de Duxbury, envió a una de sus hijas con la familia de John Winslow - y ambos hombres fueron relativamente acomodados. La familia inusualmente compleja de Samuel Fuller incluía al momento de su muerte varios sirvientes de uno u otro tipo; pero entre tanto su propia hija estaba viviendo con "Señora Wallen."

Habitualmente otro factor detrás de esos arreglos para colocar a los hijos fue la muerte de uno o de ambos de los padres naturales. En resumen esta fue la manera en que las comunidades del siglo diecisiete cuidaron de los huérfanos. La viuda Mary Ring, que murió en 1631, dejó a su hijo joven Andrew para que creciera en la familia de su yerno Stephen Deane - obligando a Deane "a ayudarlo fomentando el conocimiento y el temor de Dios, no para oprimirlo con ninguna carga sino para cuidarlo de que respondiera a Dios."<sup>26</sup> Usualmente cuando fue el esposo el que murió primero, los hijos fueron dejados en el cuidado diario de su madre. Pero si la viuda se volvía a casar todo esto podía a su vez modificarse. Algunos testamentos específicamente anticiparon esta posibilidad: El de Anthony Besse, por ejemplo, ordenó que si su esposa se casaba otra vez, "los cinco (hijos) más grandes ... sean colocados y su ganado con ellos de acuerdo con el juicio de los 'overseers'".<sup>27</sup> \* En pocos casos los hijos fueron diseminados aun cuando la viuda viviera o no se volviera a casar. Así el testamento de William Savill dejó bajo cuidado de su esposa solo a uno de sus tres hijos más jóvenes; los otros dos debieron ser enviados a otra parte.<sup>28</sup>

Debe reconocerse que aun cuando todos estas razones para trasladar a los hijos de una familia a otra, hayan sido cuidadosamente expuestos, todavía quedan algunos casos sin cubrir. Es decir que algunos niños directamente afectados venían de familias numerosos, que eran relativamente adinerados y no les faltaban habilidades educacionales; además los arreglos contractuales no hicieron mención de ninguna clase de aprendizaje de un oficio particular. Por lo tanto surge la posibilidad de que algunos valores sociales o personales más amplios puedan haber actuado en este patrón conjunto. Edmund Morgan ha sugerido que los padres en esta cultura "no tuvieron confianza en sí mismos para criar a sus hijos ... (y) tuvieron miedo de echarlos a perder por demasiado afecto."<sup>29</sup> -- de ahí el impulso de enviarlos lejos a otros hogares. Desafortunadamente no hay manera de confirmar esto con evidencia firme. Pero entre todas las variadas especulaciones que pueden ser ofrecidas aquí, la de Morgan aun parece la mejor.

\* curadores de menores de edad.

Además nos gustaría saber cuan común fue esta práctica y cuantos niños fueron afectados directamente. La impresión formada por la lectura de docenas de testamentos y contratos puede ser engañosa, por lo que la pregunta debe ser formulada realmente en términos de cierta proporción de comunidades enteras. Aquí otra vez sólo hay una muestra de evidencia que directamente hace frente al problema, a saber, el censo de Bristol para 1689. Pero si esta es una fuente representativa, sugiere que el número de hijos viviendo en otras familias que no fueron los de sus padres naturales puede no haber sido muy grande, al menos en referencias a un punto particular en el tiempo. En el censo la categoría "sirvientes" comprende alrededor de 56 personas o 13% de la población total del pueblo. Más de dos tercios de todas las familias censadas no informaron de ningún sirviente; y solo dos mostraron un número realmente grande (ocho y once respectivamente).<sup>30</sup> Más importante que eso, hubo cuatro veces más "hijos" que "sirvientes" registrados en el censo completo y debemos recordar que el último grupo debe haber incluido por lo menos algunos adultos que se emplearon ellos mismos. En resumen, la gran mayoría de las personas jóvenes de Bristol aparentemente vivían en los hogares de sus propios padres en 1689 - tal vez tantos como el 90%.

No obstante el mismo patrón podría perfectamente ser estimado también a través del tiempo para dar a conocer de este modo la proporción de niños que pasaron alguna parte de sus primeros años de vida fuera del techo de los padres. Esta cantidad servirá abarcar tanto como un tercio de todos los niños. Pero sin una secuencia de varios censos no hay manera de formular una cifra exacta.

Esperamos haber mostrado que una pareja casada, más los hijos y los sirvientes (en algunos casos) formaron la unidad familiar modelo en la colonia Plymouth. Pero deben ser distinguidos por lo menos brevemente, ciertas variantes ocasionales en este patrón.

La más importante fue la residencia de abuelos ancianos en algunas familias. La comunidad parece haber esperado que las personas viejas, incapaces de mantenerse así mismas por más tiempo, encontraron comodidad y atención en las familias de sus hijos crecidos. Los esposos al escribir los testamentos estuvieron particularmente deseosos de especificar estos arreglos para las viudas que dejarían atrás. William Carpenter de Rehoboth, por ejemplo, dejó su casa a su hijo Samuel con la condición que su viuda "tuviera la habitación donde yo estoy alojado y el aposento sobre ella y tuviera libertades para venir al fuego para hacer sus quehaceres."<sup>31</sup> El testamento de Thomas King proporcionó mucho más detalle: su viuda no solo tendría "el extremo este de mi casa de habitación ... con libertad para hacer cierto uso de los sótanos y cobertizos"; ella también recibiría "cinco libras por año pagadas a ella y una mitad en dinero y la otra mitad en maíz y otras provisiones, también leña para su fuego y comida de invierno y verano para dos vacas."<sup>32</sup> Algunas veces los legados a los hijos estuvieron directamente condicionados al cumplimiento de estas obligaciones filiales.

Josiah Winslow dejó todas sus bienes muebles a su esposa para ser distribuidos a la muerte de ella "a mis hijos de acuerdo como ella viera razón y su merecer en su manejo y cuidado de ello en su estado de viudez."<sup>33</sup> En otras ocasiones cuando el hombre muerto no logró dejar ningún testamento sus hijos posiblemente consintieron voluntariamente encargarse de su madre - testimonio de ello es el arreglo de los bienes de Thomas Crowell de Yarmouth según el cual sus dos hijos "voluntaria, libre

y gustosamente condescendemos en mantener a nuestra madre Agness Crowel ... de acuerdo a nuestras capacidades."<sup>34</sup>

Además hay evidencia de que algunos hombres hicieron arreglos de esta clase aun antes de su muerte, "retirándose" en efecta en la "seguridad social" proporcionada por un hijo dispuesto. Los Registros Coloniales contienen una declaración del Teniente Samuel Nash de Duxbury, quien "siendo viejo e incapacitado para vivir y cuidar su casa por si mismo ha por lo tanto puesto sus bienes en manos de William Clarke de Duxburrow, de tal modo que él pueda tener una subsistencia confortable. Debe ser mencionado que Clarke era casado con la hija de Nash."<sup>35</sup> Pero ocasionalmente estos acuerdos fueron realizados por hombres no emparentados formalmente uno con otro. Un par de escrituras de Marshfield en 1685 muestran a William White confirmando a John Branch su "arrendatario" un gran pedazo de tierra a cambio de \$ 50 y una garantía de que Branch "... en lo sucesivo me mantendría a mí el mencionado William White abasteciendome y asignandome conveniente y apropiada comida, bebida, vestido, lavado y alojamiento en la enfermedad y la salud durante el término de mi vida natural."<sup>36</sup> Algunas veces un testamento ofrece una mirada retrospectiva al mismo patrón. Así Andrew Ring hizo una donación especial a uno de sus hijos llamado William "viendo que su hijo William Ring por varios años pasados ha tomado el cuidado de la familia y ha sido el apoyo de sus ancianos y de su esposa anterior fallecida."<sup>37</sup>

Los detalles de estos arreglos con frecuencia deferieron pero el resultado probablemente fue el mismo en todos los casos: el número de miembros de algunas familias incluía una o dos personas de la pareja casada central. Otra clase de variante mostró la necesidad en unos pocos casos de encontrar un lugar para los adultos solteros, casi siempre mujeres. Cuando moría un hombre dejando una o más hijas sin casar, su testamento incluyó usualmente una cláusula especial para ellas. Por ejemplo Stephen Hopkins dejó la mayor parte de sus bienes a su hijo Caleb pero también estipuló que sus cuatro hijas, cuyas edades oscilaban entre catorce y veintidos, "se valdrían libremente de mi casa en Plymouth en cualquier ocasión para permanecer el tiempo que cualquiera de ellas considerara apropiada y conveniente mientras dure su soltería."<sup>38</sup> Estas situaciones rara vez se prolongaron por un gran lapso en razón de que la mayor parte de las muchachas se casaban antes de avanzar mucho en sus veintes. Sin embargo casi al final del siglo las solteras se hicieron un poco más comunes porque las tendencias demográficas actuaron para crear un excedente de mujeres en algunos de los pueblos más antiguos de la Colonia.<sup>39</sup> Y estas solteras solo pudieron haber vivido en las familias de algún pariente, normalmente un padre or hermano. Un hombre joven, en contraste, nunca estuvo supeditado a arreglos de subsistencia de este tipo; porque cuando alcanzara su mayoría de edad usualmente se iría del techo de sus padres - para casarse y empezar su propia familia o bien para "estar por su cuenta" entre tanto permanencia soltero por un lapso más largo.<sup>40</sup> Es importante enfatizar ambos de estos alternativos ya que no está ampliamente reconocido el que un hombre soltero pudiera, y a veces lo hiciera efectivamente, vivir en casas de su propiedad. Hasta 1669<sup>41</sup> Plymouth no tuvo leyes comparables a aquellas de la colonia de la Bahía de Massachusetts que obligaron a las personas solteras a vivir bajo un "gobierno familiar" regular. Parece que la costumbre correcta obligó a los hombres solteros a obtener un permiso de la ciudad para establecer sus propios hogares separados. Así, por ejemplo, en 1639 Plymouth permitió a John Carew "estar por su cuenta bajo la continuación del buen informe de su comportamiento y conducta. Edmund Weston es autorizado para vivir con John Carew y ser participe con él en el trabajo y la siembra."<sup>42</sup> A la inversa las autoridades podían actuar para romper un establecimiento de este tipo que no se ajustara a los normas de conducta decente aceptadas. Una orden de la Corte en 1653 ordenó que "Teag Jones y Richard Berry y otros con ellos se hagan separar por su incivil vida en conjunto."<sup>43</sup>

En realidad se apreciaba un grado de recelo atribuido a las casas compuestas por hombres solteros; pero el punto sigue siendo que por varios años ningunos decretos efectivos se opusieron a la práctica. Finalmente es claro que tales casas existieron y funcionaron con o sin el permiso de los oficiales locales. Su importancia está implícita en disposiciones como la siguiente, dictada en una reunión del pueblo de Marshfield en 1653: "Se ha acordado que todos los hombres jóvenes quienes estan en el municipio y son personas solteros y estan en sus propios manos, estarán obligados a pagar todos los impuestos de la ciudad como lo hace el resto de los habitantes, a razón del valor de diez libras por cabeza por cada una de esas personas."<sup>44</sup>

Las personas viejas, las solteras y los hombres solteros son entonces en este punto las tres categorías sociales que estuvieron destinados a crear alguna modificación en la unidad familiar nuclear básico como previamente se describió. Pero qué podemos decir de la importancia total de estos patrones alternativos? Como de costumbre, es bastante fácil ilustrar que existió cada categoría pero muy difícil saber que proporción de familias fueron realmente afectadas. Una vez más el censo de Bristol es nuestra única fuente y en este particular respecto en utilidad es en extrema limitada. El censo muestra solo un hombre soltero viviendo en una casa de su propiedad sin embargo también registra en una forma muy ambigua otras dos personas que pueden caer dentro de la misma categoría. No da ninguna evidencia de la residencia de las personas de edad avanzada o solteras en hogares de parientes. A primera vista parece un resultado asombrosamente escaso - tanto que en realidad uno empieza inmediatamente a tratar de encontrar una explicación en términos de la configuración demográfica particular de Bristol en ese tiempo. Afortunadamente hay ciertos hechos que vienen al encuentro de estas datos específicos. Bristol era aún un pueblo relativamente nuevo en 1689 y como he tratado de mostrar con algún detalle en otra parte, su ciudadanía era en conjunto bastante joven.<sup>45</sup> La mayor parte de los colonos estaba en sus veintes or en sus tempranos treintas cuando llegaron allí por primero vez y eran solo unos pocos años mayores en el momento que se recogió el censo. Las personas de edad avanzada y hermanas "solteronas" probablemente no desearon trasladarse a una comunidad completamente nueva. Sabemos por los testamentos y títulos de tierras que tales personas formaron una parte de algunas familias de la Colonia Vieja - pero parece que principalmente en las colonias más antiguas y más establecidos. En un amplio sentido, entonces, la familia promedio bien pudo haber sido más claramente nuclear en los "pueblos nuevos" que en los que databan de un período más temprano.

Hay una última categoría de personas para ser considerada aquí - una categoría de "desafortunados" quienes necesitaron colocación en algunas familias particulares para su propio cuidado y protección. Nunca formaron un grupo numéricamente grande pero ellos sirven para poner en relieve bastante claramente la amplia gama de funciones que en esta época se esperó que atendiera la familia. Aquí por ejemplo fue una manera evidente para manejar a algunos de los ciudadanos más pobres de la comunidad, personas que simplemente no podían ganarse la vida para y por ellos mismas. Una serie complicado de deliberaciones de la Corte en 1680-81 giraron en torno al caso de John Harmon, un indigente que había estado alojado por algún tiempo con Robert Ransom de Plymouth. Harmon previamente había vivido en Taunton y en Plymouth y había alguna duda en cuanto a cual ciudad debía ser responsable por el coste de su ciudadano (estimado por Ransom en tres chelines por semana).<sup>46</sup>

Harmon no solo fue pobre - también estaba decrepito y pudo ocurrir que la mayor parte de las personas en situaciones similares estuvieron padeciendo de una incapacidad

física real. Por razón de que en un sentido amplio, el tratamiento de las enfermedades serios estuvo unido estrechamente al medio familiar. Por supuesto en el caso corriente una persona enferma simplemente permanecería en su propia casa bajo el atento cuidado de sus padres, cónyuge e hijos. Pero ocasionalmente la enfermedad llegó a alguien que no tuvo parientes cercanos para mirar por él. Tal persona tendría que ir a alguna otra familia por lo menos temporalmente y la ciudad pagaría por el acuerdo.<sup>47</sup>

Además ciertos hombres en la colonia adquirieron a través del tiempo una reputación por conocimientos médicos y probablemente llevaron "pacientes" a sus hogares con alguna regularidad. En los registros de Marshfield esta la nota (fecha 1646) que "Josias Winslow y John Dingley fueron designados por el pueblo para tomar la disposición para que Roger Cooke sea enviado inmediatamente al señor Chauncey para curarse y para los gastos el pueblo promete a no responsabilizar a los dichos Josias y John Dingley."<sup>48</sup>

Roger Cooke probablemente fue un hombre sin familia y sin medios para disponer su propio tratamiento. Así la ciudad dió el paso, asumió la responsabilidad financiera y envió a Cooke a permanecer con Charles Chauncey de Scituate (cuyos talentos como médico fueron ampliamente reconocidos).

En resumen, es la combinación de estas instituciones - la familia trabajando para la ciudad en general - lo que particularmente debemos observar. Porque en una época donde no hubo hospitales, ni casas de calidad ni instituciones de bienestar de algún tipo, verdaderamente especializados, la importancia social de la familia fue extremadamente grande.

#### Notas

<sup>1</sup> Sobre este punto ver Peter Laslett y John Harrison, "Clayworth and Cogenhoe," en H. E. Bell and R. L. Ollard, Historical Essays, Presented to David Ogg (London, 1963), 157-84. Ver también Peter Laslett, The World We Have Lost (New York 1965), 89 ff.

<sup>2</sup> Mayflower Descendant, XVI, 82.

<sup>3</sup> Mayflower Descendant, XV, 250.

<sup>4</sup> Mayflower Descendant, XIV, 231.

<sup>5</sup> Mayflower Descendant, VIII, 85.

<sup>6</sup> Desafortunadamente se conoce poco acerca del origen del censo -- por quien fue recopilado y para que propósito. Sobrevive gracias a una copia hecha por George T Paine de Providence, Rhode Island, y publicado en el New England Historical and Genealogical Register, XXXIV (1880), 404-5. Ha sido republicado en Richard Le Baron Bowen, Early Rehoboth (Rehoboth, Mass., 1945), I, 75-76.

<sup>7</sup> Ver Apendice, Tablo VI

<sup>8</sup> Ver John Demos, "Families in Colonial Bristol, Rhode Island: An Exercise in Historical Demography," William and Mary Quarterly, 3d Ser; XXV (1968), 40-57. Una breve descripción de la temprana historia de Bristol es necesario ya que gran

parte de la información "cuantitativa" presentada en la sucesiva proviene de ese censo. El pueblo fue tomada de los indios como un resultado de la guerra del rey Philip y el establecimiento regular empezó alrededor del año 1680. La mayoría de los colonos vinieron de las poblaciones contiguas del Viejo Colonia, tales como Rehoboth y Swansea. Ellos fueron un grupo relativamente joven y presumiblemente ansiosa por las oportunidades disponibles para ellos en una nueva comunidad. Bristol posee un buen puerto natural y en el siglo XVIII ese se convirtió en un puerto marítimo de cierto importancia. Sin embargo en estos primeros años parece haber funcionado principalmente como un poblado agrícola; la tierra fue parcelada, con esto en mente y solo unos pocos de la primera generación de los habitantes del pueblo estuvieron activos en el comercio. En resumen hay tres peculiaridades en las cuales Bristol pudo haber diferido de los otros pueblos de la colonia Plymouth en 1689: lo reciente de su establecimiento, la juventud relativo de su población y su potencialidad para una orientación más comercial. No obstante ninguno de estos factores es probable que haya creado distorsiones serios para nuestros propósitos: en términos del tamaño y estructura de la familia, Bristol puede ser considerado como un caso representativo. (Para una excepción modesto a esta aseveración ver p. 79 abajo. Para una descripción más detallada de la historia de la ciudad ver George L. Hows, Mount Hope: A New England Chronicle (New York 1959), y George H. Munro, The History of Bristol, R. I. (Providence, 1880).

<sup>9</sup> Estas conclusiones son el resultado de un trabajo considerable con los documentos vitales de la Vieja Colonia. Ver el apéndice, tablas II y III. Para otro exposición un poco más detallada, ver John Demas, "Notes on Life in Plymouth Colony", William and Mary Quarterly, 3d. Ser., XXII (1965), 271.

<sup>10</sup> Ver apéndice, Tabla V.

<sup>11</sup> Ver apéndice, tabla VII.

<sup>12</sup> Ver pp. 158-59 abajo.

<sup>13</sup> Ver apéndice, Tabla I

<sup>14</sup> Records of the Colony of New Plymouth, in New England, ed. Nathaniel B. Shurtleff and David Pulsifer (Boston 1855-61), II, 78. Ver también, Plymouth Colony Records, I, 8 para un acuerdo similar aunque de corta duración (seis meses) entre Richard Church y William Barker y también ibid., 92, 100, 103, 104.

<sup>15</sup> Plymouth Colony Records, II, 69.

<sup>16</sup> Plymouth Colony Records, III, 197. En 1633 la Corte colocó a Thomas Higgens "por haber vivido una vida extravagante" con John Jenney por un término de ocho años Plymouth Colony Records I, 21. Y cinco años después Web Adey fue presentada por "vida desordenada en la ociosidad y la malicia", se establecieron las materias primas y se le ordenó encontrar el mismo un maestro. Si él fallaba al hacerlo la corte le encontraría uno. La orden también hizo a Odey hacer arreglas para alquilar o vender su casa y jardín para comprar ropa "adecuada para el servicio". Ibid., 87.

<sup>17</sup> Plymouth Colony Records, IV, 194.

<sup>18</sup>Ver por ejemplo el acuerdo por el cual Samuel Jenney fue ligado a Kenelm Winslow "en la ocupación de ebanistas." Plymouth Colony Records, I, 24.

<sup>19</sup>Plymouth Colony Records, III, 51.

<sup>20</sup>Plymouth Colony Records, VI, 31.

<sup>21</sup>Esta escritura de Marshfield Town Records está publicada en L. S. Richards, History of Marshfield (Plymouth, 1901), I, 28.

<sup>22</sup>Mayflower Descendant, V, 91.

<sup>23</sup>Mayflower Descendant, VII, 133.

<sup>24</sup>Ver pp. 143-44, abajo.

<sup>25</sup>Plymouth Colony Records, II, 112-13.

<sup>26</sup>Mayflower Descendant I, 30-31.

<sup>27</sup>Mayflower Descendant, XIV, 152.

<sup>28</sup>Mayflower Descendant, VII, 41-43.

<sup>29</sup>Edmund Morgan, The Puritan Family (New York, 1966), 77.

<sup>30</sup>Ver apéndice, tabla VIII.

<sup>31</sup>Mayflower Descendant, XIV, 232.

<sup>32</sup>Mayflower Descendant, XXXI, 100-101.

<sup>33</sup>Mayflower Descendant XXXIV, 34.

<sup>34</sup>Mayflower Descendant, XI, 26.

<sup>35</sup>Plymouth Colony Records, VI, 125-26. No todos estos arreglos "de retira" crearon necesariamente unión de familias. En 1661, por ejemplo, Francis Sprague de Duxbury traspasó su finca completa a su hijo John con una condición. John no "entraría en posesión de la casa o la tierra hasta después de la muerte de su padre Francis Sprague pero cuidaría de la casa habitable por su padre durante la vida de su padre." El hijo aparentemente continuaría viviendo en otra casa de su propiedad, cambiando un patrón regular de espíritu de servicio por la promesa de la posterior posesión completa. Ver Mayflower Descendant XVI, 206.

<sup>36</sup>Pilgrim Notes and Queries, V, 88.

<sup>37</sup>Mayflower Descendant, IV, 196.

<sup>38</sup>Mayflower Descendant, XIII, 14.

<sup>39</sup>Para una discusión un poco más extensa de este punto ver Demos, "Families in Colonial Bristol, Rhode Island - An Exercise in Historical Demography", 50-51.

<sup>40</sup>Ver por ejemplo ciertas cláusulas en el testamento de John Churchill, Sr., en Mayflower Descendant, XVIII, 40,41.

<sup>41</sup>En ese año la siguiente orden fue colocada en los libros. "En vista de la gran inconveniencia que ha surgido por las personas solteras en esta Colonia estando por su cuenta y no trasladándose a vivir en familias bien gobernadas, se decretó por la Corte que de aquí en adelante a ninguna persona soltera se le permitiría vivir por su cuenta o en ninguna familia que no fuera la que los administradores municipales de la ciudad debieron aprobar." William Brigham, The Compact with the Charter and Laws of the Colony of New Plymouth (Boston 1836), 156.

<sup>42</sup>Plymouth Colony Records, I, 135-36.

<sup>43</sup>Plymouth Colony Records, III, 37.

<sup>44</sup>Richards, History of Marshfield, I, 30.

<sup>45</sup>Este párrafo representa solo un resumen de cierto, temas discutidos en más detalle en Demos, "Families in Colonial Bristol, Rhode Island: An Exercise in Historical Demography", 44, 49-50.

<sup>46</sup>Plymouth Colony Records, VI, 54, 74. Sin embargo sería erróneo sugerir que este fue la única, o aun la principal, manera en la cual los colonos buscar proveer a sus pobres. El procedimiento más corriente fue alentar al hombre pobre para conservar unidad a su familia (asumiendo que tenía una para empezar) y darle periódicamente alguna forma de ayuda externa. Por ejemplo la mayor parte de las ciudades parecen haber mantenido una provisión común de ganado que era cedido por contrato a varias familias pobres. Cada familia tendría la leche para su propio uso de ese ganado y alguna parte del "aumento" (es decir terneros nacidos mientras tanto). También ocasionalmente estos procedimientos fueron complementados con una asignación directa de dinero. Para ejemplos de todo esta en la ciudad de Plymouth, ver Records of the Town of Plymouth (Plymouth, 1889), 1? 3-4ñ 8-9, 12, 20, 27, 29.

<sup>47</sup>Records of the Town of Plymouth, I, 172.

<sup>48</sup>Richards, History of Marshfield, I, 27. Una orden de la Corte de Marzo 2, 1647 reconoció al señor Chauncey como un "médico aprobado."

SERVIDUMBRE BLANCA\*

Richard Hofstadter

## 1

El transporte de trabajadores a las colonias inglesas, una clase de mercancía muy lucrativa pero también muy perecedera, fue uno de los grandes negocios del siglo dieciocho. La mayoría de estos trabajadores no fueron libres. Por supuesto, hubo un cuerpo considerable de trabajadores libres contratados en las colonias, disfrutando con frecuencia de salarios dos o tres veces más altos que los usuales en la madre patria. Pero nunca, en ninguna época del período colonial, hubo un aprovisionamiento suficiente de mano de obra voluntaria, que pagara su propio transporte y llegara sin patrono y libre de deudas, para hacer frente a las insaciables necesidades de la economía colonial. La solución, encontrada mucho tiempo antes de la afluencia masiva de esclavos negros, fue una fuerza combinada de comerciantes, capitanes de barcos, agentes de inmigración y una diversidad de tenaces agentes de reclutamiento que se unieron en el acarreo de cuantiosos cargamentos de blancos, que voluntaria o involuntariamente, pagaron por su pasaje sometiéndose a un período limitable de servidumbre. Esta búsqueda de trabajadores, desencadenada tempranamente en el siglo diecisiete por las circulares de la London Company of Virginia, continuada por William Penn en la década de 1680 y después de ella, y llegando a la culminación por las lisonjas de varios agentes de reclutamiento ingleses y continentales del siglo dieciocho, caracterizó una de las primeras campañas de publicidad concertadas y mantenidas en la historia del mundo moderno.

Si omitimos la importancia de la cuantiosa migración puritana de 1630-40, no menos de la mitad, y tal vez considerablemente más, de todos los inmigrantes blancos a las colonias fueron sirvientes por contrato, redemptioners (los que pagaron su pasaje con servicio personal) o convictos. Ciertamente un buen número mayor que la mitad de todas las personas que fueron a las colonias al sur de Nueva Inglaterra, fueron criados en servidumbre con plantadores, finqueros, especuladores y propietarios.<sup>1</sup> La economía tabacalera de Virginia y Maryland fue fundada sobre el trabajo de cuadrillas de sirvientes por contrato, quienes fueron substancialmente reemplazados por esclavos solo durante el curso del siglo dieciocho. "Aquí la fortuna de los plantadores", escribió el gobernador de Maryland en 1755, "consiste en el número de sus sirvientes (quienes son comprados a precios altos) tanto como los bienes de un finquero inglés se hallan en la multitud del ganado". En todas partes fueron utilizados los sirvientes por contrato y casi por doquiera e excepto en Nueva Inglaterra, ellos fueron vitales para la economía. El trabajo en las colonias, dijo Benjamín Franklin en 1759, "es desempeñado principalmente por sirvientes por contrato traídos de Gran Bretaña, Irlanda y Alemania, porque por el alto precio que tiene no puede ser realizado de ninguna otra manera".<sup>2</sup>

La servidumbre por contrato tuvo sus raíces en la difundida pobreza y dislocación humana de la Inglaterra del siglo diecisiete. No obstante de una economía grandemente atrasada, con una gran parte de su población permanentemente desempleada, Inglaterra estaba progresando hacia métodos más modernos en la industria y la agricultura, sin embargo en un período corto algunos de los adelantos aumentaron mucho los desempleados. Hombres y mujeres sin ocupación fija concentrados en las

\* De Richard Hofstadter, America at 1750: A Social Portrait (New York: Alfred A. Knopf).

ciudades, notablemente en Londres, donde constituyeron una gran masa de trabajadores ocasionales, lumpenproletarios y criminales. La masa de indigentes era tan grande que Gregory King, el pionero de la estadística, estimó en 1696 que más de la mitad de la población -jornaleros de campo y mendigos, trabajadores y sirvientes que no viven en el trabajo- estaban ganando menos de lo que gastaban. El argumento era que ellos disminuían la riqueza del reino porque sus gastos anuales superaban los ingresos y debían ser compensados con las contribuciones pagadas para mantener a los pobres, las cuales absorbían la mitad del ingreso de la Corona.<sup>3</sup> A principios del siglo diecisiete, esta situación hizo que la gente creyera que el país estaba superpoblado y la emigración a las colonias tuvo una buena acogida; pero a fines del siglo y en el siguiente, la teoría de la superpoblación dió paso al deseo de acumular un excedente satisfactorio de trabajadores. Aun así el gran flujo de población no se suspendió por ningún medio. Una gran parte de la provisión de mano de obra de las ricas islas azucareras y del continente americano, vino de la gran masa de pobres sin ocupación fija, muchos de ellos enfermos, incompetentes o adictos a las actividades criminales. Desde el Londres de Pepys y luego de Hogarth, así como desde puertos más pequeños y pueblos del interior, los ingleses pobres tenidos, seducidos o forzados dentro de la corriente emigrante, siguieron viniendo a las colonias inglesas durante la mayor parte de los dos siglos. Es seguro suponer que pocos de ellos, y en realidad pocas personas de otras fuentes de emigración, supieron mucho de lo que estaban haciendo cuando se comprometieron a vivir en Norteamérica.

Con todo, los pobres estaban bien conscientes de que vivían en un mundo cruel. Una de las figuras temibles en el folklore del Londres de la clase baja en el siglo diecisiete y dieciocho fue el "spirit" -el agente de reclutamiento que acechaba, secuestraba o persuadía adultos, para llevarlos a bordo de una nave con destino a Norteamérica. Los spirits, que trabajaron para respetables comerciantes, fueron conocidos por engañar a los niños con dulces, capturar a los débiles o a los saturados de ginebra y embarcarlos, y por deslumbrar a los crédulos y mentecatos con promesas fabulosas de una vida fácil en el Nuevo Mundo. Con frecuencia sus víctimas fueron capturadas brutalmente y, hasta la salida de la nave fueron recluidos a bordo o en hoteles o burdeles de baja categoría. Los spirits pudieron parecer como ángeles auxiliares para los criminales prófugos y otros fugitivos que necesitaban ayuda para salir del país. A pesar de que se hicieron esfuerzos para regular o impedir sus actividades, y de que ellos disminuyeron en importancia en el siglo dieciocho, sigue siendo cierto que una pequeña parte de la población blanca colonial de Estados Unidos fue traída por la fuerza, y que una porción mucho más gran de vino en respuesta a los engaños y falsas descripciones de los spirits.

Con el comienzo de una considerable emigración desde el continente en el siglo dieciocho, la misma clase de concertado negocio de enganche surgió en Holanda, las provincias renanas de Alemania y Suiza. En Rotterdam y Amsterdam, pronto el lucrativo negocio de reunir y transbordar emigrantes estuvo concentrado en las manos de docenas de prominentes firmas inglesas y holandesas. Cuando aumentó la competencia, los embarcadores comenzaron a emplear agentes para recibir en el puerto a los emigrantes en perspectiva y que compitieran ensalzando las comodidades de sus naves. En consecuencia surgieron los agentes reclutadores conocidos como Neulander - los de la nueva tierra. Estas personas, que fueron pagados por cada cabeza que enlistaron, pronto ampliaron sus actividades fuera de los puertos holandeses y campaña circundante y se trasladaron al Rin y al Neckar, viajando de una provincia a otra, de pueblo en pueblo, de taberna en taberna, por todos los cantones suizos, frecuentemente haciéndose pasar por hombres ricos que habían regresado de la agradable y próspera vida de Norteamérica, para instar a otros a tratar de repetir su buena suerte. Estos estafadores -"vendedores de almas", como fueron llamados algunas ve

ces- se convirtieron en las contrapartes continentales de los spirits ingleses, acaparadores del destino del campesinado y de la gente del pueblo de las tierras del Rhin. Muchos de los posibles emigrantes, incitados por las promesas de los neulanders, fueron pequeños propietarios que esperaron poder pagar íntegramente su pasaje a Estados Unidos y llegar como hombres libres, vendiendo alguna parte de su tierra, de su ganado o de sus muebles. Les fue cuidadosamente ocultado lo que el pasaje les extraería en sangre y lágrimas, para no hablar del dinero en efectivo. Ellos fueron reunidos en pacíficos grupos en Amsterdam y Rotterdam, con frecuencia modestamente ignorantes de la realidad de lo que para miles de ingleses ya se había convertido en uno de los terrores de la época -la travesía del Atlántico.

## 2

En 1750 Gottlieb Mittelberger, un sencillo organista y maestro de música del Ducado de Wurtemberg, fue encargado para traer un órgano a la congregación alemana en New Providence, Pennsylvania, y su viaje lo inspiró para escribir una notable descripción de una travesía atlántica. Desde Heilbronn, donde él recogió su órgano, Mittelberger fue a Rotterdam por la muy transitada ruta a lo largo del Neckar y del Rhin, de donde navegó a una parada temporal en Cowes en Inglaterra y luego a Filadelfia. Cerca de cuatrocientos pasajeros estaban apiñados dentro de la nave, principalmente redemptioners, alemanes y suizos, hombres que habían prometido pagar con trabajo el costo de sus pasajes. El recorrido desde su región de origen a Rotterdam tomó siete semanas, la travesía de Rotterdam a Filadelfia quince semanas, el viaje completo de mayo a octubre.

Lo que movió a Mittelberger, que no era un hombre de letras, a escribir sus experiencias fue primero su indignación contra las mentiras y descripciones falsas usadas por los Neulanders para traer con engaños a Norteamérica a sus paisanos alemanes, y luego la horrible conmoción de la travesía. El viaje resultó penosísimo y no hay razón para pensar que fue particularmente inusual. El largo recorrido a través del Rhin, con parada constante en las tres docenas de aduanas entre Heilbronn y Holanda, empezó a consumir los limitados fondos de los viajeros y fue seguida por una costosa permanencia de varias semanas en Holanda. Luego la travesía por mar, con los pasajeros amontonados como arenques y apretados en las bases de las armaduras de las camas de una dimensión de dos pies por seis. "Durante el viaje" escribió Mittelberger, "la nave está llena de lastimosos signos de malos olores, emanaciones, horrores, vómitos, varias clases enfermedades marítimas, fiebre, disentería, dolores de cabeza, calor estreñimiento, (diviesos) escorbuto, cáncer, bocas podridas y males similares, todos ellos causados por la edad y el estado altamente salado de la comida, especialmente de la carne, así como por el agua; muy deficiente y sucia, la cual causa la miserable ruina y muerte de muchos. Sumado a todo esto hubo escasez de alimentos, hambre, sed, frío, calor, humedad, miedo, sufrimiento, fastidio y lamentaciones así como otros problemas. Así, por ejemplo, hay tantos piojos, especialmente en las personas enfermas, que ellos tienen que ser removidos raspando los cuerpos. Toda esta calamidad alcanzó su culminación cuando además de todo esto uno debe sufrir durante dos o tres días y noches de tormenta, con todo el mundo convencido que la nave con todas a bordo está destinada a hundirse. En semejante aflicción todas las personas a bordo, juntas rezan y lloran lastimosamente".<sup>4</sup>

Mittelberger narró que aun los que resistieron el viaje en buena salud, perdieron la ecuanimidad y acometieron el uno al otro con reproches. Ellos engañaban y roba-

ban. ¡Pero la mayor parte de ellos clamaban contra los ladrones de seres humanos! Muchos se quejaban y exclamaban: ¡Oh! Si solo estuviera de regreso en casa, aunque estuviera en mi pocilga! o exclamaban: "Ah, querido Dios, si solo tuviera otra vez un pedazo de buen pan o una buena gota fresca de agua". Se hacía más defícil con las mujeres de parto y su prole: "Muy pocas salvaron sus vidas; y tan pronto como han muerto, la madre y el niño son tirados al agua. A bordo de nuestra nave, un día en el cual habíamos tenido una gran tormenta, una mujer para dar a luz, e incapaz de hacerlo bajo las circunstancias, fue empujada al mar a través de una de las portillas, porque su cadáver estaba muy lejos en la popa y no pudo ser llevado adelante a la cubierta". El pensaba (sin embargo los registros de los puertos muestran que en esto se equivocó) que los niños se menos de siete años pocas veces sobrevivieron, especialmente los que no habían tenido antes sarampión y viruela y sus padres estuvieron condenados a verlos morir y ser tirados al agua. Los miembros enfermos de las familias contagiaban a los saludables y al final todos estaban moribundos. El creía que la enfermedad era tan frecuente porque solo tres veces a la semana se servía comida caliente y muy poca, muy mala, muy sucia y complementada con agua que con frecuencia estaba "muy oscura, llena de basura, saturada de gusanos...hacia el final del viaje tuvimos que comer el bizcocho el cual ya desde hacía mucho tiempo se había echado a perder, aunque no había un solo pedazo de mayor tamaño que un tálero que no estuviera lleno de gusanos rojos y de nidos de arañas".

La primera vista de tierra dió ánimo a los pasajeros, que salieron arrastrándose a las escotillas para echarle una ojeada. Pero luego para muchos les esperaba una desilusión final: solo podían desembarcar aquellos que podrían completar el pago de la tarifa de su pasaje. Los otros se quedaban a bordo hasta que fueran comprados; algunos de ellos se enfermaron cuando ya estaban por llegar a tierra y al enfermarse perdían la oportunidad de ser comprados en buenas condiciones. En el desembarcadero algunas familias se dividieron cuando los abatidos padres ligaron por contrato a sus hijos con patronos diferentes a los suyos.

Ni aun los pasajeros con recursos, que pagaron por su pasaje, se movieron más o menos libremente en la nave, ocuparon camarotes o dormitorios pequeños y tuvieron mejores raciones, pudieron tener una travesía atlántica sin cuidado. Además de los peligros de los vientos demasiado débiles o demasiado violentos, de los piratas, naufragios o flotas hostiles, estuvieron, bajo las mejores circunstancias, los riesgos de enfermedades. Los viajeros, en cualquiera de las dos direcciones, frecuentemente murieron de viruela o de otras enfermedades, a bordo o poco después de su llegada. Los colonos anglicanos a menudo se lamentaban de la alta tasa de mortalidad de sus jóvenes aspirantes a clérigos que hacían la travesía a Inglaterra para ser ordenados. Theodorus Frelinghysen, un predicador de la Iglesia Reformada Holandesa, perdió tres de sus cinco hijos en su camino para ser ordenado en Amsterdam. El evangelizador George Whitefield, en su primera travesía a las colonias en 1738, vió a una mayoría de soldados padeciendo de fiebre y pasó mucho de su tiempo" por varios días y noches visitando entre veinte y treinta enfermos, arrastrándose de rodillas entre las cubiertas, administrándoles medicinas y bebidas confortantes" y dándoles consuelo. En este viaje murió el sirviente negro del capitán, fue envuelto en una hamaca y arrojado al mar. Al final todos, menos una poca cantidad de pasajeros, contrajeron la fiebre, incluyendo a Whitefield, que sobrevivió al tratamiento por sangría y vomitivos. La nave en la cual regresó unos pocos meses después fue afectada por un "viento contrario", arrastrada por la corriente por más de una semana hasta un sitio en el cual ni la tripulación ni los pasajeros estaban seguros de donde estaban, y les tomó tanto tiempo llegar a Irlanda que las raciones de agua, que habían sido reducidas a una pinta al día, estaban casi agotadas.<sup>5</sup>

Si los pasajeros que pagaban estuvieron expuestos a semejantes calamidades, cuánto peores debieron haber sido los sufrimientos de los criados y redemptioners amontonados en las bodegas, frecuentemente en una densidad que violaba las leyes y sin ventilación suficiente.

Las provisiones de alimentos estuvieron calculadas para que duraran catorce semanas, lo cual fue normalmente suficiente, pero las raciones se deterioraban rápidamente, especialmente en el verano. El agua se volvía vieja, la mantequilla se ponía rancia y la carne se podría. Si bien el viaje de Mittelberger figura entre los peores, las travesías atlánticas frecuentemente se hicieron bajo casi peores circunstancias, y fueron registradas muchas más aventuras desastrosas.<sup>6</sup> Con mala suerte, las provisiones podían acabarse. El Love and Unity (el amor y unidad) salió de Rotterdam con destino a Filadelfia en mayo de 1731 con más de 150 palatinos y un año después tocó tierra con 34, después de haber hecho escala, próximo al final, en Martha's Vineyard por agua y comida. En el camino las raciones se hicieron tan escasas que el agua, las ratas y los ratones estaban siendo vendidas, y los baúles de los muertos y moribundos fueron forzados y saqueados por el capitán y la tripulación. Una nave llamada el Good Intent (Buen Designio) -los nombres de las embarcaciones del siglo dieciocho a menudo exhalaban con ironía- llegó a la costa de las colonias en el invierno de 1751 pero no pudo entrar a puerto por el mal tiempo; solo después de veinticuatro semanas en el mar pudo entrar en puerto en las Indias Occidentales. Casi todos los pasajeros habían muerto mucho antes.

El Sea Flower (flor del mar) que partió de Belfast con 106 pasajeros en 1741, estuvo en el mar dieciseis semanas y perdió 46 pasajeros por inanición. Cuando llegó la ayuda seis de los cadáveres habían sido parcialmente comidos.

Es verdad que dando suficiente ventilación, una provisión de jugo de limón y vegetales y con buena suerte con los vientos, fueron posibles las disposiciones sanitarias apropiadas. Los filantrópicos Georgia Trustees, quienes estaban interesados por la salud de sus colonos, "pusieron a bordo nabos, zanahorias, papas y cebollas, las cuales serían distribuidas con carne salada, y contribuirían grandemente a prevenir el escorbuto".

Se afirmó en 1741 que de entre cerca de quince centenares de personas que habían ido a Georgia, a expensas del gobierno, no más de seis habían muerto en la travesía. Un viajero a Jamaica narró en 1739 que los sirvientes en su nave "habían vivido muy cómodamente y bien durante el viaje, que ellos tenían un aspecto saludable, limpio y fresco y por esta razón fueron vendidos pronto", sin embargo vió llegar otra nave no mucho tiempo después, con "una multitud de pobres criaturas famélicas, que parecían tantos esqueletos: la miseria aparecía en sus miradas, y uno podía leer los efectos de la tiranía marítima por sus semblantes salvajes y abatidos".<sup>7</sup>

La situación en la cual se encontraba el sirviente por contrato o redemptioners a su llegada, dependió en gran medida de su condición física. Allí haría un esfuerzo de último minuto por asearse completamente y parecer presentable, y en algunos puertos los saludables fueron separados de los enfermos, una vez que los funcionarios coloniales adoptaron medidas de cuarentena. Boston, el más vigilan

te de los puertos, mantuvo por mucho tiempo un hospital de contagiosos en una isla en el puerto y multó a los capitanes que pasaron por alto las regulaciones. "Como cristianos y hombres", insistía en 1738 el gobernador de Pennsylvania, "estamos obligados a dar una medida caritativa para el extranjero enfermo, y no confinándolo a un barco, expuesto inhumanamente a nuevas aflicciones cuando el espera que sus sufrimientos estén prontos a ser mitigados"<sup>8</sup>.

Pennsylvania entonces destinó Providence Island para la cuarentena y construyó un hospital de contagiosos para los inmigrantes enfermos en el puerto. En 1750 y nuevamente en 1765 aprobó leyes para prohibir el amontonamiento en las naves. Las leyes aprobadas por Virginia y Maryland en la década de 1760, disponiendo la cuarentena de naves de convictos, fueron desaprobadas en Londres y la ley de Virginia fue rechazada.

Los compradores iban a bordo para tomar su selección de los inmigrantes saludables comerciables, empleando un largo proceso de examen e inspección de los músculos y los dientes y terminando con una indagación, a través de la conversación, de las cualidades necesarias de inteligencia, urbanidad y docilidad. En Filadelfia los compradores tratarían de encontrar alemanes y evitar a los escoceses-irlandeses, que eran considerados como desobedientes y se resistían a trabajar y estaban dispuestos a huir. Algunos compradores fueron "conductores de almas" que compraban partidas de inmigrantes y brutalmente los llevaban caminando al interior, donde eran ofrecidos a lo largo del camino a prestos compradores. Dentro de las naves y sobre los muelles había escenas finales de desesperación y locura cuando los criados buscaron escrituras de servidumbre perdidas o lamentaban la desaparición del equipaje, recargos inesperados, la necesidad de aceptar contratos más largos de lo que justamente demandaban sus deudas, la separación de familias.

La crisis final de la llegada fue el proceso que nosotros llamaríamos aclimatación y en el siglo dieciocho fue conocido como "seasoning" (curando). La aclimatación, particularmente difícil en las islas tropicales, también causó pérdidas considerables en las colonias del Sur del territorio continental. La gente de las ciudades y del templado clima inglés, encontró el verano difícil de soportar en cualquier colonia situada al sur de Maryland, especialmente en las plantaciones donde los sirvientes por contrato fueron asignados al arduo trabajo del campo, por propietarios cuya meta fue obtener un máximo rendimiento del trabajo en los cuatro o cinco años contratados. Fiebres, malaria y disentería mataron a muchos, especialmente en los primeros años de servicio. La aclimatación se pensó que se daba más o menos al cabo de un año en el nuevo clima, y los sirvientes que habían sido total o parcialmente aclimatados eran muy solicitados.

Durante el viaje, los sirvientes meditativos debieron haber recordado que realmente un grupo de personas había prosperado con sus necesidades -el espíritu o el neulander, los recaudadores de impuestos y los vividores de los puertos, el capitán del barco o el comerciante, ahora estaba el patrono. Cualquier negocio que diera sustento a tantos acaparadores bien debía descansar sobre un sistema de explotación bastante intensivo. Un comerciante que gastará de seis a diez libras por el transporte y alimentación de un sirviente por contrato podía venderlo a su llegada -el precio varió con la edad, la experiencia y la condición física- por quince a veinte libras, sin embargo, las ganancias también tuvieron que cubrir las pérdidas por enfermedad y muerte en el camino.

En efecto, el sirviente típico había vendido su fuerza de trabajo total por cuatro o cinco años o más, a cambio de su pasaje y una promesa de un sustento mínimo. El patrono, después del originalmente pequeño desembolso de capital, simplemente tenía

que mantenerlo diariamente mientras que sus servicios fueran rendidos, manutención que se calculó que le costaba cerca de trece o catorce libras el año. En Maryland, donde la explotación fue tan intensa como en cualquier parte, el rendimiento neto anual, aun de los trabajadores no calificados, se calculó en alrededor de cincuenta libras esterlinas. La tentación principal del patrono fue hacer trabajar al sierviente más allá de sus fuerzas en un esfuerzo por obtener de él tanto como fuera posible durante los años limitados de servicio. El riesgo principal fue que el sierviente podía morir temprano en su servicio, antes de que su precio de compra hubiera sido recuperado por su trabajo. El que él pudiera huir fue un riesgo secundario, no obstante uno contra el cual el patrono tuvo considerable protección.

Aunque la servidumbre blanca fue muy dura para los criados con todo, no siempre fue arreglo feliz para los propietarios, especialmente para aquellos con poco capital y poco margen de error: siervientes perezosos y displicentes así como fugitivos exitosos, fueron lo suficientemente comunes como para introducir un significativo elemento de riesgo en esta forma de trabajo.

Los siervientes por contrato vivieron bajo una extensa variedad de condiciones, las cuales parecen haberse suavizado un poco durante el siglo dieciocho. La buena o mala suerte, la disposición del patrono, la duración del período de trabajo, el tamaño de la plantación o finca, el vigor o la debilidad del trabajador- todo esto tuvo parte para determinar el destino de cada individuo. Los siervientes en casas o pequeñas fincas pudieron estar en la situación no tan incomoda de trabajadores familiares domésticos.

Los artesanos que trataban de enseñar habilidades especiales a sus trabajadores o los padres de familia que necesitaban servicio doméstico satisfactorio, pudieron ser patronos aceptables. La situación más poco envidiable fue la de los siervientes de las plantaciones del Sur, viviendo al lado de esclavos negros -pero nunca con ellos-, ambos grupos haciendo mucho del mismo trabajo, con frecuencia bajo la supervisión de un capatáz severo. Uno tiene que imaginarse la situación de un miembro de la clase pobre urbana inglesa, no acostumbrado al trabajo rural o a cualquier trabajo continuo, metido en un clima caliente en el cual el trabajo pesado en el campo -incluyendo el peor de todos, la agotadora tarea de limpiar nueva tierra de rocas, árboles y arbustos- fue su obligación diaria.

Aun tan tarde como en 1770, William Eddis, el inspector de aduanas inglés en Annapolis, pensaba que los negros de Maryland estaban mejor que los "europeos, sobre quienes el estricto plantador ejerce una inflexible severidad". Eddis consideró que los negros eran una propiedad vitalicia, de tal manera que fueron tratados con cierto cuidado, pero los blancos fueron "forzados al máximo para desempeñar su trabajo asignado; y de una predisposición en muchos casos muy justamente fundamentada, a ellos les correspondía recibir solo la justa remuneración que es propia para las repetidas ofensas. Hay indudablemente muchas excepciones a esta observación, sin embargo hablando en general, ellos sufren el peso de una servidumbre peor que la egipcia". Aun así, en Virginia los trabajadores blancos parecieron haber alcanzado un estatus privilegiado, asignados al trabajo más liviano y a tareas más calificadas, cuando los negros llegaron en grupos más grandes.<sup>10</sup>

El status y la reputación de los trabajadores por contrato del Sur fueron sin duda mantenidos más abajo que en otra parte porque entre ellos hubo un grupo considerable de convictos deportados. Las colonias del norte no estuvieron completamente libres de convictos deportados, pero el sistema de plantación comúnmente colocó a hombres desafortunados al lado de insensibles criminales y los agrupó a todos juntos como pillos que no merecían algo mejor que lo que fue asignado a ellos. Entre las

consecuencias del cambio social inglés de los siglos diecisiete y dieciocho estuvo un consorcio muy importante de talentos criminales. Las leyes ideadas para contener a la población criminal fueron tan severas -gran cantidad de crímenes fueron definidos como felonías y la ejecución en la horca fue una pena corriente para delitos in-significantes- que Inglaterra hubiera sido lanzada a una multitud de colgamientos, más allá de un punto de aceptabilidad, de no haber tenido dos recursos que perdonaron a muchos acusados de las sanciones prescritas para la felonía. Uno de ellos fue la inmunidad del clero -una práctica heredada de la Edad Media y continuada hasta principios del siglo diecinueve- el cual permitió a un convicto de felonía, "llamar por el libro" y probar su capacidad de leer y escribir. Con la antigua suposición de que aquellos que podían leer eran clérigos y por lo tanto estaban exonerados de los castigos severos del estado seglar, a la clase relativamente privilegiada de criminales que sabían leer y escribir se le pudo permitir evadir el castigo, solamente marcándoles con un hierro ardiendo en el pulgar.

Una segunda práctica, la predecesora de la deportación de convictos fue asegurar el indulto real para delincuentes ordinarios considerados por los jueces para ser merecedores de alguna indulgencia.

Hasta el final de las guerras francesas en 1713 fue costumbre enviarlos al ejército, pero en tiempo de paz Inglaterra no sabía que hacer con los criminales y personas vagabundas. En 1717 el Parlamento aprobó una ley que en efecto hizo la indulgencia real dependiente de la conducción a las colonias para un período de trabajo; en consecuencia empezó el envío en gran escala de convictos, el cual continuó hasta la época de la Revolución estadounidense. Alrededor de treinta mil criminales fueron transportados a las colonias inglesas en general, incluyendo las colonias de las islas, en el siglo dieciocho, de los cuales probablemente más de dos tercios llegaron a Virginia y Maryland, donde fueron rápidamente adquiridos por los plantadores más pobres.

El procedimiento en conjunto, a pesar de intentar claramente ser una alternativa humanitaria y útil para los ahorcamientos en masa, fue terriblemente temido por los convictos, quienes debieron haber supuesto, muy correctamente, que cualquiera que comprara sus servicios trataría de obtener lo más posible de ellos durante sus períodos de siete años de trabajo pesado (catorce años en el caso de penas de muerte transformada). En la travesía probablemente los criminales fueron alimentados mejor de lo que ellos acostumbraban, pero generalmente fueron mantenidos debajo de la cubierta y encadenados durante todo el viaje, y en promedio tal vez uno de cada seis o siete moriría en el camino. "Todos los estados de horror de los que tuve una idea", escribió un visitante a una nave de convictos, "son muy pocos de los que vi en este pobre hombre; encadenado a una tabla en un hueco de no más de dieciseis pies de largo, más de cincuenta con él, un collar y un candado alrededor de su cuello y encadenado a cinco de las más terribles criaturas que nunca he visto".<sup>12</sup> La mortalidad podía ser muy alta: en un barco, el Honour (Honor), el cual llegó a Annapolis en 1720, habían muerto veinte de sesenta y un convictos. Los comerciantes que transportaban los criminales pidieron subsidios en los contratos con el gobierno para cubrir las pérdidas que los afectaban mucho.

Mientras algunos plantadores se precipitaron a los puertos para abastecerse de convictos para su provisión de trabajadores de campo, otros estaban molestos por las consecuencias que ellos suponían que tendrían los criminales sobre el carácter de la población. Estas riesgosas importaciones causaron mayor ansiedad en las colonias que recibieron grandes cantidades de criminales deportados. Pennsylvania sojuzgó la importación de convictos con un constante hostigamiento estatuido después de 1722. Virginia a mediados del siglo parece haber reflexionado en medio de una ola de crímenes. La Gasette de Virginia lamentaba en 1751: Cuando vemos

nuestros periódicos llenos continuamente con descripciones de los más audaces robos, los más crueles asesinatos e infinidad de otras villanías cometidas por los convictos deportados de Europa, ¡qué melancolía, qué terribles reflexiones debe motivar! ¿Qué será de nuestra prosperidad?. Estos son algunos de tus favores Gran Bretaña. Tu eres llamada Madre Patria; pero ¿qué buena madre alguna vez envía ladrones y villanos a acompañar a sus hijos, a corromper a algunos con sus contagiosos vicios, y asesinar al resto? ¿Qué padre alguna vez trata de difundir una epidemia en su familia?... En que puede mostrar Gran Bretaña un mayor desprecio soberano para nosotros que vaciando sus cárceles en nuestras colonias; ¡a menos que igualmente vacie sus excusados en nuestras mesas!"<sup>13</sup> La metáfora final parece haber resultado muy natural para los colonos: Franklin también la usó, sin embargo él es mejor recordado por su sugerencia de que los estadounidenses comerciaran sus culebras de cascabel por los convictos.<sup>14</sup> Pero todas las leyes que rechazaron los convictos deportados fueron desaprobadas en Inglaterra por el Ministerio de Comercio (Board of Trade) y el Consejo del Rey, (Privy Council) en tanto que fueron miradas con re celo las medidas evasivas ideadas para impedir o entorpecer el tráfico.

## 4

El sistema de contrato fue una adaptación, con algunos rasgos distintivamente crue les, de la vieja institución del aprendizaje. En realidad, unos pocos colonos nacidos en el país, celebraron contratos no muy diferentes a los emprendidos por los inmigrantes, usualmente para cancelar una deuda o responder por un crimen pero ocasionalmente para aprender un oficio. Según la ley el contrato fue un convenio en el cual el sirviente prometía servicio fiel por un período de tiempo estipulado a cambio de su alojamiento y manutención, y al final de su tiempo de trabajo, de la pequeña cantidad de cosas, conocidas como "derechos de libertad", las cuales le prometió su patrono por su partida. El período típico fue de cuatro o cinco años, aunque pudo variar en cualquier parte desde uno o dos años a siete. Los períodos más largos comúnmente fueron estipulados para los niños y estuvieron calculados para liberarlos cuando alcanzaron la mayoría de edad o apenas la pasaran. La mayor parte de los contratos siguieron un modelo: en una época tan temprana como 1636 estuvieron disponibles fórmulas impresas, necesitando solo unos pocos detalles para ser completados por las partes contratantes. Con frecuencia el contrato original de un emigrante fue concertado con un comerciante o capitán de barco y fue vendido con su poseedor a un empleador a la llegada. Los contratos se hicieron instrumentos negociables en las colonias, los sirvientes bajo esos contratos durante su período de trabajo fueron usados para cancelar deudas, aun de juego. En teoría el contrato protegió al sirviente de la explotación indefinida, pero en la práctica, en realidad, tuvo poderes muy li mitados. Fue un documento vulnerable a la pérdida, el robo o la destrucción, y cuando se tiene en cuenta la indolencia e inexperiencia de la mayor parte de los sirvientes por contrato y la falta de privacidad en la cual vivieron, hay poca sorpresa al observar la frecuente desaparición de sus contratos.

Sin embargo, durante el siglo dieciocho las circunstancias comenzaron a modificar el sistema de contratos prevaleciente y a disminuir su severidad, particularmente, cuando una clase especial de sirvientes bajo garantía, los redemptioners, se hizo numerosa. El redemptioner apareció a principios del siglo, llegando mayormente desde el Continente, emigrando con frecuencia con una familia y una provisión de herramientas y muebles. Los pasajeros que viajaron con Mittelberger fueron en su mayor parte redemptioners. Los sirvientes por contrato simplemente fueron una parte de la carga del barco, pero los redemptioners fueron pasajeros de inferior categoría que

pagaban parcialmente el pasaje. El redemptioner se embarcaba sin contrato, habiendo pagado algunas veces parte del dinero de su pasaje y el de su familia y conviniendo con el comerciante embarcador el pago completo dentro de un corto tiempo después de desembarcar. Una vez allí trataría de encontrar parientes o amigos para completar su déficit; el fracaso en el pago completo significaría que él sería vendido al mejor postor para compensar cualquier parte de la tarifa de su pasaje que estuviera sin pagar. La duración de su servidumbre dependería de la cantidad para ser compensada. Pudo ser tan corta como uno o dos años, aunque cuatro años parece haber sido más común. Los redemptioners tratarían de emplearse como un grupo familiar entero. No obstante que los redemptioners a menudo fueron estafados por su falta del inglés y les cobraron precios excesivos por interés, seguros y el transporte de su equipaje, fue menos lucrativo llevarlos a ellos que a los sirvientes por contrato. Sin embargo, los comerciantes estuvieron ansiosos por llenar sus naves, tanto como fuera posible, con un lastre de redemptioners.<sup>15</sup>

Todos los sirvientes en garantía, por contrato o personales, fueron bienes muebles de sus patronos, pero la terminabilidad de sus contratos y la presencia de ciertos derechos legales se levantaron entre ellos y la esclavitud. Un sirviente podía ser comprado o vendido libremente, excepto en Pennsylvania y New York, donde las leyes exigieron el consentimiento de una corte antes de asignar a un sirviente por un año o más. Su trabajo podía ser alquilado, él podía ser heredado en los términos prescritos en el testamento de su patrono. Aunque pudo tener propiedades, se le prohibió participar en el comercio. El también pudo enjuiciar y ser enjuiciado, pero no pudo votar. Se es pero que estuviera sujeto al castigo corporal de su patrono por varios delitos, y el azotamiento fue común; pero el patrono corrió el riesgo de perder a su sirviente, por orden de una corte, por palizas crueles o desfiguradoras. El derecho del sirviente de instancia a las cortes contra abusos fue más que una protección insignificante. Por supuesto, los sirvientes sin dinero estuvieron en desventaja en cortes manejadas por representantes de la clase de los patronos: en efecto ellos estaban implorando a la dignidad de la comunidad, a la compasión o decencia de los magistrados y a la opinión común de que hay ciertas cosas que no debían ser hechas a un cristiano blanco. Sin embargo la frecuencia de las denuncias de los sirvientes hace claro que el privilegio de apelación fue muy usado y la frecuencia de las sentencias emitidas para los sirvientes muestra que no fue usado en vano. Ninguna colonia reconoció la validez de los acuerdos entre el patrono y el sirviente tomados durante la servidumbre a menos que ambas partes comparecieran ante un magistrado y registraran su consentimiento. Los estatutos regularon los términos de la servidumbre en los casos en los cuales no existieron documentos del contrato.

Para varios miles de sirvientes el período de su servidumbre por contrato fue de celibato obligado. El matrimonio sin el consentimiento del patrono fue ilegal y los delitos de fornicación e ilegitimidad se encuentran con frecuencia en los registros de la servidumbre por contrato -no es sorprendente, cuando nos damos cuenta de cuántos de la población sirviente estaban en edades entre dieciocho y treinta. La vida sexual de los redemptioners fue un problema mucho menos serio para ellos y sus patronos, puesto que ellos comúnmente vinieron en familias. Sin embargo entre los sirvientes por contrato como un todo; hubo muchos más hombres que mujeres. La posición de las sirvientas estuvo llena de oportunidades como de riesgos. Sus servicios fueron considerablemente apreciados y una mujer inteligente y bonita pudo librarse, como concubina o esposa, de las exacciones más pesadas de la servidumbre, No obstante, las mujeres fueron también vulnerables al abuso sexual y fueron muy serios los castigos por seguir simplemente sus propias inclinaciones. Los patronos estuvieron reacios a sufrir la pérdida de tiempo, el costo de criar un niño, el deterioro de la salud o el riesgo de muerte en el parto, por ésto estuvieron remotamente dispuestos a darle anuencia al matrimonio. Pero las leyes lograron darle a los patronos la oportunidad

para invertir tales sucesos en su propio provecho. Hubo azotamientos ceremoniales para la fornicación y la ilegitimidad, usualmente de veintiun latigazos; además fueron exigidas sentencias de uno a dos o tres años de servicio adicional, una indemnización muy generosa para la pérdida de tal vez no más de unas pocas semanas de trabajo. Richard D. Morris ha concluido que desde Pennsylvania, hacia el Sur, el patrono con frecuencia se enriqueció mucho más allá de sus pérdidas reales. Cuando un sirviente engendrab a un hijo se le podía exigir que prestara cualquier servicio extra que fuera necesario para encargarse de su manutención. A los sirvientes se les podía poner un año de servicio extra simplemente por contraer matrimonios no autorizados. Si una sirvienta identificaba a su patrono como el padre de su hijo, él podía ser castigado por adulterio y ella separada de él y revendida. Una aguda aversión por el mestizaje proporcionó un período adicional de castigo: una mujer podía conseguir un grave azotamiento y siete años de servicio adicional por dar a luz a un mulato ilegítimo. A pesar de semejantes restricciones hubo un número importante de nacimientos ilegítimos de mulatos y de otros.

Sin embargo, el crimen más común cometido por los sirvientes fue, no sorprendentemente, la fuga -una cosa difícil de realizar impunemente, porque en las colonias todo el mundo tenía que llevar un pase, en realidad una tarjeta de identificación y severos castigos, que variaban desde multas y lesiones personales hasta castigos corporales, fueron impuestos sobre las personas que encubrieran fugitivos. Los fugitivos fueron regularmente anunciados en los periódicos, se ofrecieron recompensas y los alguaciles de policía y el público en general fueron enrolados para asegurar su regreso. A menudo ellos fueron devueltos y sujetos a lo que fueron considerados como castigos apropiados; los sirvientes que no fueron reclamados fueron revendidos en subasta pública. En el conjunto, y especialmente en Pennsylvania y en las colonias al sur, las leyes convirtieron en una ventaja para el patrono, el castigo del fugitivo recuperado. El castigo corriente en el Norte, no siempre cumplido rigurosamente, fue servicio adicional por el doble del tiempo que el patrono había perdido, sin embargo también fue común el azotamiento. En Pennsylvania fue establecida y comúnmente cumplida una jornada de cinco a uno, mientras que en Maryland, la más severa de todas las colonias, fue autorizada por una ley de 1661 una pena de diez a uno y con mucha frecuencia fue cumplida al pie de la letra. Un fugitivo habitual o uno que había tenido éxito en escapar por semanas, podían ganarse una triste prolongación de su servidumbre. Hubo un caso terrible de una sirvienta en el condado Anne Arundel, de Maryland, que usualmente escapaba por períodos cortos y cuyo patrono calladamente llevó un registro, verdadero o falso, de sus ausencias. Finalmente llevándola a la corte, el patrono presentó una cuenta de 133 días de ausencias acumuladas. Puesto que le fue imposible negar sus frecuentes ausencias, ella no tuvo indicios para una réplica y se le hicieron cargos por 1.330 días de servicio adicional.<sup>16</sup> Su caso fue poco usual pero no fue único: hay penas registradas por 1.530 días, 2.000 días y aun una de 12.130 días, la cual conmutó generosamente el patrono por una justa de cinco años.<sup>17</sup> En Virginia se fijó el doble del tiempo o más "proporcional a los daños" los cuales pudieron ser altos en tiempo de cosecha del tabaco, y un castigo corporal adicional, más comúnmente impuesto en el siglo diecisiete que en el dieciocho. En las vísperas de la Revolución, la esclavitud negra había reemplazado grandemente a los sirvientes por contrato en las plantaciones de la orilla del mar (tidewater) pero ellos fueron todavía importantes en las accesibles y atractivas fronteras de la colonia y allí los fugitivos se convirtieron en un problema crítico. En Carolina del Sur, donde el miedo a una insurrección había sido un motivo dominante, una ley de 1691 había autorizado una semana adicional de servicio por un día de ausencia y para ausencias que se prolongaran tanto como una semana, un año por una semana -cincuenta y dos a uno, una proporción que hizo parecer suave a Maryland. En 1744 aún se mantenía la proporción de una semana por un día pero la pena máxima fue establecida en un año de servicio. El azotamiento también fue costumbre.

El problema de impedir y castigar las fugas fue complicado por lo que se consideró que era la "piratería" de trabajo de patronos competidores -y se hizo necesario establecer una serie completa de penas por atraer o distraer a trabajadores por contrato. Simplemente, si los vecinos podían atraer trabajadores es bajo contrato a sus dueños para servicios ocasionales o hasta permanentes ofreciéndoles dinero o prometiéndoles mejor trato, un rudimentario mercado de trabajo subterráneo hubiera empezado a reemplazar a la servidumbre y la posesión de sirvientes se hubiera hecho cada vez más riesgosa. La piratería no fue considerada ligeramente en la ley y los halagadores de trabajadores estuvieron sujetos a demandas por daños y personales así como a procesamiento criminal con sentencias que fueron desde azotamiento o sentarse en el cepo hasta multas. Las penas fueron tan severas en las colonias tabacaleras que los plantadores obedientes de la ley debieron vacilar en alimentar o dar refugio a un sirviente que aparentemente había sido desamparado por su patrono. Efectivamente, los hosteleros en estas colonias con frecuencia fueron multados simplemente por hospedar o vender licor a los sirvientes. Las demandas por daños por ausencias breves difícilmente estuvieron valorando el problema en caso de sirvientes cuyo trabajo fue estimado en pocos peniques al día. Pero en New York un ebanista calificado y tallador de sillas contratado en 1761, fue llevado con señuelo en frecuentes intervalos por un competidor, y pocos años más tarde su patrono ganó un extraordinario juicio de 128.<sup>18</sup>

Las conspiraciones urdidas por varios sirvientes para huir juntos, ocurrieron en su mayoría en las colonias de plantación; y los pocos levantamientos de sirvientes registrados, estuvieron completamente circunscritos a esas colonias. Virginia, desde sus muy tempranos años, había sido obligada a tomar estrictas medidas contra conspiraciones rebeldes y fueron anotados severos castigos para semejante conducta. La mayor parte de los complots de sirvientes ocurrieron en el siglo diecisiete: un intento de levantamiento fue cortado en flor en York County en 1661; unos sirvientes fraguaron una insurrección en Gloucester County en 1663, aparentemente guiados por algunos descendientes izquierdistas de la Gran Rebelión, y cuatro líderes fueron condenados y ejecutados; algunos sirvientes descontentos aparentemente se unieron a la Rebelión de Bacon en la década de 1670. En la década de 1680 los plantadores nuevamente estuvieron temerosos por el descontento entre los sirvientes "debido a sus grandes necesidades y falta de ropa" y se tuvo miedo que se levantaran y saquearan los almacenes y naves, en 1682 hubo disturbios en la corta de plantas en las cuales tomaron parte los sirvientes y trabajadores así como algunos plantadores.

En el siglo dieciocho los disturbios no fueron frecuentes por el aflojamiento de la seguridad del sistema de contrato o por el incremento en la eficacia de las autoridades, no obstante en 1707 una banda de fugitivos planeó capturar los almacenes militares, quemar Annapolis, robar nidos, Nuevamente en 1721 una banda de sirvientes convictos conspiró sin éxito para capturar los almacenes en Annapolis, una insurrección de cierta importancia realmente se produjo entre los sirvientes blancos bajo el gobierno británico en Florida del Este, en el verano de 1768; cuando trescientos italianos y griegos, en una colonia muy heterogénea, se rebelaron contra el trabajo duro y el trato severo, capturaron las armas y municiones de los almacenes y se prepararon para hacerse a la vela en un barco anclado en el río en New Smyrna. Ellos fueron interceptados por una embarcación del gobierno y prontamente se rindieron. Tres líderes fueron declarados culpables de piratería, uno de los cuales fue perdonado a condición de que ejecutara a sus dos compañeros. El descontento y la oposición llegando hasta la élite local, siguieron siendo corrientes en Florida en la época de la Revolución.<sup>19</sup>

Una amenaza seria a los intereses de los patronos, la cual da testimonio de lo oneroso de la servidumbre, fue la posibilidad del reclutamiento militar. En Nueva Inglaterra, donde no hubo muchos sirvientes, el servicio militar fue obligatorio y pa

rece no haber planteado una mayor tentación para escapar de la servidumbre, pero en Pennsylvania y en las colonias tabacaleras, donde los sirvientes fueron numerosos y elementos indispensables, la demanda competitiva del ejército de efectivos militares, en la guerra intercolonial de la década de 1740, y más aun, en la guerra de los siete años de la década de 1750, despertó gran ansiedad entre los patronos. En la década de 1740 más de un tercio de los reclutamientos de Pennsylvania fueron de hombres de la clase sirviente, cuyos patronos fueron compensados con desembolso de la colonia; en Maryland, durante la guerra de los siete años el gobernador Horatio Sharpe informó no solo que "los sirvientes inmediatamente se congregaron para listarse, sin exceptuar a los convictos", sino también que los reclutamientos entre hombres libres fueron en extremo escasos, y en Virginia George Washington, instó a que se les permitiera a los sirvientes alistarse con los voluntarios de Virginia para que ellos no tomaran la alternativa y se unieran al ejército regular.<sup>20</sup> La resistencia de la Asamblea de Pennsylvania a los alistamientos durante la década de 1750 se hizo provocativamente obstinada y en Maryland hubo resistencia armada y disturbios contra los reclutamientos. El Parlamento, cuyo interés fue incrementar el ejército, aprobó en 1756 una medida autorizando a los oficiales para reclutar sirvientes por contrato, sin considerar las leyes coloniales restrictivas o las prácticas. Lo mejor que pudieron esperar los patronos fue una indemnización de la legislatura de su colonia, una práctica que fue reiterada en Pennsylvania en 1763, o demandar a los oficiales de reclutamiento por daños y perjuicios civiles. Durante la Revolución, el Congreso Continental y algunos de los estados, alentaron el alistamiento de sirvientes por contrato, pero Pennsylvania y Maryland los exoneraron del servicio militar. Cuando, a pesar de esto, los oficiales de reclutamiento continuaron alistando sirvientes, un grupo de maestros de oficios de Cumberland County se quejó con espléndida osadía de que los aprendices y sirvientes "son propiedad de sus patronos y de sus señoras y que toda forma de privar de su propiedad a tales patronos y a sus señoras es una violación a los derechos de la humanidad..."<sup>21</sup> Un buen número de sirvientes se escapó para ir con las fuerzas británicas, especialmente en Virginia, pero ni las guerras ni tampoco la Revolución acabaron con la práctica de la servidumbre, la cual declinó pero no murió hasta el siglo diecinueve.

## 5

Aunque los documentos de la corte de castigos que prolongaron el servicio son numerosos, la mayor parte de los sirvientes no tuvieron problemas con la ley; sus períodos de servidumbre por fin terminaron, autorizándolos para cobrar, si podían, "los derechos de libertad" y empezar una vida por sí mismos. Los derechos de libertad usualmente fueron especificados por la ley, pero se conoce poco acerca de su pago. Las leyes de Virginia y Carolina del Norte de la década de 1740 ordenaron <sup>3</sup> en efectivo y Carolina del Norte añadió un adecuado juego de ropa. La Corona proporcionó en Carolina del Sur, 50 acres de tierra, libres de rentas por diez años. Una ley de Pennsylvania de 1700 estipuló dos juegos completos de ropa, uno de los cuales debía ser nuevo, un hacha nueva, un azadón y un azadón para deshierba. Massachusetts mucho antes en el siglo diecisiete, había dispuesto al estilo bíblico que los sirvientes después de siete años de trabajo no "debían ser despedidos vacíos", pero es difícil decir que valor tuvo esta máxima para los sirvientes. Los derechos de libertad, al igual que los derechos de los aprendices ordinarios, pudieron haber funcionado más importantemente como un tipo de aliciente para que los sirvientes cumplieran de buena fe los meses o semanas finales de servidumbre. Donde el trabajo de un sirviente fue particularmente valioso, su patrón pudo fortalecer ese aliciente con un pago en dinero en efectivo considerablemente más allá de lo que había prometido.<sup>22</sup>

¿Cuál fue la situación económica de un sirviente después de terminar su servidumbre?

Ella varió, sin duda, de colonia en colonia y con la disponibilidad de tierras. En las colonias del continente, parece que se supuso que un exsirviente debía ser equipado, para trabajar como trabajador libre para otras personas, con suficiente ropa, herramientas o dinero para ayudarle a tener un pequeño comienzo. Se dió por sentado que los salarios de un hombre libre eran lo suficientemente altos para permitirle una subsistencia adecuada o proporcionarle una parcela de tierra dentro de un período de tiempo bastante corto. Algunos ex-sirvientes, no hay duda, que fueron hacia el oeste y se establecieron en tierras nuevas. "Los habitantes de nuestras fronteras", escribió el gobernador de Virginia, Alexander Spotswood, en 1717, "están compuuestos generalmente por aquellos que habían sido transportados hacia acá como sirvientes, estando libres de su período, establecidos donde la tierra que está para ser ocupada producirá para las necesidades de vida con poco trabajo".<sup>23</sup> Pero es muy probable que Spotswood se equivocara considerablemente en el aspecto optimista. Por ejemplo, en Maryland donde en el siglo diecisiete, un sirviente liberado tenía derecho a 50 acres de tierra, mostrando su certificado de libertad en el despacho del secretario de la oficina de tierras, los documentos muestran que relativamente pocos se convirtieron en agricultores, a pesar de que muchos asumieron sus derechos de tierras y los vendieron por dinero en efectivo. Abbott E. Smith, en uno de los estudios más autorizados de la servidumbre colonial, estima que solo uno de diez sirvientes por contrato (sin incluir a los redemptioners) se convirtió en un agricultor acomodado y otro se convirtió en artesano o capataz en condiciones económicas razonablemente holgadas. Los otros ocho, sugiere, que murieron durante la servidumbre, regresaron a Inglaterra cuando terminó ésta o fueron de un lado a otro para convertirse en los "blancos pobres" de los pueblos y áreas rurales. Existe razón para pensar que en la mayoría de los lugares los sirvientes que habían terminado su período de servidumbre y tenían una historia de residencia local llenaron los requisitos difíciles para la ayuda a los pobres y fueron aceptados como cargas públicas.<sup>24</sup> Smith expresa, que a los redemptioners les fue mucho mejor, pero los testimonios fragmentados que han sido encontrados hasta ahora aun no permiten mucha exactitud. Sir Henry Moore, gobernador de New York, los consideró tan ansiosos por poseer tierras que hicieron grandes sacrificios para obtenerlas: "Tan pronto como expiraba el período estipulado en sus contratos, ellos dejaban inmediatamente a sus patronos y obtenían una pequeña extensión de tierra, para cuyo cultivo en los primeros tres o cuatro años llevaban vidas miserables y en la más abyecta pobreza; pero todo esto es soportado pacientemente y referido con la alegría más grande, la satisfacción de ser poseedores de tierra suaviza cualquier dificultad, y los hace preferir esta forma de vida a la subsistencia con medios adecuados que podrían obtener para ellos y sus familias trabajando en los oficios en los cuales ellos fueron educados".<sup>25</sup> Un inglés que viajó por Estados Unidos en los primeros años del siglo diecinueve observó "muchas familias, particularmente en Pennsylvania, de gran respetabilidad, en nuestra sociedad y entre otras, que habían venido a este país como redemptioners; o fueron hijos de ellos"<sup>26</sup>

Al igual que para los sirvientes por contrato, la desconsoladora estimación de que sólo dos de diez pudieron haber alcanzado posiciones de moderado bienestar es un intento por generalizar el conjunto de los dos siglos de la experiencia de la servidumbre inglesa, tomando el siglo diecisiete cuando el sistema fue brutal y muy pocas las oportunidades con el dieciocho, cuando se hizo menos severa.<sup>27</sup> En los tempranos años más sirvientes regresaron a Inglaterra y también la mortalidad fue más alta. Pero no deberá simplemente suponerse que los sirvientes liberados, especialmente aquellos de los campos de tabaco, estuvieron en una condición mental o física para iniciar vigorosos, nuevas vidas, o que largos y maduros años de productividad les esperaban más adelante. Si consideramos la duración total del período sobre el cual predominó la servidumbre por contrato inglesa, la realidad que resalta es su sobresaliente costo en trabajo y muerte.

La mitología de Horatio Alger hace mucho tiempo que ha sido rota en pedacitos por los investigadores de la movilidad social estadounidense, y uno no se sorprenderá al saber que la posibilidad de surgimiento de la servidumbre por contrato a una posición de riqueza o renombre estadísticamente fue insignificante. Los pocos casos de lo contrario son guardados como un tesoro por los historiadores, transmitidos de uno a otro como herencia -pero la mayor parte de ellos versan sobre sirvientes del norte que vinieron con educación o habilidades. Los nombres coloniales más ilustres con servidumbre en la historia de sus familias son Benjamin Franklin y el eminente abogado de Maryland, Daniel Dulany. El abuelo materno de Franklin, Peter Folger de Nantucket, un hombre con muchos oficios, desde maestro, agrimensor de pueblo, escribiente de la corte e intérprete entre blancos e indios, había comprado una sirvienta por 20 y después se casó con ella. Dulany, que venía de una familia irlandesa acomodada, llegó en 1703 con dos hermanos mayores; los hermanos se fundieron en el anonimato que generalmente esperaba a los que llegaban por contrato, pero Daniel fue adquirido por un abogado que estaba complacido de comprar un sirviente que sabía leer y escribir, con cierta instrucción universitaria, para que actuara como su secretario y le ayudara con las cuentas de su plantación. Lo más cercano a una modesta dinastía a escala estadounidense que salió de la servidumbre fue la de los Sullivan de Nueva Inglaterra. John Sullivan y Margery Browne llegaron a Maine como sirvientes por contrato, en la década de 1720. Después de que Sullivan ganó su libertad se hizo maestro, sacó a Margery de la servidumbre y se casó con ella. Su hijo John se hizo abogado, fue un patriota revolucionario, uno de los principales generales de Washington y gobernador de New Hampshire. Su hermano menor, James, también abogado se convirtió en congresista de Massachusetts y después en gobernador del estado. En la tercera generación, el hijo de John, George, se convirtió en congresista federal y en fiscal general de New Hampshire; el hijo de James, William, ejerció una exitosa carrera legal en Boston, desempeñó un notable papel en la política del estado y fue escogido para ser uno de los tres delegados para llevar a Washington el manifiesto de Hartford Convention. John Lamb, un líder de los Son of Liberty y luego oficial en la Revolución, fue el hijo de Anthony Lamb que había seguido una carrera increíble: un aprendiz de fabricante de instrumentos en Londres, Anthony se vinculó a un ladrón de mala reputación que terminó en la horca en Tyburn; como delincuente por primera vez, Lamb fue sentenciado a ser deportado; cumplió un contrato en Virginia, se trasladó a New York y se convirtió en un respetable fabricante de instrumentos y en un profesor de matemáticas, agrimensura y navegación. Charles Thomson, uno de seis hijos huérfanos por la muerte de su padre a bordo del barco en 1739, comenzó su vida estadounidense como un sirviente por contrato y se convirtió en maestro en Filadelfia, comerciante, patriota revolucionario y Secretario del Congreso Continental. Matthew Thorton, cuyos padres vinieron a Maine con la emigración escocesa-irlandesa de 1718, inició su vida bajo contrato, se hizo médico líder patriota en New Hampshire y fue un firmante de la Declaración de Independencia. Matthew Lyon, que obtuvo notoriedad como un mordaz congresista republicano de Vermont y como una víctima del Acta de Sedición, emigró de Irlanda en 1765 y pagó su pasaje con tres años de servicio por contrato en fincas en Connecticut antes de comprar su propia finca en Vermont. Y también hubo otros, tizones arrebatados a la quema, triunfos de la buena suerte o de los caracteres fuertes sobre las probabilidades.

Thoreau, meditando sobre la condición humana en los relativamente idílicos alrededores de Concord y Walden Pond, estaba convencido que la mayoría de los hombres llevan vidas de tranquila desesperación. Su convicción vuelve a la vida nuevamen-

te cuando reflexionamos sobre el costo humano de lo que los historiadores a veces hacen referencia ligeramente como el experimento norteamericano. Es verdad que miles vinieron a las colonias en busca de libertad o riqueza y con una posibilidad razonablemente buena de encontrarlas, y que las colonias albergaron a un grupo de trabajadores blancos libres cuyos salarios y condiciones bien pudieron haber sido la envidia de sus contrapartes europeos. No obstante estos afortunados hombres fueron considerablemente sobrepasados en número por personas, blancas y negras, que vinieron a Estados Unidos en una u otra clase de servidumbre. También es cierto que para algunos sirvientes, especialmente para aquellos que ya tenían una habilidad, un poco de dinero o alguna inteligencia, educación o buenas maneras, la servidumbre en Estados Unidos pudo demostrar ser no mucho peor que un aprendizaje ordinario, a pesar de las aflicciones y peligros que impuso. Pero cuando se piensa en la gran mayoría de esos que vinieron durante el largo lapso entre los primeros establecimientos y la desaparición de la servidumbre blanca a principios del siglo diecinueve -teniendo en mente la pobreza y las arruinadas vidas que ellos dejaron en Europa, el cruel filtro de la travesía atlántica, la alta mortalidad de la travesía y la aclimatación y los muchos años de arduo trabajo que estaban entre el inicio de la servidumbre y la realización final de un bienestar aceptable- se está profundamente impresionado por la medida en la cual, la tristeza que es natural en la vida, estuvo aplastada en la condición de servidumbre, por los duros sufrimientos que parecen todos demasiado naturales en la historia de los pobres. Para muchísimos el viaje a través del Atlántico demostró al final haber sido solo un epítome de su viaje por la vida. Y sin embargo allí debió haber parecido que era poco el riesgo porque había muy poco en juego. Ellos con mucha frecuencia habían dejado una escena de turbulencia, crimen, explotación y miseria que allí no pudo haber sido mucha la esperanza entre ellos; y cuando estaban tendidos en sus estrechas armaduras de cama escuchando debajo de ellos el golpe del agua maloliente acumulada en la sentina, algunas veces agobiados por la fiebre o acostados en su propio vómito, pocos debieron haber esperado muchísimo de la vida estadounidense, y aquellos que lo hicieron con demasiada frecuencia fueron decepcionados. Pero con los sirvientes blancos nosotros solo hemos empezado a percibir la angustia de la temprana experiencia estadounidense.

NOTAS:

1. Abbott E. Smith, Colonists in Bondage (1947), 3-4; Richard B. Morris., Government and Labor in Colonial America. (1946), 315-16,
2. Smith, 27; M.W. Jernegan, Laboring and Dependent Classes in Colonial America. (1931), 55; ver también K.F. Geiser, Redemptioners and Indentured Servants in... Pennsylvania. (1901), 24-5.
3. Christopher Hill, The Century of Revolution (1961), 206.
4. Sobre el viaje, Mittelberger, Journey to Pennsylvania (edn.1960), editado y traducido por Oscar Handlin y John Clive, 10-7.
5. Citado en Luke Tyerman, The Life of the Rev. George Whitefiel (1876), I, 124-5, 144-5.
6. Ver Geiser, capítulo V; F. R. Diffenderfer, German Immigration into Pennsylvania... (1900) capítulo V, esp. 63-7
7. Smith, 217-8.
8. Diffenderfer, 82
9. Raphael Semmes, Crime and Punishment in Early Maryland (1938), 80, 278;cf. Samuel Mc.Kee, Jr., Labor in Colonial New York . (1935), III.
10. William Eddis, Letters from America (1777), 69-70, J.C. Ballagh, White Servitude in the Colony of Virginia. (1895), 89-92.
11. Ver Smith, 116-9; cf. Lawrence H. Gipson, The British Empire before the American Revolution, II (1936), 69, 79
12. Smith, 125
13. Ibid., 130
14. Cheesman A. Herrick, White Servitude in Pennsylvania (1926), 131-2
15. Smith, 41
16. Ibid., 268-9
17. Morris, 452
18. Ibid.,416-29, esp. 421-3
19. Sobre la insurrección, ver ibid, 169-81
20. Ibid., 284n, 286; E. I. Mc Cormac, White Servitude in Maryland (1904),90.
21. Morris, 292, sobre el problema del reclutamiento en general, ver ibid,278-94; Geiser, 94-101; Smith, 278-84; Mc. Cormac, 82-91.

22. Mc. Kee, 95-6

23. Smith, 297

24. Ver ibid., 251-2

25. Mc Kee, 112-3

26. Geiser, 108-9

27 Ver Smith, 288-9, para las condiciones posteriores.

mch\*

EL NEGRO EN EL SIGLO XVIII

Thad W. Tate, Jr.

EL SIGLO XVIII: EL AUMENTO DE LA ESCLAVITUD

Los 16.390 negros residentes en Virginia en 1700 habían aumentado a 26.559 hacia 1720, a 30.000 hacia 1730, o casi el doble de la cifra de 1700. En la década siguiente -la de 1730- la población se duplicó una vez más, alcanzando una estimación de 60.000. No pasó mucho tiempo antes de que las importaciones anuales de negros hubieran ascendido a un máximo de tres mil o cuatro mil por año mientras que correspondientemente aumentó el número de negros nacidos en Virginia.

Las estimaciones de la población para mediados de siglo variaron mucho pero las cifras para 1756 del Gobernador Dinuiddie fueron tal vez más confiables que cualesquiera otras. Calculando a partir del recuento de las que pagaban el diezmo, él encontró una población total para Virginia de 293.472 de los cuales 173.316 eran blancos y 120.156 eran negros. Para la década de 1760 la proporción de blancos y negros no fue realmente mitad y mitad, una proporción que permaneció más o menos constante hasta el final del siglo XVIII. Como fue de esperar, la densidad más alta de negros se dio en Tidewater (zona costanera con ríos navegables) pero los esclavos también fueron numerosos en el Piedmont (la zona Piamonte). La población negra fue realmente pequeña, solamente en el Valley (El Gran Valle de Virginia) y en las áreas de las montañas.

Este rápido aumento no dependió solamente de la buena voluntad de los plantadores coloniales para emplear mano de obra negra. También necesitó del desarrollo de un tráfico de esclavos eficiente y en gran escala. Durante gran parte del siglo XVII una esporádica actividad comercial holandesa fue responsable de la mayor parte de las importaciones de negros. La Asamblea de Virginia intentó alentar este comercio en 1659 eximiendo a los mercaderes holandeses del pago de diez chelines de impuesto por barril de tabaco recibido por los negros, permitiéndoles pagar en lugar de ello los dos chelines del impuesto inglés.

Los intereses comerciales ingleses no estuvieron activamente incluidos en el tráfico de esclavos africanos hasta la Restauración. En 1662 la Company of Royal Adventures Trading to Africa recibió un monopolio para el tráfico de esclavos. Sin embargo esta compañía duró sólo diez difíciles años y nunca firmó un contrato para abastecer Virginia con negros. En 1672 una nueva compañía, la Royal African Company recibió una carta constitutiva que le traspasó el monopolio del trá-

\* De Thad W. Tate Jr., The Negro in Eighteenth Century Williamsburg (Williamsburg, va.: Colonial Williamsburg, 1965). pág. 23-42; 101-113; 164-170; 176-181; 200-208.

fico de esclavos para las colonias inglesas. Ha habido una tendencia a suponer muy fácilmente que la compañía estuvo en capacidad de tomar completa ventaja de su posición favorable. En realidad la Royal African Company encontró difícil el protegerse a sí misma contra los intérlopes de Inglaterra y las colonias. Ni aún el apoyo de la Corona, que firmemente ordenó a los gobernadores reales dar todo el incentivo posible a la compañía, pudo ayudar. La Royal African Company en varias ocasiones, durante la década de 1670, hizo contratos para embarques de negros a Virginia e hizo varias entregas. Pero, aún cuando la afirmación del Gobernador Culpeper de que la compañía nunca vendió esclavos en la colonia, fue evidentemente una exageración, la Royal African Company fracasó en el ejercer dominio sobre el mercado de Virginia.

Algunos de los que desafiaban el monopolio de la compañía parecen haber establecido buenas conexiones locales en Virginia a través de hombres como el primer William Byrd y William Fitzhugh. En la década de 1680, Byrd estuvo interesado en diversas transacciones que incluyeron la conducción de negros en pequeños embarques desde las Indias Occidentales. Por ese mismo tiempo Fitzhugh estuvo en correspondencia con un comerciante de Nueva Inglaterra para los detalles de un trato de tabaco por esclavos.

Finalmente en 1698 la Royal African Company perdió su monopolio, siendo obligada a darlo para un arreglo que permitió a comerciantes independientes llevar esclavos pagando ciertos derechos a la compañía. Otros comerciantes pudieron entonces competir abiertamente enviando sus embarcaciones, entre otros lugares a los desembarcaderos y puertos que bañaban los ríos de Virginia. Las cifras de 1699-1708, que muestran que los comerciantes particulares llevaron 5.692 negros a Virginia y la Royal African Company 679, son una clara indicación de la débil posición de la compañía en el comercio. Después de estos años, los cargamentos de esclavos de la compañía se hicieron cada vez más espaciados, sin embargo eran todavía pocos para Virginia en la década de 1720. Luego de 1730 la compañía ya no envió negros desde la costa africana. Sin embargo, el flujo de esclavos continuó, con comerciantes de Bristol y Liverpool dominando el negocio. Un pequeño número de embarcaciones de Nueva Inglaterra también llevó cargamentos de esclavos desde África, y varias naves de Virginia fueron empleadas para llevar grupos pequeños de negros desde las Indias Occidentales a la colonia.

Conforme avanzó el siglo los negros nuevos fueron vendidos más y más lejos, río arriba hasta los establecimientos en el Fall Line (la línea donde termina la navegación de los ríos) como Rocky Ridge al otro lado del James de Richmond, y se convirtieron así en los mercados de esclavos más importantes en la colonia. También hubo un comercio doméstico con esclavos nacidos en Virginia apreciados por su mayor habilidad y acomodamiento a la civilización blanca y en consecuencia, imponiendo precios más altos.

Los habitantes de Virginia examinaron con recelo estas importaciones en gran escala de negros, tanto como ellas habían llegado a valorar el trabajo esclavo. Nadie aún, ha podido lograr una explicación completamente satisfactoria de por qué, los colonos empezaron a desear poder poner algún límite al número de esclavos que se introducirían dentro de la colonia. Una generación más vieja de historiadores de Virginia, afirmó haber encontrado evidencias de reparos morales y humanitarios al comercio con seres humanos. Algunos de ellos, aún han alegado que las compras de esclavos fueron obligadas en las colonias del sur por las presiones de los codiciosos grupos mercan

tiles británicos y de Nueva Inglaterra. Cualquier lectura detenida de la evidencia rápidamente indica cuan poco apoyo hay para este punto de vista, si fue la actitud prevaleciente de la mayor parte de los plantadores hacia el negro, o el hecho de que nunca ningún cargamento de esclavos saludables careció de compradores. Es claro que razones mucho menos idealistas fueron las responsables de las objeciones de los plantadores.

En primer término el control social del negro tuvo gran participación en la creciente inquietud de los blancos. El temor a una insurrección esclava se hizo una realidad cotidiana en la vida de Virginia, y finalmente los propietarios de esclavos comenzaron a sentir que debía haber un límite más allá del cual, la proporción de negros en la población no pudiera extenderse sin riesgo. Un factor económico también estaba incluido. Con frecuencia la explicación ha sido que los propietarios de negros en Virginia ya tenían un interés especulativo en mantener fuera los esclavos africanos adicionales para asegurar un aumento constante en el valor de su propia propiedad humana. Sin embargo, lo que parece más convincente, es el hecho de que muchos plantadores se opusieron a nuevos gastos de dinero y al aumento en las deudas coloniales que necesariamente imponía la compra de esclavos africanos. La prosperidad en el comercio de esclavos estuvo directamente relacionada con las condiciones económicas del mercado de tabaco, con el resultado de que el primero sufrió algunas de las mismas consecuencias del crédito demasiado extendido. Los colonos más perspicaces estuvieron plenamente conscientes de esta conexión.

La estratagema principal que desarrollaron los líderes de la colonia para desalentar muy rápido un aumento en el número de esclavos, fue un impuesto de importación sobre los esclavos africanos que pudo ser disfrazado como una medida de ingresos al erario. La larga serie de leyes que promulgaron estos impuestos empezaron en una época tan temprana como 1699 y en los primeros años tuvieron el propósito de aumentar los fondos más que de desalentar el comercio. Por ejemplo, la ley inicial impuso una carga de veinte chelines por cada negro importado específicamente para la construcción de un nuevo Capitolio en Williamsburg. Con una renovación, este impuesto continuó en vigencia hasta fines de 1703. Después de un intervalo de tres meses a principios de 1704, cuando el impuesto no estuvo en vigencia, el derecho fue restablecido en abril de 1704. Desde entonces y hasta 1718 alguna forma de impuesto estuvo en vigor sin ninguna interrupción importante. La tendencia a hacer de carácter prohibitivo los impuestos también empezó a manifestarse ya que durante estos años, la cantidad ascendió tanto que llegó a L5 por negro.

Entre 1718 y 1723 la Asamblea Legislativa no hizo intentos para mantener el impuesto. Luego en 1723 un intento para reestablecer en la suma de 40 chelines provocó la primera oposición organizada de los comerciantes ingleses. El torrente de peticiones y protestas de estos hombres, llevaron suficiente peso político como para persuadir al rey de rechazar la ley de 1723, y todas las tentativas subsiguientes de la Asamblea para pasar un impuesto en los nueve años siguientes.

La Asamblea General rompió el estancamiento en 1732, por un cambio de táctica que hizo que el 5% de impuesto ad valorem fuera pagado por el comprador, en perspectiva, en vez de por el importador. En lo sucesivo y hasta el estallido de la Revolución, un impuesto ad valorem sobre los esclavos estuvo en vigencia en Virginia, excepto por seis meses durante 1751. La cantidad del 5% de 1732 fue aumentada gradualmente hasta que se detuvo en 20% durante parte de la Guerra de los Siete Años. El esfuerzo conjunto para desalentar el comercio exterior de esclavos, llevó final-

mente a una petición fracasada de la Asamblea en 1772. para la eliminación de nuevas importaciones, y una prohibición exitosa del comercio por el nuevo gobierno estatal en 1778. Pero estos actos son más lógicamente una parte de la Revolución Norteamericana en Virginia. Hasta el estallido de esta lucha, los esclavistas occidentales siguieron desembarcando sus cargamentos humanos en la colonia de Virginia con poco de saliento.

El papel que asumieron en la sociedad de plantación los negros africanos y sus descendientes nacidos en Estados Unidos colonial tiene una cierta familiaridad. El hecho que la mayor parte de las historias de la esclavitud salten muy rápidamente al siglo XIX, donde los detalles sobre la vida de la plantación perduran mucho más abundantemente, pone dificultades en el camino hacia una descripción completa de el S. XVIII. Sin embargo parecen suficientemente claras, las generalidades del trabajo de los esclavos negros, de su existencia cotidiana y de su posición fija en la base de una sociedad colonial estratificada.

La proporción más grande de negros -hombres, mujeres y niños- fueron peones de campo destinados al cultivo del tabaco de y las otras cultivos comerciales que producían las colonias. Este fue el propósito real por el cual se había desarrollado la esclavitud y representó la institución en su forma más impersonal, opresiva y típica. La narración sobre un grupo de esclavos de campo hecha por J.F. Smyth, un viajero inglés en Virginia poco antes de la Revolución, está reconocida como un poco halagadora y para ser aceptada no menos críticamente que cualquier otra observación particular, pero probablemente es lo suficientemente exacta en su descripción de un día de trabajo:

...El (el esclavo) es convocado al amanecer y pocas veces se le asigna tiempo suficiente para ingerir tres bocados de maíz machucado o torta de maíz, ya que es sacado inmediatamente al campo para el trabajo duro que él continúa sin interrupción hasta el mediodía.

...El tiempo para comer su comida principal es alrededor de mediodía y pocas veces se le concede una hora para este propósito... Ellos (es decir los esclavos) luego regresan al trabajo duro el cual continúa en el campo hasta el anochecer cuando ellos se dirigen a los almacenes de tabaco donde cada uno tiene su tarea asignada de desvenar, que lo ocupa por algunas horas..."

A un número de esclavos más pequeño pero aún así significativo, le fue un poco mejor como trabajadores domésticos y sirvientes personales de la familia del amo. Casi invariablemente las narraciones sobre esclavos que disfrutaron de un trato especialmente indulgente, o de algún vínculo de afecto de sus amos, se refieren a negros del personal doméstico. Aún así, ha habido una cómoda tendencia a ver este grupo de esclavos con una luz romántica y hay mucho que nosotros realmente no sabemos acerca de su vida.

Una tercera división de la mano de obra esclava estuvo compuesta por los artesanos especializados y semiespecializados. Con el tiempo, los negros realizaron substancialmente todo el trabajo de la plantación en ciertos oficios especialmente en carpintería y fabricación de toneles. Frecuentemente, ellos fueron diestros molineros, curtidores, zapateros, carreteros, hilanderos y tejedores. Estos artesanos no sólo realizaron esas tareas necesarias para las plantaciones individuales, también fueron

útiles en el desarrollo comercial de las colonias sureñas, especialmente en el curtimiento y en la rudimentaria industria de hierro que se estaba desarrollando, y en la preparación de madera y estacas para la exportación.

No sobreviven muchas nóminas de esclavos que aporten una clasificación específica sobre la división del trabajo en la plantación a la cual se refieren. Sin embargo, hay una de la plantación Green Spring de 1770, cuando los bienes de su fallecido - propietario, Philip Ludwell estaban siendo liquidados. En ese tiempo el yerno de Ludwell, William Lee describió los esclavos de Green Spring como incluyendo 59 "negros de labranza" una cifra que era "exclusiva de muchachos" 12 sirvientes domésticos, 4 carpinteros, 1 carretero, 2 zapateros y 3 jardineros y mozos de caballos.

Es fácil sobreestimar el número de esclavos poseídos por un plantador individual, y aún más fácil calcular erróneamente el número de esclavos utilizados para hacer producir una plantación individual o una sección. Los ochenta y tantos negros de la plantación de Green Spring fueron el grupo individual más grande de un total compuesto de 164 en todas las tierras pertenecientes a los bienes de Philip Ludwell. Este total fue más que suficiente para señalar a Ludwell como uno de los miembros más importantes de la aristocracia plantadora, como también lo testifica su calidad de miembro en el Consejo del Gobernador.

Si clasificáramos a Ludwell con el modelo de tenencia de esclavos revelado en los registros de impuestos de la década de 1780, él debería estar muy cerca de la mitad del centenar de familias dominantes de la colonia. Estos registros de impuestos, los cuales han sido analizados más eficazmente por el Profesor Jackson F. Main, proporcionan los únicos documentos completos de cuan ampliamente estuvo distribuida la tenenencia de esclavos en Virginia antes del siglo XIX. A pesar de que la posición de las familias dominantes empezó a declinar un poco en la década de 1780, el cambio fue todavía muy leve por lo que las estadísticas son en general confiables para todo el final del período colonial.

Lo que se hace claro con estos registros de impuestos, es el error de considerar aún a la mayoría de los plantadores más ricos como poseedores de "cientos" de negros. Un hombre, Charles Carter tuvo 785. El fue seguido a su vez por William Allen con 700, Robert Beverley del Condado de Essex con 592, Robert Carter de Nomini Hall con 445 y David Rose, el comerciante plantador de Richmond con 400. Aparte de estos cinco en la cúspide, solo hubo otros dieciocho hombre en toda la colonia que poseyeron más de 200 esclavos. En el centenar de familias dominantes el promedio fue de alrededor de 180 esclavos, ochenta en la plantación principal y cerca de cien en otras partes. Un número de familias que cayeron dentro de este grupo superior poseyó mucho menos de cien negros.

Si bien no hubo en Virginia muchos dueños de esclavos en gran escala, la gran mayoría de familias en el condado típico del Tidewater o del Piedmont poseyeron al menos un número pequeño de esclavos. En un muestreo de ocho de estos condados, los documentos señalaron que tres cuartas partes de los jefes de familia tuvieron esclavos. Sin embargo, el cuarenta por ciento de ellos poseyeron menos de cinco esclavos. A la luz de estas estadísticas, una descripción real de la esclavitud en Virginia colonial, debe tomar en cuenta al hombre humilde que no tuvo más de dos a tres esclavos así como al plantador más importante.

Hasta que los razonamientos de la Revolución Norteamericana, empezaron a trabajar su lógica en las mentes de los habitantes de Virginia, el colono promedio nunca tuvo

duda acerca de sabiduría de la esclavitud, ni siquiera originada por la molesta perspectiva de que los esclavos se levantaran un día y asesinaran sanguinariamente a la clase de los propietarios, o bien de la sospecha de que como empresa comercial, la esclavitud simplemente no pagara su parte. La amenaza de insurrección fue tratado en parte a través de la severidad de los códigos negros así como con el intento de desalentar nuevas importaciones de negros, pero fue menos fácil tratar directamente con el aspecto económico de la esclavitud.

No obstante, las ventajas y desventajas relativas de la mano de obra esclava con frecuencia fueron un tema presente en la mente del plantador. La descripción de Philip Fithian de una conversación con la esposa de Robert Carter, resume adecuadamente la respuesta en teoría de muchos plantadores a una situación que ellos eran incapaces de enfrentar en realidad:

Después de la cena tuve una larga conversación con la señora Carter acerca de los negros, en Virginia, y descubrí que ella estima su valor en uno no más alto de lo que yo lo haga. Ambos concluimos (y yo estoy muy seguro de que esa conclusión es razonable) que si fueran vendidos todos los negros de la hacienda del señor Carter o de cualquier otro caballero, y el dinero se pusiera a interés en manos seguras y si se dejaran completamente incultas las tierras que estos negros cultivan ahora, el escaso interés del valor de los negros sería un ingreso anual mucho más grande que el que ahora se recibe del trabajo de las tierras, sin hacer rebajas por los problemas y riesgos de los cultivos y de los negros para los dueños. Cuan mayor deberá ser el mayor de una hacienda aquí; si estos pobres africanos esclavizados estuvieran todos en su anhelado país natal y en su lugar hubiera arrendatarios industrioses nacidos en libertad, con un cuidado elogiabile, no solamente enriquecerían a sus patronos, sino que promoverían una descendencia robusta que será la fuerza y honor de la Colonia.

Una razón que hizo a los plantadores cuestionar las ganancias con la mano de obra esclava fue el alto costo de la inversión en esclavos. En los momentos más pesimistas, ellos también criticaron a los negros como trabajadores derrochadores e improductivos, ya fuera por su falta de habilidad o por su resistencia deliberada al trabajo forzado.

En gran medida, los plantadores se inclinaron a explicar las otras deficiencias en los métodos agrícolas de la colonia a costa de sus negros. Y si hubo una forma en la que la esclavitud tuvo éxito, fue como sistema económico. Cualquier problema de deuda o crédito surgido de la gran inversión de esclavos fue en realidad una consecuencia de las inseguridades del cultivo del tabaco. La supuesta ineficiencia e ineptitud de la mano de obra esclava, más probablemente fue responsabilidad de los métodos antieconómicos de labranza comunes a casi todos los que cultivaban la tierra de Virginia. Por otra parte el bajo costo de la manutención del esclavo fácilmente excedió al alto precio de compra, la falta de calificación o habilidad y aún a la perspectiva de su improductiva vejez.

A pesar de las dudas que pudo haber tenido el plantador de Virginia acerca de la sabiduría de esclavizar a personas extranjeras, a mediados del siglo XVIII debió haber parecido que la esclavitud estaba indudablemente establecida. El rápido crecimiento

de la población negra, el tamaño de las inversiones de los propietarios de esclavos, la utilidad de la mano de obra y el abierto temor se unieron para hacer im pensable el reemplazo de la esclavitud.

#### LA VIDA SOCIAL DEL NEGRO EN WILLIAMSBURG

Una comunidad oprimida casi siempre tiene una característica oculta acerca de su vida, la cual disimula lo que sus miembros realmente piensan, hacen y sienten entre ellos mismos. Esta es simplemente una cuestión de propia conservación, de pro tección de cualquier libertad que aún posean sus miembros. Los barrios negros en el Sur, muchas veces han conservado hasta el presente vestigios de una barrera se mejante contra las incursiones blancas.

Como esclavos, los negros tuvieron aún más necesidad de esta defensa y hay testimonios ocasionales, de la habilidad a este respecto, de los habitantes esclavos de Williamsburg del siglo XVIII.

No existe un mejor ejemplo de la forma en la cual, los negros que vivieron allí fueron a la vez, una parte esencial de la vida activa del capital y una sociedad que no pudo ser completamente comprendida por sus dueños, que la habilidad de la comunidad negra local para ocultar a los fugitivos. Es muy claro que los negros que habían vivido allí por cualquier período de tiempo eran muy conocidos para la mayoría de los blancos residentes, como es típico de todos los pueblos pequeños. La gente que ponía anuncios en la Gazette, con frecuencia creyó innecesario infor mar más acerca de un esclavo de Williamsburg que lo que informaron los albaceas de los bienes de Josiah Royle sobre Jenny, una muchacha mulata de la cual manifestaron "que como ella es muy conocida en los alrededores de esta ciudad, es innece saria una descripción más particular..."

Así Jenny y otros negros también muy conocidos, fueron fugitivos de los cuales se pensaba que habían permanecido ocultos en o cerca de Williamsburg. En algunas casas el dueño pudo sólo haber sospechado que su esclavo había permanecido allí se cretamente. Pero hubo otros casos donde los esclavos habían sido vistos en Williamsburg después de su "huída" y sin embargo, no pudieron ser capturados. Muchos de estos fugitivos tenían parientes o conocidos en el pueblo, de los cuales sus dueños pensaban que probablemente los estaban escondiendo. Por ejemplo, William Carter expresó de su mulata Venus, que había huído en diciembre de 1766, "me imagino que ella está encubierta por otros esclavos en cocinas o cabañas en el pueblo, o alrededor de él, o bien se fue al condado Nansemond de donde ella fue comprada ha ce pocos años".

También hubo dificultades con esclavos que habían vivido alguna vez en Williamsburg y regresaban como fugitivos. Edward Cary Jr. tenía una esclava de 18 años, criada en York County y alquilada en 1774 a Philip Moody en Williamsburg. Al año siguiente Cary la alquiló a John Thruston en el condado de King and Queen, pero Ka te, -este era el nombre de la muchacha- había adquirido vínculos en Williamsburg que la llevaron a escapar de la plantación de Thruston. Como lo anunció Cary "e-lla había conseguido un esposo en Williamsburg y probablemente pueda pasar por una persona libre, como ella es bien conocida en esa ciudad y repetidamente he oído que ella está allí". Difícilmente parece posible que esta esclava pudiera haber sido una fugitiva por casi dos años, haber sido reconocida frecuentemente en -

Williamsburg durante ese tiempo y aún así no haber sido capturada y devuelta a Cary o a Thruston. Sobre todo ella, difícilmente pudo haber tenido éxito a menos que la comunidad esclava tuviera modos y medios para proteger a sus miembros, en las cuales no pudiera penetrar fácilmente el propietario de esclavos.

Las experiencias de Kate ilustran otra característica de la vida del negro bajo la esclavitud. Ella había huído a Williamsburg en primer lugar porque tenía allí un esposo, un punto importante en un número de razones. Las costumbres y las prácticas de la esclavitud del siglo dieciocho usualmente no permitieron al matrimonio de los esclavos, ni aún de los bautizados, en ningún sentido legal o religioso. Sin embargo, por cada esclavo que sacó ventaja o no, fue capaz de resistir la invitación abierta a la promiscuidad inherente a tal situación, hubo muchas otras que trataron bajo las más difíciles condiciones de obtener una vida familiar normal. Los dueños de esclavos dieron cierto reconocimiento a estos "matrimonios" a pesar de que ellos con frecuencia, no vacilaron en destruir un matrimonio esclavo por la venta de uno de los cónyuges.

Hay descripciones exactas de un tipo de ceremonia matrimonial conocida como "el salto sobre el palo de escoba", en la cual la pareja negra junta pasaba sobre un palo de escoba como un símbolo del hecho que ellos mutuamente se consideraban esposo y esposa. Un esclavo ha dejado una memoria personal del matrimonio del palo de escoba de su madre. Tal como la madre se lo narró a su hija, la joven pareja simplemente decidió un domingo que quería casarse. Por consiguiente fueron a la cocina y pudieron ver al amo, enviando recado con la cocinera. El dueño después de determinar que eran lo suficientemente mayores -en este caso ambos de 16 años- dió su aprobación fácilmente y les envió a una de las mujeres negras, la Tía Lucy quien era probablemente la comadrona o la mujer más vieja, y ella realizó la ceremonia del palo de escoba. Como era domingo y todos los negros estaban cerca de sus cabañas la mujer los reunió inmediatamente. Ellos formaron un círculo alrededor de la pareja mientras Tía Lucy recitó unos pocos versículos de la Biblia y puso el palo de escoba en el suelo. La pareja abrazada saltó sobre el palo y fueron entonces esposo y esposa a los ojos de los otros esclavos en las cabañas.

Es comprensible que los propietarios de esclavos prefirieron tener a sus negros casados dentro de la plantación para disminuir la posibilidad de las fugas y para asegurar que los hijos nacidos de la pareja les pertenecieran. Algunas veces se otorgó el permiso para casarse en una plantación vecina, sin embargo, se limitó a la pareja a una sola visita a la semana.

Sólo es posible especular acerca del problema que los matrimonios esclavos pudieron crear en un pueblo como Williamsburg, donde un gran número de esclavos perteneciente a varios dueños diferentes vivieron en estrecho contacto. Indudablemente aumentó el número de uniones de esclavos pertenecientes a dueños distintos, y el consentimiento del amo fue probablemente mucho menos vital que en una plantación aislada. Además, él posiblemente fue mucho menos capaz para destruir un matrimonio hecho contra su voluntad. Estos matrimonios esclavos bien pudieron haber sido la razón de una gran cantidad de problemas en Williamsburg. Ciertamente esta es una fuente con la cual pueden ser rastreadas un gran número de esclavos fugitivos. La Kate de Edmund Cary, cuya fuga de King and Queen a Williamsburg ya ha proporcionado una forma de ilustración, había vivido en Williamsburg sólo un año y aún así se encontró un esclavo con el cual ella se consideró casada. Gabby, un esclavo perteneciente a James Burwell de King's Creek, fue enlistado como

fugitivo dos veces en tres años. En las dos ocasiones él había huído a Williamsburg donde trabajaba su esposa. Los esclavos llevados a Williamsburg desde cierta distancia y por ello separados de una esposa con frecuencia también se escaparon -en este caso- no para esconderse en los alrededores del pueblo sino para regresar a su hogar original. Las frustraciones que experimentaron los dueños de esclavos al tratar de recuperar a los que se escondían cerca del pueblo, parece más sorprendente desde la perspectiva de los medios de vida de los esclavos. En tanto que nuestro conocimiento exacto acerca de donde vivieron los esclavos en Williamsburg es deficiente, podemos estar razonablemente seguros de que ellos vivieron en la propiedad de su amo, tal vez cerca de la casa principal, donde la vigilancia pudo haber sido relativamente fácil.

La disposición tradicional de las grandes plantaciones con una o dos filas de toscas cabañas de esclavos, posiblemente a poca distancia de la casa de la plantación, fue más extensa aún que la que necesitaron las casas más grandes del pueblo. Hubo propiedades en Williamsburg, en las cuales indudablemente, uno o dos edificios anexos fueron usados específicamente para barracas de esclavos. Cuando fue ofrecida en venta una casa que había pertenecido a Peter Randolph, la descripción de ella señaló que incluía cinco edificios anexos -dos establos, una cochera, una cocina, y una casa para los sirvientes, del mismo tamaño de la cocina. Uno de los avisos sobre fugitivos se refiere a "cocinas y barracas en y alrededor del pueblo" como si pudiera haber habido indudablemente un gran número de barracas de esclavos diseminadas de un extremo a otro de Williamsburg. En otros casos, el lugar en que vivían los esclavos parece no haber estado en una construcción separada sino que fueron los cuartos de un segundo piso sobre las cocinas. Eliza Baker recordaba esclavos que vivían sobre la cocina en la Casa Garret en el siglo XIX. Los sirvientes domésticos algunas veces no tuvieron cabañas propias sino solamente colchones extendidos en el vestíbulo, la escalera o en otra parte de la casa, después de que la familia se había ido a dormir.

Cualquiera que fuera la disposición de las barracas donde vivían los esclavos, a ellos nunca se les proporcionaron muchos muebles. A lo sumo, difícilmente pueden haber tenido más que una cama o un catre y tal vez unas pocas piezas desechadas de la casa principal. En el caso específico de Williamsburg no ha aparecido ni un inventario particular que sugiera algo definitivo acerca del mobiliario de las cabañas de los esclavos. El inventario de los bienes de William Prentis incluyó una lista cuarto por cuarto del mobiliario que abarcó también las construcciones anexas. Contiene una o dos anotaciones de posible valor. Describió como estando "fuera de la casa, patio, etc." un número de herramientas, alguna chatarra y unas pocas sillas y baúles. Estas últimas pocas piezas de mobiliario pudieron haber sido usados por los esclavos aunque no estaba incluida ninguna cama. También varios artículos estaban en el cuarto de la vieja Nann (y?), una de las esclavas de Prentis era llamada vieja Nanny. Esto incluyó sólo un sartén para freír, una olla, una piedra de moler y unos pocos instrumentos, no obstante, ningún mueble.

El esclavo negro tuvo poco tiempo para emplearlo como quisiera -usualmente los noches de los sábados y los domingos más un tiempo adicional en uno o dos fiestas como la Navidad y el Día de Pentecostés.

Las descripciones de la vida de la plantación concuerdan considerablemente acerca de la forma en la cual los esclavos empleaban su tiempo libre. Los sábados en la noche, ellos usualmente se reunían en las barracas para bailar que fue su diver-

sión favorita como lo fue para la mayoría de los otros habitantes de Virginia. Philip Fithian ha descrito como alrededor de las cinco de la tarde del sábado en Nomini Hall "cada cara (especialmente de los negros) parecía festiva y alegre". Los domingos los negros podían cuidar sus parcelas de jardín o emplear tanto tiempo como fuera posible durmiendo y descansando.

Los esclavos en Williamsburg probablemente disfrutaron de una vida social que no pudo haber sido muy diferente, especialmente en cantidad de tiempo. A pesar de las leyes que lo prohibían, los negros allí estuvieron en capacidad de conseguir y consumir cierta cantidad de alcohol. La muchacha negra descrita como "aficionada al licor y apta para cantar canciones indecentes y de marinos cuando está así" es un buen ejemplo en este punto. También está la serie de cargos y contraataques que amplió a los comerciantes Daniel Fisher, John Holt y John Greenhow. Fisher fue acusado por los otros dos de vender licor a los negros sin permiso escrito de sus dueños. Cuando el caso llegó a la Corte, Fisher acometió contra sus acusadores y afirmó que Holt "sin el menor escrúpulo" había atendido a dos negros que él había rechazado. El perjudicado Fisher también afirmó que Greenhow fue "infamemente notable por negociar vino y cualquier otra mercancía con los negros, sin exceptuar los domingos". Estas acusaciones incluyeron tanta disputa personal y el uso de insultos para atacar al oponente, que la aceptación de ellas en su valor nominal es imposible, pero en su contenido general sugieren que tuvieron lugar cierta cantidad de transacciones de licor con los esclavos en Williamsburg. En primer término no muchos de los amos pudieron haber sido indulgentes a veces al dar permiso a sus esclavos para tomar bebidas alcohólicas. William Byrd detalló el bien conocido caso en el cual el gobernador Spotswood no pudo lograr que sus sirvientes permanecieran sobrios en una gran fiesta en el Palacio hasta que les prometió el privilegio de embriagarse al día siguiente.

La mayor parte de los aspectos de la vida discutidos arriba debieron haber sido de la incumbencia privada en una persona libre. El esclavo, por supuesto, no tuvo tal derecho. Donde viviera, con quien se casara y algunas veces aún lo que hiciera para divertirse no estuvieron dentro de sus decisiones más que el trabajo que él haría o el amo al que serviría. Sin embargo por una combinación de fugas y resistencia los esclavos con frecuencia fueron capaces de lograr cierto grado de independencia en su vida social. La vida del pueblo, por lo menos, pareció aumentar este grado de libertad y crear una comunidad esclava con sus propios pensamientos y placeres, y con los medios para proteger a sus fugitivos.

#### LA LEY Y EL NEGRO

La evolución de la condición legal del negro de un sirviente ordinario por contrato a un sirviente de por vida, a un esclavo, fue seguida por el desarrollo de un cuerpo de leyes especial, por procesos judiciales distintos y por castigos severos para los acusados de actos criminales. Inevitablemente la falta de libertad personal del esclavo, debió haber obligado a cierta revisión del sistema legal inglés que había sido transportado a Virginia. Pero fue el inflexible temor al negro como un insurrecto potencial y la constante determinación de vigilar su conducta rápidamente, lo que promovió la mayoría de las primeras leyes que afectaron a los esclavos negros.

En las últimas décadas del siglo XVII hubo un tímido inicio al empezar a aparecer una ley criminal propia para los negros. Una ley de 1680 para prevenir las insurrecciones negras fue el primer "código negro" real en Virginia fijando castigos específicos para los tres crímenes: dejar la propiedad del amo sin permiso; levantar una mano contra un "cristiano", es decir un hombre blanco; y ocultarse o resistir a la captura después de fugarse. La condena por el último cargo ordenaba la pena de muerte. Un estatuto de 1691 que fue de gran importancia como la primera prohibición legal de la manumisión de esclavos en Virginia también proporcionó un plan para reunir un grupo de hombres para capturar "esclavos distantes" o fugitivos que estuvieran escondidos. Luego en 1692 la legislatura suministró el primer procedimiento judicial, en particular la negación del juicio con jurado, que se aplicó específicamente a los esclavos negros.

Hubo tres partes de la legislación más o menos amplias en el siglo XVIII abarcando el juicio, la pena y la regulación de los esclavos. La primera fue expedida en 1705 para ser reemplazada en 1723 la cual a su vez fue sustituida por el decreto de 1748. Estos fueron los códigos básicos para el final del período y la mayor parte de la otra legislación relacionada con los delitos de los negros, con excepción de las leyes que versaban sobre los fugitivos, no fue más que una pequeña modificación a estas medidas.

Como ya ha sido indicado, la primera ley propuesta contra un delito negro aparte de las evasiones, fue el estatuto de 1680 concebido para prevenir insurrecciones al castigar a los esclavos que permanecieran sin permiso en la propiedad de su amo o que se opusiera en cualquier forma a un blanco. Por si este decreto había pasado desapercibido la Asamblea, dos años después, ordenó que fuera leído dos veces al año en cada iglesia. Un estatuto más amplio de 1723 procuró nuevas garantías contra un levantamiento armado al eliminar el privilegio de "la inmunidad del clero" (conmutación de pena de muerte cuando el condenado sabía leer) a los negros declarados culpables de conspiración o intento de rebelión y prohibiendo todas las asambleas de esclavos que no fueron permitidas por sus dueños y celebradas para un culto público. También negó a todos los negros, libres o esclavos, el derecho de poseer armas, excepto a los negros libres que eran cabeza de familia, o militares, que podían tener una única arma de fuego, y a los negros residentes en la frontera que podían ser autorizados por el juez de paz para llevar armas. Todas estas restricciones siguieron en vigencia bajo la ley de 1748.

La mayoría de los delitos que pudieran cometer los negros, aparte de las fugas y las insurrecciones, fueron acciones determinadas por leyes que se aplicaron por igual a todas las personas en la colonia. No obstante es revelador que dos delitos mayores, el robo de cerdos y la administración de medicamentos venenosos fueron motivo de disposiciones especiales dadas exclusivamente para los negros. El robo de cerdos alcanzó un punto que hizo que la tercera condena se convirtiera en una pena capital sin la "inmunidad del clero". Tales fueron los riesgos envueltos en la tentación del exquisito sabor del asado.

La prohibición de medicamentos venenosos se originó en la creencia de los blancos de que muchos negros continuaban practicando la hechicería y la medicina tribal que habían llevado de Africa en un intento sincero, tal vez primitivo, por curar esclavos enfermizos pero también en tentativas maliciosas para destruir un enemigo.

Una sección del código de 1748 estableció la pena capital para los negros que prepararon y administraron medicamentos de cualquier tipo, a menos que lo hubieran consentido su dueño. La "inmunidad del clero" sólo fue permitida cuando el esclavo podía probar que no había habido mala intención. En una ola de delitos negros en Carolina County de 1761-1764, la cual describió David Mays, hubo no menos de tres juicios bajo esta ley, en un período de tres meses durante 1762 con condenas en dos de ellos.

Empezando con la legislación de 1692, se desarrolló un procedimiento particular en los tribunales para los juicios de los negros notablemente diferente en su rapidez para enjuiciar, y en la carencia de las garantías constitucionales otorgadas al hombre libre. En los casos de pena de muerte, la esencia de este proceso fue (1) el encarcelamiento inmediato del esclavo, (2) la formación por el gobernador de una comisión del tribunal superior de jurisdicción criminal, (commission of oyer and terminer) para personas del condado involucradas para comparecer ante el tribunal y acusar al ofensor, y tomar por evidencia la confesión del acusado o el juramento de dos testigos, o en algunos casos de uno, y (3) "sin la solemnidad de un jurado" pronunciar semejante sentencia como lo permitía la ley. Durante todo el período en colonial sólo hubo una modificación en este procedimiento judicial. En 1765 se le permitió al gobernador formar comisiones generales de tribunales superiores de jurisdicción criminal, con cuatro o más jueces de paz en cada condado incluyendo uno del quorum, eliminando con eso la necesidad de una comisión especial para cada juicio.

Inicialmente el proceso de enjuiciamiento de los esclavos no estipulaba el testimonio de otros negros. Sin embargo, en 1723 se permitió en los casos de pena capital tomar el testimonio de negros, indios o mulatos "en tanto parecieran convincentes" frases que implicaron claramente que ellos no iban a ser aceptados como testigos bajo juramento o no serían interrogados, excepto cuando fuera absolutamente necesario. No obstante, esta disposición de 1723 para utilizar el testimonio de un esclavo pudo haber sido un comienzo para el empleo de testigos negros mucho más amplio que lo que intentó la ley. Porque una nueva ley de 1732 estableció que ningún negro, mulato o indio, debía ser admitido en la corte, tomársele juramento como testigo o dar declaraciones en un caso -prácticas que la ley denunciaba que habían sido permitidas aún en la Corte General- excepto en el juicio de un esclavo por un delito capital. Una modificación posterior ocurrió en 1748 cuando se les permitió a los negros cristianos libres, a los indios y a los mulatos comparecer en cualquier caso que involucrara a otro negro, indio o mulato. Sin embargo, en resumen, estos tecnicismos se desplomaron ante el hecho de que, normalmente los esclavos sólo pudieron testificar en el caso de una pena capital que afectara a otro negro.

Así como la naturaleza de la condición del esclavo había exigido procedimientos judiciales que en cierta manera redujeron las garantías tradicionales inglesas y coloniales del derecho individual lógicamente demandó un sistema de castigo que fue exclusivamente corporal. Las cortes podían multar al amo cuya negligencia contribuyó en alguna forma en el acto criminal de uno de sus negros, pero normalmente no se podían castigar al esclavo de esa manera. Para delitos menores o cuando el esclavo estaba en capacidad de aprovecharse de la exoneración del clero, el azotamiento era la pena prescrita, (10 latigazos por llegar a una plantación sin permiso, 39 latigazos por asistir a una reunión ilegal o 39 por tener armas ilegalmente, para citar unos pocos ejemplos).

Los delitos más serios que no justificaban la pena de muerte, aún los severos códigos criminales de la época, exigieron lo que pudo haber sido una suerte más desagradable que la misma muerte. Esta pena fue la mutilación o el desmembramiento. Por ejemplo un esclavo que diera falso testimonio recibiría 39 latigazos y luego tendría sus orejas clavadas en el cepo por media hora después de lo cual se las cortarían. Bajo la ley de 1748 sus orejas podían haber sido clavadas al cepo y luego cortadas una a la vez en lugar de simultáneamente. El desmembramiento fue el castigo favorito para el esclavo que continuamente se fugaba, se alejaba en la noche o se ocultaba. Las leyes de 1723 y 1748 especificaban su uso para estos delitos. El desmembramiento, que usualmente tomó la forma de la amputación de un pie, fue una manera práctica, si bien cruel, de controlar al tipo de negro ingobernable que en realidad constituyó la amenaza más grande de todos contra la esclavitud como una institución de vigilancia. El que el desmembramiento alcanzara algunas veces proporciones que fueron atacadas como bárbaros, aún por los propietarios de esclavos, se manifiesta en la ley de 1769 la cual prohibió en el futuro la castración de un esclavo que continuamente tenía relaciones sexuales y reservó el castigo solamente para los negros culpables de un intento de violación de una mujer blanca.

Finalmente, hubo una serie completa de delitos en los cuales la condena llevó a la pena de muerte, delitos en los cuales los blancos también hubieran sido ejecutados y delitos tales como la rebelión o la administración de medicamentos que se aplicaron solo a los esclavos. De acuerdo a la práctica acostumbrada en Virginia colonial, los esclavos generalmente fueron ahorcados pero una esclava llamada Eve que fue condenada en Orange County por envenenar a su amo, fue llevada sobre una narria al lugar de la ejecución y allí fue quemada en el poste de la hoguera. También hay casos en los cuales la cabeza de un esclavo, que había sido ahorcado, fue cortada y puesta en exhibición.

Surgió un problema económico con la pena capital para el esclavo. El propietario fue capaz de ver que la ejecución le costaba la pérdida de una valiosa pieza de su propiedad, no importaba cuan serio hubiera sido el delito del esclavo. En el estatuto de 1705 que modificó el procedimiento judicial de los delitos capitales, los jueces fueron autorizados para poner un valor razonable a cualquier esclavo que ellos condenaron. Cuando esta valoración había sido certificada por la Asamblea, el propietario sería indemnizado con fondos públicos. Este medio de compensación estuvo en vigencia a lo largo de todo el período colonial, con el resultado que pocas sesiones de la Asamblea, dejaron de registrar una acción favorable a la petición de algún propietario para que se le pagara por un esclavo ejecutado.

El castigo que las cortes impusieron a los esclavos por delitos contra el orden público, no interfirió de ninguna manera con la disciplina de los esclavos por sus propietarios y capataces. En realidad, la ley protegió hasta límites extremos el privilegio del amo de castigar a sus esclavos. Uno de los ejemplos más tempranos de legislación sobre esclavitud, fue el estatuto de 1669 que exoneraba al amo de la acusación de delito si un esclavo moría mientras era castigado. La ley argumentaba que no podía haber delito sin la intención maliciosa y que nadie podía atreverse a destruir sus propiedad deliberada y maliciosamente. La Asamblea hizo cierta hendidura en este línea de razonamiento en 1723, al estipular que el amo podía ser acusado si había al menos un testigo legal para testificar que el homicidio de el esclavo había sido un acto intencional. Pero con esta remota excepción los propietarios siguieron exonerados de enjuiciamiento por la muerte de un esclavo bajo corrección aún cuando a los nuevos gobernadores reales, con frecuencia se les ordenó buscar y

hacer leyes castigando a los que deliberadamente asesinaron o lisiaron a sus esclavos.

El análisis de una larga lista de leyes es un trabajo tedioso y una vez que ha sido reseñado su contenido no hay mucho más que decir. Sin embargo, en el S.XVIII, un acontecimiento importante fue la recopilación de la mayor parte de las leyes criminales relacionadas con los negros en dos estatutos más amplios de 1723 y 1748. Ellos proporcionaron a la colonia un "código negro" casi tan bien definido y sistemático como los posteriores.

Hay mucho que se puede decir sobre la justicia administrada bajo esas leyes -fue con frecuencia severa pero fue uniforme y no arbitraria. Y fue rápida ya que no muy a menudo el esclavo se "pudrió" en la cárcel esperando juicio. En este punto, a los esclavos de Virginia se les pudo haber ido peor, como efectivamente les fue en otras partes del Nuevo Mundo.

No obstante, el efecto neto de estos estatutos, fue hacer la ley para los negros esclavos casi exclusivamente un instrumento de control para mantener la estabilidad de la sociedad y ampliamente para destruir el lado más atractivo de la ley, la protección del individuo de violaciones innecesarias a su persona. Tal vez solo el penoso hecho que a los ojos de la ley el esclavo no era completamente una persona salvo esta injusticia de serios perjuicios, aun para los hombres libres, en las garantías tradicionales para el individuo que Virginia había heredado de la ley inglesa.

Ya antes ha habido ocasión de comentar, en relación con los altos derechos de importación de esclavos, el latente temor de insurrección que rondaba a cada propietario de esclavos. Como el número de esclavos aumentó constantemente hasta llegar a constituir casi la mitad de la población de la colonia -y por supuesto, más de la mitad en áreas donde los esclavos estuvieron verdaderamente concentrados- se hizo posible concebir la destrucción de la sociedad si realmente tenía lugar un levantamiento negro. Los periódicos de todas partes de las colonias estuvieron prestos a publicar todo detalle disponible sobre un intento real o rumorado de los esclavos para rebelarse; y mucha de la legislación restrictiva contra los negros en la colonia estuvo abiertamente dirigida a esta mal recibida posibilidad. ¿En qué medida fue exagerada la alarma de los blancos? Un recuento de los levantamientos o amenazas de sublevación durante todo el transcurso de la esclavitud en Virginia sumó 72, de los cuales sólo 9 ocurrieron antes de 1776. La verdad es difícil de medir, porque en lugar de períodos específicos y breves, hubo con más frecuencia períodos de intranquilidad general que duraron varios años. Juzgando con esta base una cuarta parte de los años comprendidos entre 1700 y 1775 estuvieron afectados por un grado anormal de inquietud. Sin embargo permanece el hecho de que, ninguna persona blanca fue asesinada en una insurrección esclava organizada en Virginia antes del levantamiento de Nat Turner de 1831.

El primer intento registrado de una insurrección esclava en Virginia ocurrió en Northern Neck en 1687. Como ocurrió con mucha frecuencia, uno de los hombres involucrados confesó y el intento fue controlado. El esclavo que había sido el líder no fue ejecutado sino que fue azotado alrededor de Jamestown desde la prisión hasta la horca y de regreso, obligado a usar un collar de hierro por el resto de su vida y se le prohibió para siempre dejar la plantación de su amo.

La conspiración más seria, centrada en los condados de Surry y Isle of Wight pero que también incluyó James City, fue descubierta en marzo de 1709. Una vez más fue un esclavo quien reveló el plan a los blancos -un negro llamado Will propiedad de Robert Ruffin de Surry. Al Consejo del Gobernador le tocó ordenar una investigación de todo el asunto e impartir las instrucciones para el juicio y castigo de los negros involucrados. La formación en la cual procedieron da una buena descripción del funcionamiento de todos los niveles del gobierno en la colonia haciendo frente a lo que, para estos hombres representó una seria crisis. En primer lugar, el Consejo aparentemente dio las órdenes de arresto para todos los sospechosos, similares a una impartida para cuatro negros en Bruton Parish, Angola Peter, Bumbara Peter, Mingo y Robin. Luego a los jueces del condado de Surry y Isle of Wight se les ordenó interrogar a todos los esclavos sospechosos, poniendo en libertad a los ligeramente involucrados y reteniendo en la cárcel del condado, a los líderes hasta que el expediente de su interrogatorio pudiera ser examinado por el presidente del Consejo, Edmund Jenings. A los negros de James City no se les consideró muy involucrados. Allí, con una sola excepción, los esclavos que habían sido encerrados y mantenidos bajo vigilancia iban a ser juzgados, castigados o liberados en la siguiente sesión de la corte del condado.

En una carta de Philip Ludwella a Jenings hay una descripción del riguroso interrogatorio de varios de estos esclavos. El interrogatorio de Ludwell y otros tres había exonerado de complicidad a los esclavos del comisario Blair y a otros, pero también había encontrado evidencias contra Jamy de John Brodnax, el único esclavo de James City que se ordenó que se retuviera en prisión.

Alrededor de un mes más tarde el Consejo ordenó que los principales acusados, aquellos que todavía estaban retenidos en la cárcel, fueron juzgados ante la Asamblea Legislativa, donde presumiblemente tres de ellos fueron condenados y ahorcados. Uno de los "actores principales" Peter, perteneciente a Samuel Thompson de Surey había escapado y se ofreció una recompensa por su captura de £10 vivo o £5 muerto.

El episodio tuvo un final feliz para el Will de Robert Ruffin. Después de que había revelado la insurrección se hizo necesario llevarlo a Northern Neck porque algunos de los otros negros amenazaron contra su vida. Luego la Asamblea en su sesión del otoño de 1710 votó su libertad como una recompensa por sus servicios a la colonia, la ocasión sólo fue opacada por la queja de su antiguo amo, Ruffin, de que las £40 votadas por la Asamblea eran menos de lo que por el negro le había sido ofrecido por un comprador en perspectiva.

Otro plan para una insurrección fue atajado en 1722, impulsando el gobernador Drysdale a incluir en su primer mensaje a la Asamblea, una solicitud para mejorar la milicia y la para la aprobación de leyes más estrictas, como una protección contra los negros. De hecho el código esclavo fue fortalecido ese año.

Los años de 1729 y 1730 parecen haber llevado un período relativamente más largo de intranquilidad entre los esclavos que pudo haber continuado a través de la mayor parte de los años treinta. El primer incidente ocurrió en junio de 1729 en una plantación nueva cerca del nacimiento del río James. Allí un grupo de alrededor de quince negros tomó armas, provisiones y herramientas y se fue a las montañas. El grupo que fue a buscarlos los encontró ya arraigados en una zona apartada donde ellos habían empezado a limpiar el terreno para cultivar. Sin embargo,

un breve intercambio de disparos llevó a la rendición de los esclavos y su pequeña colonia fue destruida.

Al año siguiente hubo más problemas provocados por un rumor de que el antiguo gobernador Spotswood, que había regresado hacía poco de Inglaterra, había traído una orden de la Corona para manumitir a todos los esclavos cristianos. Este fue más un asunto de inquietud general que una conspiración concertada. El gobernador, en ese tiempo Gooch, reportó que "manteniendo a la milicia en sus obligaciones, encarcelando y azotando con severidad a los más sospechosos, este disturbio fue sofocado muy rápido y cerca de seis semanas después estábamos tranquilos..." Luego hubo más problemas. Alrededor de doscientos esclavos en los condados Norfolk y Princess Anne se reunieron un domingo a la hora de asistir a la Iglesia y eligieron jefes para dirigir una futura rebelión. En este caso fueron ejecutados cuatro de los negros involucrados. Una cierta cantidad de continua intranquilidad está reflejada en el discurso de Gooch a la Asamblea en 1736, en el cual recomienda el fortalecimiento de la milicia como un medio para vigilar a los esclavos, en su proclama de octubre 29 de 1736 sobre el mismo asunto, y en la revisión de 1738, solicitando que la milicia incluyera un sistema de patrullas de cuatro hombres para vigilar en cada condado las barracas de los negros y los lugares donde se sospechaba que se reunían.

Otro período inestable ocurrió en Williamsburg y cerca de él durante la década de 1770. El número de fugitivos informado fue notablemente grande y las narraciones de problemas con esclavos en los condados York, James City y Hanover circularon en los periódicos tan distantes como los de New York. Esto fue en parte responsable del establecimiento de una vigilancia nocturna en Williamsburg, en 1772, compuesta por cuatro personas para patrullar las calles, pregonar las horas y "usar sus mejores esfuerzos para preservar la paz y el buen orden aprehendiendo y llevando al juez a todas las personas alborotadoras, esclavos así como a los otros". Alrededor del mismo tiempo, hubo un estricto patrullaje en Yorktown y los negros encontrados en las calles fueron recogidos y detenidos durante toda la noche.

Para la represión de una incipiente revuelta la colonia confió grandemente en la milicia del condado y después de 1738, en el sistema de patrullas reforzado por actividades locales como la vigilancia nocturna de Williamsburg. De lo que nosotros sabemos acerca de la milicia colonia no es probable que estos hombres fueran demasiado diligentes hasta que había un indicio de problemas. No obstante la colonia probó ser capaz de actuar rápidamente en una emergencia. Sin embargo, las emergencias reales fueron relativamente poco frecuentes, ya que las conspiraciones bien planeadas por los esclavos fueron mucho más raras en la Virginia del siglo dieciocho, que lo que puede ser descrito más correctamente como período de inusitada intranquilidad.

PG/vch.

23-II-81.

